

Max Urdemales, abogado sobrenatural

FRANCISCO ORTEGA

Ilustraciones de
Marcelo Pérez Dalannays



 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

«Los monstruos siempre tienen miedo...,
por eso son monstruos...»
Neil Gaiman

«Ángel de la guarda
dulce compañía
no me desampares
ni de noche ni de día...»
Oración popular

«Los vampiros existen...,
no todos son malos»
Batman

Esta historia está basada libremente en la leyenda popular y anónima de Pedro Urdemales, personaje del siglo XII presente en cuentos populares de prácticamente toda Hispanoamérica. Aunque Colombia, Argentina y Chile suelen apropiarse de la nacionalidad de Urdemales, lo cierto es que sus primeras menciones provienen de la ciudad de Zaragoza, actualmente España, hacia el año de 1192.

Ramón A. Laval

«Nacionalidad de Pedro Urdemales», en Cuentos de Pedro Urdemales

1

Monstruos de ayer, hoy y siempre

¿Te cuento un secreto? Los monstruos existen y están por todas partes. Si no los ves es porque ellos no quieren que los veas. Viven disfrazados, escondidos, tratando de llevar vidas normales; igual que tú y tu familia, que tú y tus amigos. Iba a decir que yo, pero mi vida es cualquier cosa menos normal; a pesar de que mi amigo Federico Guarda, que es muy inteligente y lee más que yo, siempre me dice que no existe lo normal, que es un convencionalismo (palabra que acabo de sacar de un diccionario) que inventó la gente mayor y aburrida de otras épocas.

Y yo le creo a Guarda.

¿Sabes qué más sucede con los monstruos? Que ellos nos tienen miedo. Mucho más que el que nosotros les tenemos a ellos, porque saben que nosotros somos reales. No como tú, que de seguro crees que los monstruos no existen, que son cuentos de niños, inventos de adultos para espantarnos. Bueno, algo hay de eso, es parte de la mala fama que tienen. Fama que sus enemigos se han encargado por años de difundir, logrando que nosotros (que somos bastante tontos) nos lo creamos. Es raro el asunto, pero si estás acá, leyendo la primera página de este libro (que al mismo tiempo es mi diario de vida), debes saber que a partir de ahora nada será como pensabas. Porque —te lo advierto— acabas de ingresar al lado más extraordinario de todos los lados. Un lado que entre otras cosas, te enseñará a mirar mejor donde estás parado. Y de esa manera descubrir a los monstruos que te rodean. Porque, ya te lo dije, ellos están en todas partes; quizás viéndote cuando precisamente estés leyendo esta última línea, previo a llegar al tercer punto aparte de mi historia.

El señor de la panadería de la esquina, el que siempre está enojado y suele ser muy tacaño; ese que parece echar humo por las narices cuando se enfada. ¡Sí, ese mismo! Pues te cuento: no es humano, sino un dragón. Claro, toma esa forma para disimular y así poder convivir en este mundo sin que nadie lo moleste o lo asuste. Y ese es un gran motivo, pues ya te conté que ellos nos tienen susto. Es en serio, ¡créeme! ¿Sabías que los vampiros espantan a sus hijos con historias acerca de niños humanos con palos y antorchas? Eso me lo contó mi amiga Natalya, que es una vampira y a quien pronto vas a conocer. Estoy seguro de que te va a caer bien.

¿Más monstruos? Claro. Déjame pensar. El entrenador del equipo de fútbol del colegio, ese que tiene mucho vello en el pecho y barba espesa, que es muy ágil y no se le conoce familia... Exacto, adivinaste, es un hombre lobo. ¿Ves que no es tan difícil? A ver, qué más. Buen punto, esos niños que viven en la casa de mitad de cuadra, esos que son muy flacos y largos; de seguro son zombis. Pero por favor no vayas a comentar nada al respecto, que de todos los monstruos, los zombis son

los más sensibles. Lloran por todo. Les duele que el mundo entero crea que son muertos vivos, cuando lo cierto es que no están muertos ni vivos.

Sí, claro que existe el monstruo del lago Ness, también el del río Congo y el del lago Nahuel Huapi, al sur de Argentina. También el Yeti y todos sus primos gigantes y peludos, como Pie Grande, Sasquatch y los Patagones de Tierra del Fuego. Son iguales a Chewbacca, el de La Guerra de las Galaxias.

Esta es muy buena: ¿has visto o conocido a algún gato, sobre todo gato chico, que come y come, como si mañana se fuera a acabar el mundo, y a pesar de eso no engorda? Quizás algún veterinario te ha dicho que tiene parásitos. Pues no es así, esos gatos voraces son agujeros negros. En serio. A los agujeros negros les encanta asumir la forma felina, y mientras más cachorro, tierno y redondito, mejor. Así pueden comer y comer sin que nadie los moleste. Es que hay una sola cosa que a los agujeros negros les gusta más que alimentarse: que les hagan cariño. Son extraordinariamente melosos.

¿Que los agujeros negros son un fenómeno astronómico y no tienen que ver con los monstruos? ¿Quién te dijo eso? Correcto, lo leíste en un libro de astronomía o te lo contó tu profesor de física. Pues afirmate: la mayoría de los astrónomos y físicos son genios o djinn; por algo enseñan física y esas cosas enredadas que a veces nos complican la vida.

Casi lo olvido. Mi nombre es Max Urdemales, tengo trece años y soy hijo de Pedro Urdemales, el hombre más inteligente que jamás pisó la Tierra. Por supuesto que cuando se inició todo yo pensaba que él era solo un personaje de cuentos, que no era real y que —¡mucho menos! — había sido mi padre. También creía que mi abuelo era mi abuelo y no un gólem de piedra. Eso era lo que me habían contado, ese era el orden en el que vivía hasta que vino la noticia que lo desordenó todo. Y mi nuevo trabajo, y mis nuevos estudios y los nuevos amigos, y también los enemigos que empecé a hacerme. Porque nada en esta vida es gratis, menos cuando descubres tu verdadera identidad... Y bueno, yo soy quien soy. Me decido a las leyes, ¿sabes? Soy abogado, pero no un abogado como puede ser tu papá, tu tío o tu hermano mayor. Lo mío es una clase muy distinta de derecho: mi cancha son las leyes sobrenaturales. Defiendo monstruos. Porque a veces los vampiros, dragones, ogros, trolls, sirenas, zombis, fantasmas y hombres lobo también se meten en problemas y necesitan que alguien los ayude. Para eso estoy yo. Imaginarás que no es algo que busqué y tienes toda la razón.

La carrera se inició hace un año, aquel día martes en que me peleé con Pascual Arancibia en medio del patio de la escuela, y una extraña tormenta se desató sobre la ciudad.

2

Una tormenta en el patio de la escuela

Cuando comenzó todo supe que era muy cierto aquello de que todos tenemos un ángel de la guarda. No como decía mi amigo Federico Guarda, quien de pequeño aseguraba que el ángel de la guarda era solo de él y su familia, y que el resto tenía un ángel con el apellido correspondiente. Este era un custodio real, uno que tomó mi brazo, empuñó mis dedos y los levantó contra la nariz de Pascual Arancibia. Porque si de algo estoy seguro, es que yo no di ese puñetazo. Y quien diga que fue la suerte no tiene idea de nada, menos de lo que es y en qué consiste la suerte.

Antes de seguir, un poco de historia. Pascual llevaba cuatro años molestándome. Bromas pesadas, sobrenombres degradantes, empujones, golpes en la espalda, zancadillas, fotos ofensivas en Facebook o Instagram y algo que él llamaba «la mordida de la cabra». Y no había nada peor que «la mordida de la cabra». Dos de sus secuaces te tomaban por la espalda para que no te movieras, él te arremangaba la camisa y luego te agarraba con dos dedos la piel, presionando para de esa manera hacer torsión en círculo hasta dejarte al rojo vivo y causarte un pequeño corte de carne. El dolor te provocaba gritar como un niño chico y, en mi caso, llorar.

Y eso no era lo peor. Solía subir una fotografía o video de su hazaña a alguna red social en la cual sus amigos te llenaban de adjetivos humillantes, esos que por nada del mundo quieres que descubra alguien de tu familia. Por suerte, mi abuelo nunca se metía a internet (no todos mis amigos tenían esa fortuna). Para peor, la marca no se iba nunca, continuaba ardiendo por días, mientras la piel pasaba del rojo al morado, y del morado a un tono verdoso. A veces, Pascual y sus amigos te revisaban la herida, y cuando esta entraba a la etapa del verde, te hacía de nuevo «la mordida de la cabra» para que la llaga permaneciera al menos por un mes. Era su manera de recordarte que era él quien dictaba las reglas en el patio del colegio. En efecto, era más alto y grande que la mayoría y nadie se atrevía a ponerse en su contra, más aun cuando su mamá era una de las inspectoras y él un tremendo actor, de esos que cuando lo acusaban improvisaba un show de llantos digno de teleserie mexicana, al cual se sumaban los alegatos de que nadie lo quería, que todos le teníamos mala.

Sé que es malo odiar, pero a los trece años vaya que odiaba a Pascual Arancibia. No me juzgues, ese sentimiento no tardó en esfumarse, después de todo, en cosa de unos días todo en mi vida iba a

cambiar, incluida mi relación con Pascual y, de rebote, mi vínculo con todos los que compartíamos clases en la Escuela Anexa Universitaria para Hombres Nº 1 de la ciudad.

Estar en un colegio solo para hombres tiene la ventaja de no tener que enfrentar día tras día la presión de estar rodeado de niñas, con todo lo que ello acarrea: las primeras vergüenzas, los primeros sueños bobos y esa aletargada pérdida de tiempo donde no haces nada porque una niña se te metió en la cabeza. La desventaja es que a veces los recreos se transforman en una selva, donde gracias a personajes como Pascual impera la ley del más fuerte.

¿Has visto los esquemas de la pirámide trófica o alimenticia? Donde arriba, en la punta, están los súper depredadores (leones y tigres), luego los depredadores (lince y lobos), y así hasta llegar a la escala más baja del hábitat, que a menudo son los insectívoros. Yo no era precisamente un insectívoro, pero me ubicaba en un punto medio entre pequeños y medianos herbívoros, una desventaja absoluta ante el súper depredador que era Pascual Arancibia.

No era primera vez que él me fastidiaba con el hecho de no tener padres y haber sido criado por un abuelo con fama de loco (coleccionista de estampillas y comentarista del clima y partidos de ajedrez en una radio local), pero ese día me hartó. No recuerdo la palabra exacta que usó, pero sí que me dolió mucho.

Descargué toda mi valentía interior, alimentada por la rabia, me di vueltas y lo empujé. En la escuela nadie lo hacía. Nadie se atrevía e iba a pagar caro mi falta. Pascual me clavó sus ojos negros, redondos como huevo frito, y me plantó un puñetazo en la boca del estómago. No fue muy fuerte, pero igual sentí que todo lo que había comido desde ayer hasta el desayuno se me devolvía. Luego, un segundo y un tercer golpe, así seguidos, dejándome a punto de desfallecer. De hecho, estoy bastante seguro de que de haber tenido tiempo para un cuarto me habría derribado al suelo, tumbándome a medio morir saltando, en mitad del patio de la escuela.

Pero no le di tiempo para ese golpe final. Me agaché y cerré los ojos. Si iba a morir, moriría con honor, como los grandes héroes. Y ahí fue cuando lo sentí. Al ángel. Al ángel de mi guarda. Apretó mi puño derecho y lo levantó directo hacia arriba, con fuerza, como yo jamás habría podido hacerlo.

Todos tienen un punto vulnerable, hasta el más grande de los ogros, vaya que sé de eso ahora. Y Pascual, aunque no era un ogro (estoy muy seguro de ello), lo tenía en su nariz. Bastó un solo golpe al tabique para que el muchacho más bravo de la escuela se desplomara llorando y sangrando, entre la sorpresa —primero— y la burla —después— de todos los niños que se habían reunido a ver cómo me iba a moler a golpes.

Por supuesto que los inspectores no tardaron en llegar.

Y por supuesto, como yo estaba intacto (los puñetazos en el estómago no dejan marca) y Pascual sangrando, yo era el culpable. Más cuando nadie dijo nada, no hubo testigos y las risas se convirtieron rápidamente en silbidos cómplices. A pesar de mi triunfo, Pascual seguía siendo el dueño del patio. Por ello no fue raro que ninguno de los que filmaban la pelea con sus celulares se atreviera a subirla a Facebook. Mi victoria había sido moral, pero invisible. Con el tiempo me acostumbraría a eso de las victorias invisibles.

Dos horas me tuvieron en inspección. La mamá de Pascual no me hablaba. Tampoco vio mi caso, más preocupada de la nariz de su hijo que no paraba su hemorragia. Me dejaron a cargo del señor Manríquez, que solo me hizo escribir en un cuaderno los quince reglamentos de la escuela unas quinientas veces, mientras me anotaba con rojo en el libro de comportamiento y me repetía que aún no se decidía si suspenderme o hacerme venir durante tres sábados seguidos a trabajos voluntarios, es decir, a ordenar los libros de la biblioteca, lo que no me parecía un castigo tan terrible. Algunos meses después sabría que Manríquez era un anfibio antártico, de ahí esas orejas suyas tan pisciformes.

Entonces apareció mi abuelo. Antes de verlo, lo escuché. Primero sus pasos arrastrados y pesados, y luego esas llaves que no podía mantener quietas. El llavero, el maldito llavero que chirreaba como la cadena de un fantasma en pena. Esa comparación, como entenderás más adelante, no tiene nada de gratuita. Y esa llave vieja y grande, terminada en cruz, que entonces me tenía convencido era un recuerdo de la vieja casona patronal donde había crecido, tampoco.

Manríquez y mi abuelo se conocían. Solían juntarse una vez a la semana a jugar naipes, intercambiar estampillas, armar aviones y barcos de plástico, o a hablar de cosas que hablan los mayores, como guerras o partidos de fútbol. Por eso me extrañó que viniera, porque el inspector (en esa complicidad) me prometió que no lo iba a llamar. Pero ahí estaba, de pie al otro lado de la pared translúcida del cubículo de Manríquez, con su metro setenta de estatura y sus gruesos ciento diez kilos de peso; pelado y barbón, como una versión acalorada de Santa Claus.

Tocó dos veces a la puerta.

—Pero usted me dijo... —alcancé a reclamarle a Manríquez.

—Tú espera —me respondió el inspector—. Yo no llamé a Tito —ese era el nombre de mi abuelo.

Y de la nada, todo se oscureció.

No es que el día se volviera noche, pero casi. De un momento a otro, aquel tibio segundo martes de abril, con sol otoñal y cielo azulado, se nubló. Igual a como si alguien hubiese desplegado una capa de nubes encima de la ciudad. Fue tan repentino que imagino no fui el único que se asustó. Sé que Manríquez sintió algo parecido, porque antes de salir a recibir a mi abuelo, volvió a su ventana y miró hacia el exterior. Yo hice lo mismo. Desde las ventanas de los salones de la escuela, profesores y alumnos también se asomaron a ver qué pasaba. En las casas y edificios vecinos sucedía exactamente lo mismo y, afinando la vista, era fácil descubrir a gente sacando fotos al cielo con sus teléfonos celulares. Eran nubes de tormenta, pero todos observaban como si lo que tapase la ciudad fuera una gigantesca nave extraterrestre.

—Va a llover —comenté.

—No te muevas —me ordenó Manríquez.

«A dónde me voy a mover», tuve ganas de responderle, pero me lo guardé.

Manríquez salió y fue a hablar con mi abuelo. Los vi conversar, mover las manos y cambiar las expresiones de la cara, como si haberle pegado a Pascual Arancibia resultara ser el mayor crimen

del siglo. Era increíble cómo mi abuelo, el mismo que pasó toda la vida enseñándome a defenderme, se afectaba por mi falta, incluso guardó en un bolsillo de su pantalón su insoportable llavero. Finalmente, Manríquez le apoyó su mano en un hombro, que es como los amigos y conocidos siempre se dicen que todo va a estar bien.

Luego el inspector regresó a la oficina.

—Maximiliano —me dijo—. Ven conmigo, te vas a casa con tu abuelo. Vamos por tus cosas a la sala. Cuando me encontré con mi abuelo traté de excusarme.

—Tata... —le dije.

—Está bien, Max —dijo él, interrumpiéndome—. Ya hablaremos. Ahora ve con tu inspector.

Afuera la temperatura había bajado mucho, a nivel invernal, y un viento arremolinado sacudía los álamos y cerezos del patio de la escuela.

—Parece un huracán —comenté, mirando al cielo.

Los nubarrones grises y negros conformaban una célula amenazante, igual que en esos videos de tormentas tropicales. Creí escuchar a Manríquez decir «es peor que eso», pero no estoy seguro.

El inspector me llevó a la sala. Entre los silbidos y burlas de mis compañeros, le indicó a la profesora que yo me retiraba y que no iba a venir a clases en los próximos días. Lo miré extrañado, pero no abrí la boca. Las burlas se convirtieron en un coro de «ohhhh». Solo Pascual, que había vuelto minutos antes, no emitió sonido. Apenas me miró, pero de alguna forma supe que desde ese día me había ganado su respeto.

—¿No dijo usted que no me iba a suspender, que íbamos a ver alternativas? —le pregunté a Manríquez, mientras avanzábamos por el pasillo, de regreso a inspectoría.

—No te he suspendido. Es otra cosa, Tito te explicará camino a casa —fue lo último que me dijo, antes de dejarme con mi abuelo.

En silencio salimos de la escuela y caminamos hasta al viejo Citroën 2CV de mi abuelo, estacionado a la vuelta de la esquina. Esos autos en forma de medio melón que también llaman Citronetas, aunque él me explicó que la Citroneta original era otro modelo, uno al que le pusieron cajuela a imitación de un sedán y que se construyó bajo licencia en el norte del país. (Esta historia no tiene mucho que ver, así que no agregaré nada al respecto. Lo sé, lo tengo muy claro, soy en extremo disperso).

—En el asiento trasero está «el robin» —me dijo, así que lo primero que hice al subirme al auto fue quitarme la corbata y la chaqueta del colegio y ponerme «el robin» encima de la camisa blanca. Todos tenemos una segunda piel y «el robin» era la mía: un viejo polerón deportivo rojo con capucha y cierre, de esos que también llaman «canguro». Lo tengo desde los nueve años porque mi abuelo me lo compró grande y ahora recién me queda. A veces creo que lo he usado desde siempre. Me hace sentir seguro y cómodo esconderme bajo el gorro u ocultar las manos en los bolsillos grandes de los costados. No es nada del otro mundo, pero es muy mío y en ocasiones creo que es como mi armadura. El tata le puso «el robin», así con «el», no por el ayudante de Batman, sino porque, según

mi abuelo, parece como de Robin Hood. Decía que así se imaginaba al noble ladrón del bosque de Sherwood, que solo me faltaba el arco. Es cierto. Cuando lo llevo puesto solo me falta el arco.

El abuelo bajó por la avenida principal hacia el centro de la ciudad.

—Te prometo que no quise hacerle daño, pero ya te había contado que me molestaba todos los días, yo solo me defendí —le dije.

—Tranquilo, Maxi —muy pocas veces me llamaba así, siempre me decía Maximiliano y en ocasiones Max, como todo el mundo—, está bien.

—¿No me vas a retar?

—No.

Arriba, en el cielo, las nubes se amontonaban cada vez más, y aunque aún no comenzaba a llover, el viento sacudía los árboles y los cables que colgaban sobre las calles. Tomé mi teléfono y saqué una foto, escribí algo acerca del fin del mundo y traté de subirlo a Instagram. Repito la palabra traté, porque no pude hacerlo.

—Qué raro —pensé en voz alta (siempre pienso en voz alta).

—¿Qué es lo raro? —me preguntó mi abuelo.

—No hay red. Ni para internet ni para hacer llamados...

—Siempre pasa cuando hay tormenta —aunque ambos sabíamos que no era cierto, ninguno comentó más al respecto.

En las veredas la gente apresuraba el paso para refugiarse de la tormenta que se avecinaba y los paraderos de buses urbanos aparecían atestados de personas ansiosas por regresar a sus hogares.

De pronto me percaté de que la ruta que habíamos tomado, en lugar de acercarnos, nos estaba alejando. De hecho, hacía cuatro manzanas que habíamos pasado la calle que nos llevaba al departamento que compartíamos con mi abuelo desde... Bueno, desde que tengo memoria.

—¿No vamos a casa? —le pregunté.

—No —me dijo él—, no vamos a casa —y dicho lo anterior, se estacionó frente a un edificio de líneas arquitectónicas similares a un castillo pero más moderno, con grandes letras de bronce en el pórtico, sobre el cual ondeaba una bandera patria que parecía estar a punto de ser arrancada por el viento cada vez más fuerte que sacudía la capital.

Cuando el abuelo apagó el motor, empezaron a caer las primeras gotas de agua.

—Bájate —me ordenó.

—¿Qué hacemos acá?

Las letras de bronce sobre el pórtico del edificio escribían: «Servicio de Registro Civil e Identificación».

Antes de que mi abuelo me respondiera, las gotas de agua ya se habían convertido en lluvia. Miré hacia el oriente y un telón gris sobre los edificios adelantaba una cortina de agua que, en cosa de minutos, se nos vendría encima. Los meteorólogos nunca le apuntan al clima, pensé justo cuando un fuerte ventarrón cerró de golpe la puerta del Citroën 2CV y luego, tras sacudir el mástil de la bandera, la arrancó con cuerda y todo, llevándosela muy lejos, por sobre las terrazas y techos del barrio. Una estela de bolsas plásticas y basuras de papel, también arrastradas por la corriente, parecían seguirla en un tipo muy particular de desfile aéreo.

«¡Maldición!», escuché exclamar a uno de los guardias del recinto, asaltado de sorpresa por aquel invisible ladrón de banderas.

—Apúrate, Max —me sacó mi abuelo de la escena.

—Pero aún no me dices qué hacemos acá...

—Vamos a sacar tu pasaporte —me miró, y antes de que yo le preguntara de vuelta, agregó—: Tenemos que viajar urgente a España.

3

Gatos y moscas, lluvia y maletas

Cuando regresamos al departamento, la tormenta ya se había desatado sobre la ciudad. Estábamos mojados como bolsas de té usadas, a pesar de que no habíamos caminado ni cinco metros bajo el azote de la lluvia. Edgar y Poe, los dos gatos negros del abuelo, estaban parados junto a la ventana de la terraza, tan concentrados en los truenos y relámpagos que ni siquiera se percataron de nuestra llegada. Allan, el segundo gato —originalmente eran tres, que mi abuelo recogió de la calle— había muerto de una intoxicación alimenticia de la que ningún veterinario logró averiguar su origen. Mi abuelo los bautizó en honor a su escritor favorito, aunque también quiso ponerles Arthur, Gordon y Pym, pero yo le sugerí que era mucho mejor Edgar, Allan y Poe.

—Llueve como si mañana se fuera acabar el mundo —dije, mientras sentía que los muebles enteros se tambaleaban con un trueno de proporciones bíblicas—. Es como en los tiempos de Noé.

—No, no lo es —cortó mi abuelo, con una severidad inusitada.

—Era un chiste.

—Un mal chiste —agregó—. Voy por un café. ¿Quieres algo de la cocina?

—Un vaso de jugo —le pedí.

—No te vayas a ir a tu habitación —me advirtió—, necesitamos conversar. —Luego se adentró por el pasillo.

Me quedé en la sala y fui hasta la ventana junto a los gatos. Edgar y Poe estaban especialmente tensos. De hecho, nunca antes los había visto tan asustados por algo más o menos normal como una tormenta, es decir, estábamos a solo dos meses del invierno, no era que fueran ranas cayendo del cielo. Medité sobre aquello de la sensibilidad especial de los gatos y en que tal vez se venía algo grande, algo... peor. Contra el fondo de la ciudad, sobre el marco geográfico levantado por las cumbres precordilleranas, la luz de los relámpagos dibujaba destellos y sombras de tamaños y formas tan desbocadas como instantáneas.

Mi abuelo actuaba extraño, de eso no había duda. Lo de la pelea en la escuela no le importó nada, y la tormenta, al parecer, tampoco. Lo único que lo mantuvo alerta y realmente preocupado era lo de sacar rápido el pasaporte para irnos a España. Incluso pagó un extra bastante alto para que lo tuvieran durante el día. Una conocida suya nos hizo esperar tres horas, poco tiempo considerando que el trámite en general tarda unos diez días.

¿Debo decir que salgo pésimo en la fotografía, como si me acabaran de pegar un puñetazo en la boca del estómago? Quizás fue efecto retardado de la pelea con Pascual Arancibia. Sí, eso debió ser. ¿Alguno de ustedes ha salido bien en la foto de algún documento de identificación, como el carné o el pasaporte? Si consigo ser presidente prometo decretar por ley el derecho a sonreír en las fotos oficiales.

En fin, mi abuelo dijo que necesitábamos hablar, así que ahí estaba yo, mirando cómo diluviaba sobre la ciudad, junto a dos gatos, esperando a que regresara de la cocina con una taza de café para él y un vaso con jugo para mí. Me trajo de piña. Nunca ha sido de mis favoritos, pero tenía sed.

—¿Y cuándo viajamos a España? —le pregunté.

Él miró su reloj, eran las ocho de la noche.

—El vuelo sale dentro de diez horas, a las seis de mañana —me dijo.

—¿¡¡Quéeee!!? —solté.

—Tienes que hacer tu equipaje —continuó con tranquilidad, como si me estuviera diciendo que al día siguiente iba a irme a la escuela en un nuevo recorrido de microbús.

—Pero abuelo...

—Fueron los únicos pasajes que encontré.

—Pero la escuela...

—Lo de la escuela está arreglado.

—¿Y la casa... los gatos...?

—Le dejé llaves a Manríquez, él los va a cuidar.

—¿¡¡El inspector Manríquez!!?

—Sí, el inspector Manríquez. Te recuerdo que trabaja en tu escuela, Iván (ese era su nombre) es un buen amigo (era cierto).

Estuvieron juntos en la Marina. Mi abuelo hizo el servicio militar con los navales y sirvió por dos años en una fragata en los mares del sur, ahí fue donde compartió con el señor Manríquez. Y en un puerto, como en las malas canciones, conoció a mi abuela, a quien yo no conocí, pues murió cuando papá era niño.

—¿Y mis amigos...?

—Van a estar cuando regresemos. Además tienes internet para hablar con ellos todo el día si quieres.

—No creo que podamos despegar, mira esta tormenta —traté de desanimarlo.

—No te preocupes, el vuelo saldrá, aunque el aeropuerto esté cerrado.

—¿Y cómo podría pasar eso?

—El vuelo saldrá —cortó mi abuelo, marcando el «saldrá» en forma dura, como punto final al tema de conversación.

Debía de ser la única persona en el mundo a la que no le hacía nada de gracia que de un día para otro le dijeran que mañana a primera hora iba a viajar a Europa. Lo sé, puedo ser muy idiota, no tienes para qué mirarme como sé me estás mirando a través de las páginas de este libro, que también es mi diario.

—Maximiliano —siguió mi abuelo—. Puedes sentarte.

Creo que no lo había contado, pero durante toda la escena anterior estuve girando en círculos con el vaso de jugo de piña en la mano. Imagino que a estas alturas, con varias páginas avanzadas, ya tienes claro que soy muy dramático. De todas formas le obedecí y me ubiqué en el sofá frente a su sillón.

Antes de que mi abuelo hablara, sentimos un golpe contra la ventana, como el de una piedra. Un breve ¡¡¡paf!!! que fue seguido por otro idéntico, mientras Edgar y Poe se hinchaban y erizaban y gruñían hacia fuera.

Junto a la lluvia empezaron a chocar moscas contra las ventanas. Sí, lees bien, ¡moscas! Por supuesto que sé que las moscas no salen con lluvia, por eso fue tan raro; de otra forma no te lo contaría. Las moscas se arrojaban contra los vidrios para chocar con ellos y reventarse. Apunté la mirada y vi cómo, junto a los rastros del agua que caía, chorreaban los cadáveres de los insectos, estirando líneas de sangre amarilla, que es el color de la sangre de las moscas. Los gatos arañaban al aire y le bufaban a los bichos.

—Moscas —susurré—; ¿qué clase de tormenta es esta?

—¿Maximiliano? —habló mi abuelo, sin darle importancia a las moscas—. ¿Qué sabes de Pedro Urdemales? —sacó su maldito llavero y empezó a jugar con él, pasándolo una y otra vez sobre los nudillos de sus dedos. La llave grande, con punta en forma de cruz, parecía brillar como plata recién pulida. Imaginé que quizás reflejaba el destello de los relámpagos que nos llegaban a través de los ventanales.

—¿De quién? —En verdad no le había puesto atención, la lluvia de moscas era demasiado extraña como para pensar en otra cosa, ni siquiera en el viaje a España. La tormenta era la más bíblica que hubiera visto y me recordó a esas plagas que salían en las películas viejas basadas en el Antiguo Testamento, que estoy seguro tú también has visto. De más que te acuerdas de una. ¿Qué no has visto ninguna película bíblica? ¿Ni siquiera Los Diez Mandamientos, la de Charlton Heston? ¿No? Pues vela, la dan siempre para Semana Santa, es buena, mucho mejor que todas las de Los Vengadores.

—Pedro Urdemales —repitió mi abuelo.

Había escuchado ese nombre en clases de lenguaje y literatura.

—Es el personaje de unas leyendas populares, abuelo. Un pillo, un tipo muy inteligente, el más inteligente del mundo —le dije, recordando unos cuentos que nos habían hecho leer. Una donde

inventaba que se estaba preparando una sopa de piedras, engañando a unos lugareños y convenciéndolos para que le dieran papas, una gallina y verduras para mejorar el sabor de la receta. Otra donde sustituía una piedra por un pájaro para vencer la apuesta hecha a un gigante sobre quién arrojaba una roca lo más lejos posible.

—¿Qué fue lo que lo hizo famoso?

—No me acuerdo.

—Maximiliano...

Afuera, cada vez eran más las moscas que chocaban contra el ventanal de la terraza.

—Pero abuelo...

—Las moscas dan lo mismo, Max. Quiero que te concentres.

—¿Esto tiene algo que ver con el viaje a España?

—Más de lo que imaginas. Por favor, respóndeme.

—Que engañó al diablo. Dicen que le vendió su alma, firmando un papel que decía «Mañana te entrego mi alma». El diablo llegó al día siguiente a buscar su pago y Urdemales le respondió: «Acá dice claro “Mañana”». Y el diablo fue al día posterior, y Urdemales volvió a decirle que en la hoja de vida decía «Mañana». Y así se repitió la situación como mil veces, hasta que el diablo se aburrizó y explotó en azufre, jurando que alguna vez se vengaría de Urdemales... O de la familia de Urdemales —agregué antes de terminar.

—Eso es correcto y es bueno que lo sepas.

—¿De qué se trata esto?

—Maximiliano —continuó mi abuelo, haciendo sonar su llavero—. La razón por la cual viajamos a España es para asistir a un funeral.

—¿¡Quién se murió!?! —y les prometo que cuando lo pregunté, el relámpago más luminoso de la noche encendió toda la estancia, continuado por un trueno que parecía venir desde el centro mismo de la Tierra (bueno, en rigor, desde el centro del cielo).

—Un familiar muy cercano, alguien a quien nunca conociste y de quien jamás te hablé. Hay un tema con una herencia y somos los únicos parientes que el difunto tenía.

—¿¿Vamos a ser ricos??

—No sé si ricos sea la palabra exacta Max... Voy a hacer algo de comer, mientras, tú prepara un bolso. Lleva ropa liviana para una semana, pero también agrega un par de chaquetas gruesas, allá están en primavera y el clima es inestable. Te dejé planchado sobre tu cama un traje formal para el velorio. El que usaste para el matrimonio de... —nombró a una pareja de amigos—. Trata de no arrugarlo dentro del bolso.

—Trataré de no hacerlo.

—Otra cosa más. Por nada del mundo abras una ventana. No dejes que una sola gota de esta tormenta entre a tu habitación. Menos una mosca.

—¿Por qué?

—No preguntes, solo hazme caso —mi abuelo no parecía estar preocupado, más bien lo que sentía era miedo.

Antes de dar por finalizada la conversación, le pregunté:

—¿Vamos a Madrid?

—No, a Cogullada, un monasterio cerca de Zaragoza; por eso te preguntaba por Pedro Urdemales.

—No entiendo.

—Allí se supone nació ese pillo y es bueno que te vayas familiarizando con la historia —creo que fue la primera vez que sonrió en toda la noche—. Ya, mucha plática, ve a hacer lo que te dije —me ordenó.

—Edgar... Poe... —llamé a los gatos para que me acompañaran, como lo hacían cada noche, durmiendo a los pies de mi cama. Pero los felinos ni siquiera me miraron, continuaban arañando el vidrio del ventanal y bufando contra las moscas, la lluvia, los rayos, los relámpagos y el viento.

—Déjalos —me dijo mi abuelo—. Están ocupados.

Mientras buscaba mi ropa, traté de conectarme con mis amigos por Facebook, pero la red también esta caída en mi computador. Tormenta del demonio.

4

El monasterio de la Cogullada

Cruzamos el océano Atlántico en un Airbus A-340 de cuatro motores y con capacidad para más de trescientos pasajeros; lo sé porque me gustan los aviones y memorizo ese tipo de datos que no le interesan a nadie (sé muchas otras cosas del Airbus A-340 pero no las voy a mencionar acá porque imagino que no le importan más que a los fanáticos de la aviación, que no somos muchos). Viajamos con viento de cola, como si la tormenta con la que despegamos nos hubiera acompañado a lo largo de la ruta, primero por sobre las montañas y, luego, por encima del mar, de un continente al otro. Lo bueno es que con esa fuerza meteorológica empujándonos, la velocidad del cuatrirreactor se incrementó y tardamos una hora menos en completar el viaje hasta el aeropuerto de Barajas, en la ciudad de Madrid, donde aterrizamos con los primeros rayos de sol.

Escribir que al fin «conocía» la capital de España sería exagerar. Tras superar Policía Internacional y recuperar las maletas, mi abuelo hizo detener un taxi y le pidió que nos llevara a la estación Atocha, en el centro de la ciudad. Pensé que íbamos a estar unas horas en Madrid, pero cuando se lo sugerí mi abuelo me respondió que no podíamos, que estábamos atrasados, que no debíamos perder minutos. Mientras avanzábamos hacia la zona del parque del Retiro, junto al cual se emplazaba el enorme hangar del principal terminal ferroviario de la península, el agradable clima primaveral imperante fue bajando su temperatura hasta que un viento helado, casi invernal, empezó a sacudir los árboles que se ordenaban junto a las aceras de las amplias avenidas madrileñas.

—La tormenta vino con nosotros —le comenté a mi abuelo, enseñándole las nubes que se amontonaban sobre el horizonte, al norte de la ciudad.

—Pero nosotros somos más veloces —me respondió él. Por supuesto que no le entendí y pensé que era otro de sus chistes. Dentro de un día me enteraría de que no era una tormenta, sino un poderoso ser ancestral, un Primer Nacido —cercano a lo que entendemos por Dios—, que nos venía persiguiendo desde que mi abuelo me sacó de la escuela y me llevó al Registro Civil a sacar pasaporte. ¡Claro que me doy cuenta que estoy adelantando parte de la historia, pero siempre es bueno meter algo de suspenso en la cocción del relato! Apuesto a que cada uno de ustedes ya está intrigado con qué es eso de Primer Nacido y tiene ganas de apresurar las páginas para averiguar hacia dónde va la cosa... Tranquilos, no lo hagan, es mejor seguir en orden.

Dos horas después estábamos arriba de un tren de alta velocidad cruzando las planicies del este de España en dirección a Zaragoza, trayecto de trescientos dieciséis kilómetros que cubrimos en apenas una hora y cuarto. Era mi primera vez en un ferrocarril de ese tipo, pero no voy a agregar nada más,

porque sé que hay muchos de ustedes a quienes les interesa un bledo los trenes y quieren saber ya qué pasó en Zaragoza.

Al inicio no mucha cosa.

Excepto por Natalya.

Mientras hacíamos hora en los andenes de la estación ferroviaria, me cubrí la cabeza con la capucha de «el robin», que obviamente no me había quitado en todo el viaje. Luego saqué mi computador portátil, abrí mi página de Facebook y escribí en la barra de estado «De viaje». De inmediato aparecieron preguntas de compañeros y amigos: que dónde andaba, que cuándo iba a volver, que si no iba a dar las pruebas de matemáticas; que algunos decían que me habían expulsado de la escuela por haberle pegado a Pascual Arancibia. Me metí en la página personal de Pascual, pero no había actualizado nada.

—¿A quién esperamos? —le pregunté a mi abuelo.

—Paciencia, ya verás. ¿Qué haces?

—Facebook —le mostré la pantalla del laptop.

—Apaga eso...

—¿Por qué?

—Estamos en una misión secreta —pensé que era una broma. Pero igual le hice caso.

No había terminado de guardar el computador dentro de la mochila cuando escucho la voz de una mujer hablándole a mi abuelo.

—Tito, tantos años, ¡estás igual! —dijo ella, con un acento muy español, recalcando las eses como si fueran zetas, tal cual como uno se imagina que habla un español. Es decir, dijo «tantozz añozz, estazz igual», aunque la zeta estaba un poco mezclada con el sonido de una ce hache (o una «ch», como le dicen ahora. ¿No odian que le cambien el nombre a las cosas? Yo lo detesto, sobre todo a las letras. Pasa que soy fanático de las letras, siempre me han gustado mucho, cuando era pequeño incluso las dibujaba. Mi favorita era la «d», imagino que porque con «d» se escribe «dinosaurio» y «dragón», dos de mis palabras predilectas del universo universal).

—¡Eduviges! —dijo mi abuelo y se acercó a una mujer canosa y grande que caminaba hacia nosotros. De verdad era muy grande y ancha (lo digo así porque es de mala educación decir «gorda», pero sí lo era, aunque «enorme» es la palabra que mejor la definiría). Tenía el cabello tomado en un tomate, usaba lentes y sus mejillas eran muy rosadas, tanto como pequeños eran sus ojos (además de juntos y algo bizcos, igual que en los dibujos animados japoneses). Estoy tratando de pensar a qué personaje de manga o animé se parecía, pero no logro dar con uno. Da lo mismo, hagan ustedes su tarea: repitan lo que acabo de describir, cierren los ojos y traten de imaginar a una persona así. Eso que aparecerá en sus cabezas es exactamente igual a como es mi tía Eduviges, aunque por supuesto faltaban cinco segundos para saber que era mi tía.

—Ven, Max —me llamó mi abuelo, acercándome a la señora, que me miraba con una enorme sonrisa (también tenía una gran boca) dibujada en la cara. Su gesto era amable, cariñoso incluso, como si me conociera de toda la vida, lo que era imposible porque era primera vez que nos veíamos.

O eso creía yo.

Me acerqué.

—Ella es tu tía Eduviges —me la presentaron—, mi media hermana. ¡Y quítate esa capucha de la cabeza, sé educado, niño!

Le hice caso, descubriéndome de «el robin», aunque por mí hubiese seguido escondido dentro del polerón rojo.

—Querido —pronunció ella y me abrazó contra su enorme cuerpo. Por las arrugas de su rostro, disimuladas bajo kilos de maquillaje, calculé que debía de tener unos sesenta y cinco años, cinco menos que mi abuelo. Bueno, eso aproximadamente, porque ustedes saben lo complicado que es calcular la edad de las mujeres cuando pasan la barrera de los treinta. No se hagan, sé que han escuchado de sus madres, abuelas o hermanas mayores, que nunca se le pregunta la edad a una dama. Bueno, aparte de jamás contestar cuántos años tienen, se las arreglan para disimularlo. Qué complicadas son las mujeres, ¿no?

Tía Eduviges me dio dos besos bien chupeteados, uno en cada mejilla, y luego añadió:

—Qué grande estás, muchacho —en verdad dijo «chaval», pero no me gusta esa palabra—. La última vez que te vi, tenías recién un año.

—No me acuerdo —fui honesto.

—Claro que no te acuerdas, eras un bebé —me chasconeó el cabello—. Tito te ha cuidado bien.

—Es el mejor abuelo del mundo —dije, porque realmente lo pienso.

La tía Eduviges no venía sola. Mientras hablábamos se acercó una niña. Era muy delgada y muy alta, también demasiado pálida, como si nunca en su vida hubiese tomado sol. Es decir, yo soy blanco, como un muerto, pero ella era verde. Bueno, casi.

¿Que si me gustó?

Sí, obvio, es decir, era linda. Es más, creo que nunca había visto a una chica tan linda en mi vida. Pero era mayor, debía de tener unos dieciséis años, más o menos. Y a esa edad las niñas solo se fijan en universitarios y muchachos mayores, uno con suerte es un amigo más. No es que tuviera mucha experiencia con mujeres, pero algo sabía. Las redes sociales ayudan; aunque mi vida real transcurría con puros hombres, en Facebook tengo varias amigas. Bueno, amigas que nunca he visto en persona, pero con las que hablo hartito. Eso me ha servido para conocerlas y entenderlas. Por lo mismo, levanté mis defensas de inmediato con la joven que llegó con la tía. Una niña como ella jamás se iba a fijar en alguien como yo.

Tenía una nariz grande y afilada y unas pecas en los hombros, como de leopardo, que se asomaban bajo su camiseta con tirantes que tenía un dibujo del escudo de la Mujer Maravilla en el pecho. Pero

lo que más llamaba la atención en ella eran sus ojos, alargados y celestes, ocultos bajo unos anteojos de sol enormes que solo se quitó al saludarnos. Su pelo era negro con unas mechas rojizas, y le caía liso hasta la mitad de la espalda. Además llevaba una falda negra bien corta, medias altas y zapatillas deportivas de esa marca con la estrella.

—Hola —nos dijo.

Le sonreí, y mi abuelo le respondió el saludo.

—Ella es Natalya —presentó la tía—, mi responsabilidad.

Así dijo, «responsabilidad», aunque entonces apenas noté lo particular de la palabra usada. Mi atención estaba en otra parte.

—Natalya, con «i griega» en lugar de «i latina» —explicó mi foco de atención y mi futura mejor amiga.

—Un gusto —mi abuelo la saludó con un apretón de manos.

—Max —dije yo, sin mediar contacto físico.

—Natalya es hija de unos buenos amigos —subrayó mi tía, antes de invitarnos a ir con ella—. Ahora que todos ya nos conocemos, ¿les parece que vayamos a nuestro destino?

—Max, toma tu bolso —ordenó mi abuelo.

La tía Eduviges tenía un auto lujoso, con chofer y todo. Como en una película de época pasada, el conductor vestía de uniforme con gorra y respondía al nombre de Henry. Digo «respondía» porque básicamente modulaba monosílabos. El automóvil era gigante, del tamaño de un pequeño camión, y muy fino. Traté de identificar la marca pero no había registro por ninguna parte. Era muy europeo, lleno de detalles de plata, terminaciones en madera y cuero en los asientos. La 2CV del abuelo hubiera sido una broma al lado del enorme vehículo de la tía.

—Es un Hispano-Suiza —me habló la tía, al notar mi curiosidad—. Modelo T-60, fabricado en 1936. Supo llegar en perfectas condiciones a mis manos. Henry no solo lo maneja, también lo cuida como a un hijo, ¿verdad, Henry?

—Sí, madame —contestó el conductor (en realidad dijo «señora», pero queda mejor «madame»).

—No conocía esta marca —miré a mi abuelo, también a Natalya, pero ella estaba en su mundo revisando las listas de música en su teléfono celular.

—Ya no existe, joven —me contestó Henry desde el asiento delantero (tampoco dijo «joven», pero qué bien suena, ¿no?)—. Fue una empresa especializada en autos de lujo, fundada en España por un ingeniero de origen suizo. Cerró sus puertas a fines de los sesenta y hoy existen muy pocos de estos modelos funcionando.

—Gracias, Henry —dijo la tía.

El viaje hasta el monasterio de Cogullada fue breve. No más de diez minutos, ya que la vieja iglesia, construida en la Edad Media, distaba apenas cuatro kilómetros de la salida sur de Zaragoza, cruzando uno de los puentes del Ebro.

La Cogullada se emplazaba en una elevación sobre el terreno extendido en la ribera derecha del río Gallego, el principal afluente del Ebro. Estaba rodeado de un parque de grandes arboledas, entre las cuales destacaban cinco inmensos abetos (que yo pensé eran cipreses), que proyectaban sombra sobre el pórtico del templo. Estaba entero construido de piedra, con una torre muy espigada y alta al costado izquierdo de la nave central.

—¿Tu abuelo te contó la historia de esta iglesia? —me preguntó la tía Eduviges, mientras le indicaba a Henry que llevara el auto hacia la parte posterior del monasterio.

—No —miré al abuelo. Junto a él, Natalya seguía en lo de su teléfono.

—Cuentan que en el año 637 después de Cristo, acá se apareció la Virgen María —siguió la tía—, por lo cual los monjes capuchinos lo declararon lugar santo, iniciando la veneración de la llamada Virgen de la Cogullada. Más de mil años más tarde, en 1657, la misma orden católica levantó este convento. Se decía que esta tierra estaba bendita y debe ser cierto, si miras a tu alrededor, estamos rodeados de viñedos y vergeles. Y acá, querido Max, lo más importante es que se come muy bien. Después de que te instales y tras la ceremonia —miró a mi abuelo— vamos a invitarte a probar la tortilla española a lo Cogullada. Tu vida nunca más volverá a ser lo que era después de probarla.

En una cosa la tía tenía toda la razón: mi vida nunca más volvería a ser como era. Y no precisamente por comer tortilla española a lo Cogullada.

—¿De qué ceremonia habla la tía? —le pregunté a mi abuelo.

—Un velorio, Maximiliano. Anoche te conté que a eso veníamos a España, a un velorio —la tía y Natalya se me quedaron mirando, pero solo una de ellas sonrió. Adivinen quién.

5

Lo que sucedió en Zaragoza

Piensen en la palabra «raro». ¿La tienen? Ahora en la palabra «extraño». ¿Listos? Luego mezclen ambas palabras —que son parecidas, pero no significan lo mismo—, y al resultado de esa suma traten de darle la imagen de una persona (hombre o mujer, lo que ustedes elijan). Bueno, eso refleja perfecto a la gente que se reunió aquella tarde en la capilla principal del monasterio de Cogullada. Por lejos, la colección de individuos más particular que hasta ese momento hubiese visto. Y no quiero sonar despectivo ni nada similar, pero es que eran seres humanos demasiado extraños. Absolutos extremos, nada de términos medios: o muy altos, o muy bajos; o muy flacos, o muy gordos; o muy desproporcionados. ¿Me explico? Señores con brazos largos como pulpos, otros con brazos cortos, pero muy cortos, como si fueran Tiranosaurios Rex humanoides. Un par de sujetos con cabezas enormes y una señora que parecía haber pasado por una tribu de jíbaros. ¿No saben qué son los jíbaros? Lean un poco más o busquen en Google... Ok, última vez: los jíbaros son una tribu de indígenas de la zona del Amazonas que se hicieron famosos por su arte para achicar cabezas, lo que fascinó a los exploradores de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Claro, no practicaban esta disciplina en personas vivas, sino en los cadáveres de sus enemigos. Les cortaban la cabeza y luego las achicaban en agua hirviendo hasta dejarlas del porte del puño de un niño de unos seis años. Pues exactamente de ese tamaño era la cabeza de al menos cuatro mujeres presentes en el velorio.

Todos vestían de negro y todos estaban muy compungidos ante el ataúd que se ubicaba al fondo de la capilla, bajo la imagen de un enorme Cristo crucificado y una Virgen María rodeada de rayos, que mi abuelo identificó como la imagen que se veneraba en la Cogullada.

Yo, por orden de mi abuelo, vestía de riguroso traje negro. Nada de «el robin» o jeans gastados. Pantalones, chaqueta, camisa blanca, muy bien peinado y con los zapatos lustrados hasta lograr un brillo de espejo («si ves tu cara en tus zapatos, tus zapatos están perfecto», decía siempre mi abuelo Tito).

—¿Quién es toda esta gente? —le pregunté al tata al descubrir la corte del terror que nos rodeaba.

—Maximiliano, por favor, no digas nada.

Un hombre muy ancho, tan cuadrado que estoy seguro de que se transformaba en auto cuando se agachaba (les prometo que era igual a un Transformers), se nos acercó y le ofreció su mano derecha, grande y enguantada, a mi abuelo. La pura palma del sujeto era al menos tres veces más grande que la del tata, que ya tenía las manos grandes.

—Un sentido pésame, Tito —le dijo con una voz honda y lenta, como si hablara desde el fondo de una cueva muy negra y muy profunda.

—Gracias —respondió el abuelo.

—¿Él es el niño? —me miró.

—Sí, él es Maximiliano —respondió mi abuelo y no hubo más conversación. El gigante me miró, hizo un gesto con la cabeza y luego se alejó hacia el resto de los presentes.

—¿Quién es ese señor, abuelo? —le pregunté.

—Un conocido de la familia, no recuerdo su nombre —sabía que me estaba mintiendo o que no me estaba contando toda la historia.

—¿Idea mía o es como extraño? —no pensaba perder mi juego.

—No existe la gente extraña, Max. Te lo he dicho y enseñado desde que gateabas por mi cocina. Lo valioso de las personas es lo variadas que son. Sé un poco más respetuoso.

—Lo soy, solo que esto es... —dudé—. No lo entiendo mucho.

—Pronto lo entenderás —ni siquiera me miró a los ojos—. Espero.

Entonces no entendí ese «espero» final.

—¿Por qué nos dan el pésame? —seguí.

—Te lo conté antes de salir a España, somos parientes del fallecido.

—¿Y la herencia?

—Maximiliano —el abuelo Tito estaba muy irritado; había conseguido sacarlo de sus casillas.

Un grupo de tres mujeres, muy altas y delgadas, que cubrían sus cabezas con sombreros de punta (como las brujas de los cuentos), pasaron junto a nosotros y nos saludaron con un ademán. Las tres al mismo tiempo, las tres muy corteses, las tres en una cuidada coreografía.

—¿Y ellas? —insistí, más para molestar que por curiosidad.

—Max, por favor. Ya terminará el velorio, ahora cálmate.

Pero antes de que pudiera responderle, otra voz interrumpió nuestro diálogo.

—Tal vez sea mejor idea que Maximiliano salga un rato y vuelva cuando todo este espectáculo termine. Tampoco tiene mucho que hacer acá, su presencia no es necesaria... aún —acentuó la voz de la tía Eduviges, que apareció tras nosotros, acompañada de una brisa helada y de Natalya, que seguía con esos gigantescos anteojos de sol tapándole la mitad de la cara.

—Puede ser —respondió mi abuelo—. Sí —aceptó luego—, creo que es lo mejor.

Eduviges miró a Natalya.

—Nat —dijo.

La hija de los buenos amigos de mi tía volteó hacia mí.

—Ven conmigo —me habló por primera vez luego de su «hola» en la estación de trenes.

A ella no le iba a decir que no.

Acompañé a Natalya fuera de la capilla, en dirección al jardín que se abría hacia el camino que conducía a Zaragoza.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a mi inesperada compañera.

—A dar una vuelta. Ya escuchaste a tu tía, prefieren que no estés en el velorio. Haces demasiadas preguntas y no entiendo por qué las haces.

—¿Qué hay de malo en hacerlas?

—Nada, pero tampoco hay algo bueno en hacerlas.

—¿Tú nunca te preguntas nada?

—No, para qué. Es mejor obedecer o no obedecer, cuestionar solo demora las cosas y te hace pasar malos ratos.

—Mmmm —murmuré. Ella ahora llevaba una polera negra con el logo del grupo Muse, que es de los pocos grupos de música que me gustan.

—¿Qué? —logré que se cuestionara algo.

—Nada.

—No existe la nada. Nadie piensa en nada. Dime.

—¿No dijiste que no te gustaban las preguntas?

—Dime —repitió.

—Pensaba en que eres más simpática de lo que pensé cuando te vi.

—¿Y por qué te parece que soy más simpática?

—No lo sé, cuando te conocí ni siquiera hablaste... Ahora te muestras interesada.

—¿Para qué iba a hablar? —me cortó—. Tampoco estoy «interesada», solo le obedezco a tu tía para evitarme líos más tarde. Además no soy simpática —agregó—. Soy amable, que es muy distinto.

Desde su punto de vista, tenía toda la razón.

—Espérame un segundo —le pedí.

—¿A dónde vas? —me gritó al verme correr hacia la casona principal del monasterio.

—A buscar «el robin» —le grité—; ¡odio andar disfrazado con esto! —le indiqué la ropa que llevaba puesta—. No me demoro nada.

—¿Quién es Robin? —la escuché gritar, pero no le contesté. Al menos no de inmediato.

—Este es «el robin» —le mostré cinco minutos después, cambiado de ropa y más aliviado. Me cubrí la cabeza con la capucha roja del polerón.

—Es horrible —dijo ella—. Te queda grande, como un saco, y está viejo... Y sucio. ¿Cuándo fue la última vez que lo lavaste?

—No lo lavo.

—Qué asco.

—No necesito lavarlo, solo llevarlo puesto. Me da suerte.

—Humanos...

—Ni que tú fueras mutante.

Natalya curvó los labios de una manera que me resultó muy pedante. Luego, en vez de seguir la conversación, apuró el paso y me llevó hasta un cobertizo a un costado del monasterio, donde junto al auto de la tía Eduvigis, el Hispano-Suiza, aparecía una hermosa motocicleta tipo scooter color rojo brillante con detalles metálicos cromados. A pesar de que no era un modelo reciente, estaba en tan perfectas condiciones que parecía nueva.

—¿Es tuya?

—Sí. Me la regaló Eduvigis cuando cumplí... —dudó—. Bueno, hace como dos cumpleaños. Es una Vespa Sprint de 1967, italiana. Henry se ha encargado de mantenerla como recién salida de fábrica.

—Tiene talento con los vehículos.

—Obvio que lo tiene, es un...

—¿Es un qué? —le pregunté al notar su duda.

—De veras que tú no sabes nada de nada, es un... —pensó por un segundo—, un buen mecánico, ¿qué más va a ser?

—Y qué tiene que ver eso con no saber nada de nada.

—Toma esto, pónelo —fue su respuesta, y me pasó un casco tan rojo como la motoneta. Ella se puso uno idéntico—. Afírmate bien, la idea es que no te caigas —me indicó tras sentarse en la parte delantera del sillín. Me agarré de su cintura, que era muy delgada, casi huesuda. Y fría. La persona más helada que recordara haber tocado en mi vida.

Natalya me hizo un tour por el barrio histórico de Zaragoza durante una hora y media. Pasamos por fuera de unas iglesias enormes, la basílica de Nuestra Señora del Pilar, la catedral del Salvador y los puentes de piedra sobre el río Ebro que, según me contó, habían sido construidos en la época del Imperio romano. Tomé unas fotos con mi teléfono a las murallas gigantes del palacio de la Aljafería que me parecieron idénticos a los de El Señor de los Anillos y Juego de Tronos (serie que mi abuelo no quiere que vea, pero que siempre encuentro la manera de hacerlo, total la dan a cada rato en el TV cable).

—¿Tienes Facebook? —le pregunté.

—No.

—¿Instagram?

—No.

—¿Twitter?

—No.

—Yo sí. Soy fanático de las redes sociales.

—Me he dado cuenta.

—¿Y qué haces para divertirte?

—No me divierto.

—¿En serio?

—En serio.

—Nadie no hace algo para divertirse.

—A veces me como a los preguntones.

Entonces pensé que solo era una broma.

Los edificios modernos de Zaragoza no me gustaron mucho, pero sí el Parque Grande de Labordeta, que estaba seguro también iba a ser del gusto de mi abuelo. De seguro también le iba a interesar el barrio histórico de la ciudad. Pero claro, no esperaba lo que el destino me tenía reservado para los próximos minutos, el instante cero en el que todo cambió para siempre en mi vida. Sí, sé que lo he dicho como mil veces, pero les prometo que ahora sí que empieza lo bueno; la razón por la cual invirtieron su tiempo y ganas —y el dinero de sus padres— en un libro con este título.

—Esto no está bien —dijo Natalya cuando caminábamos de regreso hacia la esquina donde habíamos dejado estacionada la Vespa.

—No, no está nada de bien —repetí yo, mirando hacia el cielo.

De un momento a otro, las cinco de la tarde de un día de primavera en el centro de España se convirtieron en las siete de la noche de un día de invierno (también en el centro de España). Un ventarrón fuerte corrió a través de los pasajes y callejuelas, tirando tiendas, puestos de revistas y periódicos, desparramando basura por todas partes mientras nubes oscuras cubrían el horizonte, hasta donde la vista alcanzaba. Pequeñas gotas empezaron a caer y un trueno sordo retumbó sobre las sierras que rodeaban la vieja capital del reino de Aragón.

La gente también miraba al cielo, segura de que no era normal que una tormenta apareciera de un momento a otro, sobre todo en un lugar con un clima tan estable como el corazón de la península ibérica.

—La tormenta... —dije, pensando en voz alta.

—¿Has visto algo así antes? —me preguntó Natalya.

—Sí, en mi ciudad, el día previo a tomar el avión a España. En Madrid también, cuando llegamos, pero el tren fue más veloz que el viento.

—Eduviges tenía razón, él no quería que vinieras.

—¿Él? ¿Quién? ¿De qué estas hablando?

—¿Pero tu abuelo en serio no te dijo nada? —saltó la chica de mechaz rojizas.

—¿Qué iba a decirme?

—Claro, y ahora me dejan a mí con la responsabilidad de enfrentarlo.

—¿De qué hablas? ¿Qué cosa, enfrentar qué?

—Dime que al menos trajiste la llave.

—¿¿Qué llave??

—Maldición.

Natalya estaba muy inquieta, nerviosa; diría que incluso aterrada.

—Ven. Y no sueltes mi mano —me ordenó.

Me agarró con fuerza y me condujo camino abajo por calle Alfonso I hasta el pasaje donde estaba la motocicleta. No alcancé ni a ponerme el casco cuando frente a nosotros se levantó un remolino de viento que golpeó a la Vespa por el costado, tirándonos al suelo. Era tan fuerte que nos resultó imposible levantar el vehículo, como si el viento no quisiera que nos moviéramos. El cielo estaba cada vez más cerrado y la extrañeza de la gente se estaba convirtiendo en pánico. No era una tormenta cualquiera, parecía ser el fin del mundo. Un relámpago cruzó el cielo, seguido de un doble trueno, dentro del que —¡les juro!— escuché claro que alguien pronunciaba mi nombre.

—Vámonos de aquí —indicó Natalya, agarrándome del brazo y llevándome de regreso a la basílica.

—¿Vas a dejar tu moto?

—Da lo mismo la moto, ya no importa. ¡Corre hacia la iglesia! Estaremos a salvo en suelo consagrado...

—¿De qué hablas, de qué suelo, a salvo de qué? ¡Es solo una tormenta!

—No, Max, no es solo una tormenta... ¡¡Maldición, se suponía que yo no debía decirte nada!! Era Eduviges y tu abuelo los que iban a hacerlo... ¿Sabes? Mejor no hables nada y solo corre.

Pero no pude dar un paso más.

No me dejaron hacerlo.

—¡¡¡Natalya!!! —le grité.

Justo en ese instante una pared de lluvia cayó encima de toda la ciudad, volviendo muy resbalosos los adoquines que nos conducían a la iglesia.

—Niño tonto —bramó Natalya—, no tienes idea de lo que estás haciendo. Y yo no soy ni tu abuelo ni tu tía para defenderte...

—¿De qué hablas? —pero otra vez no alcancé a terminar. Una violenta ráfaga en espiral me cogió por los pies y me levantó como si estuviera hecho de papel. Pero no era el único. En mi desesperación, veía que otras personas, adultos y niños incluidos, también eran arrastradas por el viento. Escuché gritos, rezos, oraciones y llantos mientras trataba de agarrarme de lo que estuviera al alcance de mi mano, pero todo era inútil: quise aferrarme a la rama de un árbol y se quebró; abrazarme a un poste de alumbrado público, pero era demasiado peligroso; cubrirme la cabeza con la capucha, pero el viento me la quitaba. Y la lluvia, y el viento, y los relámpagos y los truenos. Sentía que cada vez me arrastraban más lejos y más alto, como si la tormenta me quisiera llevar con ella. No podía tocar el suelo, por más que aleteaba y pensaba que aquello no era posible, que solo los huracanes y los tifones tenían la fuerza necesaria para arrastrar a una persona. Mas los huracanes y tifones solo se originan en lugares tropicales cercanos al mar. ¿Y un tornado? Un tornado puede llevarse a una persona... pero tienen forma de embudo. Pues bien, esta tormenta no se parecía ni a un tornado ni tampoco a un huracán... La tormenta no se parecía en nada a nada.

¿He dicho mucho esa expresión en este libro?

Pues la diré muchas otras veces.

A NADA DE NADA.

Natalya... ¿dónde estaba Natalya?

Intenté mirar a mi espalda, buscarla entre la gente que era arrastrada conmigo, pero no aparecía por ninguna parte. Mi compañera era fuerte (harto más que yo), quizás había tenido mejor suerte al encontrar de qué agarrarse.

—¡¡¡Natalyaaa!!! —la llamé, sin tener respuesta.

Y fue en ese instante cuando vi el rostro de quien sería mi principal problema en los próximos días. Entonces pensé que era producto de mi imaginación o una alucinación provocada por la suma del miedo y la desesperación. Porque sí, estaba muy asustado, aunque ahora, mientras escribo los hechos, no se note (de hecho, mentiría si dijera que no estaba llorando: lloraba como un niño pequeño, porque los hombres lloramos y nos asustamos, y si te dicen que no es así, te están mintiendo).

Lo vi. Allí, en el centro del viento y la lluvia apareció la silueta de un hombre. Un hombre grande, con brazos anchos y piernas fuertes; la sombra de alguien que parecía estar ahí, de pie en medio de la tormenta. Un rayo destelló tras él y en ese microsegundo alcancé a ver su rostro, iluminado por unos ojos rojos que ardían como brasas.

Y escuché su voz.

—Urdemales... —dijo claro, con una tono grave y lento, como dándose un espacio de tiempo entre cada una de las cuatro sílabas y las nueve letras—. Urdemales... —repitió, y no sé cómo explicarlo, pero sabía que se estaba refiriendo a mí.

Otro relámpago y otra vez esos ojos rojos inyectados en fuego. Las manos abiertas y estiradas en mi dirección.

—Ur-de-ma-les —pronunciaba.

Los ojos, los rayos, la lluvia y entonces, inesperadamente, algo vino y me agarró de los hombros para llevarme fuera de la tormenta. Volteé mi cabeza y vi que un par de patas con garras, como de águila, me tenían tomado. Levanté la mirada y a pesar de que no podía creer lo que estaba viendo, igual dije su nombre:

—¡¿Natalya?!

6

El secreto de Natalya

«¡¿Natalya?!», la llamé, aunque eso que me tenía agarrado de los hombros no era la protegida de mi tía Eduvigés. O no se parecía a lo que hace diez minutos era una linda señorita de dieciséis años que me había traído en su moto italiana a conocer las calles y rincones del barrio histórico de Zaragoza.

Iba a insistir en que no se parecía en nada, pero no hubiera sido del todo exacto, porque sí se parecía. De hecho, era ella; tenía su cara, su pelo negro con rayas rojas y sus insoportables lentes de sol. Era el resto de su figura lo que había cambiado: las piernas se le habían estirado hasta convertirse en unas huesudas extremidades terminadas en garras, las cuales me tenían cogido con cuidado para no lastimarme. Lo mismo con los brazos, casi tan largos como las piernas, con manos flacas, de dedos eternos terminados en uñas blancas y puntiagudas, similares a las de un buitre. Un detalle particular: en su mano izquierda llevaba amarradas sus zapatillas, que por razones obvias no le servían mucho en este «modo monstruoso». Pero todo lo anterior no era lo más peculiar de su nueva apariencia: desde la espalda, a la altura de los hombros, se le desplegaban dos enormes y fuertes alas de dragón, con dedos como varillas, muy extendidos, que sujetaban superficie de piel y cuero y que sostenían la estructura de los planos alados.

¿Que si me dio miedo?

Claro que me dio miedo. Natalya era un monstruo. O se había convertido en uno. Pero más miedo me daba la tormenta y esa criatura humanoide de ojos de brasa que vivía dentro del viento y que me llamaba con un nombre que no era el mío.

—Tú solo guarda silencio —me dijo Natalya, con la voz de la Natalya de antes, mientras intentaba llevarme fuera del viento y escapar de las ráfagas que buscaban darnos alcance.

Le obedecí (créanme, en mi lugar ustedes también lo habrían hecho).

Natalya era muy buena en el arte de volar. Logró evadir los ventarrones y chorros de corriente deslizándose a ras de las terrazas y techos de los edificios bajos que conformaban el centro histórico. Al tratarse de construcciones antiguas, levantadas en piedra y de muros anchos, resultaban mucho más resistentes al momento de aguantar las embestidas de la tormenta, conformando una barrera de protección para nosotros. La vi entrar por unos pasajes y enfilar en dirección a la cúpula de la basílica del Pilar, («un lugar consagrado», recordé sus palabras), y entonces noté que no era el único que estaba viendo a mi amiga convertida en una criatura de otro mundo: en las casas y construcciones aparecía gente asomada, algunos se persignaban.

Natalya planeó alrededor y por sobre la cúpula de la basílica, pasando por entre las cuatro torres del templo, para enseguida bajar hacia un pasaje que se abría hacia La Lonja, la calle que conducía al más viejo de los puentes de piedra sobre el Ebro.

—¡Salta! —me ordenó antes de soltarme a más o menos dos metros del suelo.

Y de nuevo le hice caso.

Ella se posó unos metros delante y me dio la espalda, previo a regresar a su «modo humano». Aunque estaba aterrado, busqué mi teléfono y sin apuntar fui tomando fotos rápidas; podía ser mi única prueba si algo me llegaba a pasar. Vi cómo sus piernas y brazos regresaban a su tamaño normal y las alas se plegaban dentro de sus hombros, doblándose luego al interior de su cuerpo mediante unos pliegues parecidos a las branquias de un tiburón, abiertas a ambos lados del cuello.

—Lo de las fotos no va a funcionar —me dijo, sin girar hacia mí—. Revisa tu teléfono —me indicó.

Lo hice. Ella no aparecía en las fotos, solo un borrón blanco, como una mancha o un resplandor, ocupando su sitio en el espacio.

—¿Qué...—tartamudeé, nervioso— qué eres?

Natalya giró hacia mí. Se quitó los anteojos y me miró con unos ojos alargados, como de gato, amarillos en el iris y muy negros en la pupila.

—Empieza con «V» —me contestó sonriendo, abriendo dos dedos de su mano derecha en forma de «V» y enseñándome unos largos incisivos blancos y puntiagudos, que se asomaron por la comisura de sus labios.

Grité asustado y me eché hacia atrás.

—No te voy a hacer nada, tonto —me dijo ella—. De hecho, si te tranquiliza, yo te tengo bastante más miedo a ti y a los de tu especie.

—¡E... eres un... un... vam... piro...! —tartamudeé aterrado.

—Una vampira, si no te molesta —me contestó ella. Luego se agachó, se calzó las zapatillas y se me fue acercando. Y mientras daba un paso tras otro, sus ojos se hacían como los de cualquier persona, a la par que los dientes puntiagudos se replegaban dentro de sus encías. Para cuando llegó a mi lado, Natalya había vuelto a ser la niña linda que había conocido hacía pocas horas atrás.

—Ahora me puedes sacar una foto —hizo como si estuviera posando, imitando a una modelo de alta costura.

—¡¡¡Atrás!!! —la rechacé, cruzando mis brazos para espantarla, igual a como había visto en las películas.

—No seas idiota, eso no funciona. Vivo en una iglesia, te llevé por encima de una basílica... —me la indicó—. Ni los objetos sagrados, ni las estacas de madera; ni siquiera el sol, aunque nos pican los ojos durante el día —se explicó—. Esos son cuentos que inventaron los tuyos para hacernos imposible la vida. Bueno, no exactamente los tuyos, pero se entiende.

—¿Qué es todo esto que está pasando? —la interrogué.

—Max, por favor, límpiame las lágrimas.

¿No les conté que estaba llorando, cierto? Bueno, sí, estaba llorando. ¡Qué quieren! ¡Estaba muerto de miedo! ¡Ustedes se habrían hecho en los pantalones!

—En serio, no te voy a hacer nada —Natalya bajó su tono.

Fruncí el ceño y me limpié las lágrimas con una manga. Parecía un niño chico, me sentía como un niño chico.

¿La tormenta? Bueno, la tormenta seguía y soplabla encima del callejón tan fuerte como cuando Natalya me rescató. La lluvia ya no resultaba tan energética, pero los relámpagos y truenos continuaban estremeciendo Zaragoza. Miré hacia el río Ebro, y un oleaje azotaba con violencia las pilastras gruesas del puente de Piedra. Natalya y yo estábamos estilando.

—¡Max! —me gritó Natalya, trayéndome de vuelta de mi momentánea ensoñación—. Esto no ha terminado. Noé va a seguir buscándote, tenemos que encontrar el Corredor.

—¿Quién es Noé, quién corre?

Natalya suspiró

—Yo no soy quién para revelarte quién eres y todo eso, pero sola no puedo contra Noé... ¿Conoces la historia del Diluvio y el arca con los animales, dos de cada especie?

—Sí.

—Pues no fue así. El del arca no era Noé, sino otro tipo cuyo nombre da lo mismo, además que es muy complicado de deletrear. Noé es...—dudó—. Es... ya sabrás qué es, pero fue el responsable del Diluvio y, por alguna razón que ignoro, tiene cuentas pendientes con tu familia.

—¡¿¿Mi familia??!

—Max, ya te contarán todo. La cosa es que Noé tiene poder sobre el clima, produce tormentas y rayos, y de seguro tú lo viste cuando trató de levantarte. Tiene dos joyas ardientes en lugar de ojos...

—¿Como brasas?

—Como diamantes rodeados de lava volcánica —me corrigió—. Logramos escapar, pero él aún está encima de nosotros, buscándonos. Por eso necesitamos del Corredor —acentuó—, que no es alguien que corre, sino un lugar.

—¿Qué tipo de lugar?

—Estoy odiando un poco a tu abuelo y a tu tía Eduvigés. Te traen a la Cogullada y ni siquiera te hacen un resumen preliminar.

Levanté los hombros y tragué saliva.

—Escucha —me advirtió—. El Corredor es un pasadizo que nos permite ir a cualquier parte. Busca una puerta vieja, de madera, con barras cruzadas de hierro fundido y cerrojo en forma de cruz.

—¿Cerrojo?

—El ojo pues, Max, el ojo donde metes la llave. Revisa la pared del otro lado del pasaje —me indicó la muralla de la derecha, donde había cinco puertas cerradas—, yo voy por la de la izquierda.

Sin dudar en sus palabras, acaté su orden. Entre su forma monstruosa, sus dientes, lo de Noé y el Corredor, hace rato que no entendía nada.

—¿Natalya? —la llamé.

—Qué pasa ahora.

—¿En verdad eres una vampiro?

—Sí, Max, en verdad soy una vampira.

—¿Y bebes sangre?

—Sí, Max, bebo sangre.

—¿Y...?

—No, Max, no te voy a atacar, no ataco. Estamos en el siglo XXI, hace como mil años que los vampiros no atacamos a nadie... Bueno sí, pero no como te lo imaginas —dudó—. Existe un... un trato, un pacto, ya te enterarás de todo. Ahora busca.

—Ya busqué —le dije—, y no hay ninguna cerradura como la que describiste.

—En este lado tampoco. Tenemos que salir a la plaza y correr a la basílica, de seguro ahí encontraremos la puerta que necesitamos.

—Pero si salimos a la plaza...

—Lo tengo claro, Max. Si salimos, Noé va a vernos. Pero no tenemos otro modo de escapar.

—¿Segura?

—Máximo...

—Maximiliano —la corregí.

—Máximo y Maximiliano son el mismo nombre. Y no me discutas, que soy mayor que tú.

—¿Cuántos años tienes?

—¿No te cansas nunca de hacer preguntas? —me miró con cara de estar aburrida—. Vale, imagino que tienes derecho a saber ciertas cosas. Tengo dieciséis años... —hizo una mueca—. Hace muchos años que tengo dieciséis años.

—¿Cuántos muchos años que tienes dieciséis?

—Cincuenta —sonrió.

—¿Te mordieron?

—Max, no creas todo lo que te cuentan. Tú naciste humano, yo nací vampira, no es tan complicado, pura biología. Ahora, por favor —me indicó el camino.

Asentí, mientras me cubría la cabeza con la capucha de «el robin», mi armadura.

Nos asomamos a la salida del callejón. La plaza que se abría hacia la basílica del Pilar estaba descubierta y la lluvia volvía a golpear con fuerza sobre los adoquines de piedra que conformaban un zócalo construido en la Edad Media. Lo húmedo de la superficie y el viento no auguraban una buena jornada. Soy torpe, estaba seguro de que me iba a caer, siempre me caigo, soy malo para los deportes y para todo lo físico. Recordé el puñetazo que le había dado a Pascual Arancibia el día en que comenzó todo esto y apreté mis dientes para envalentonarme.

—¡Ahora! —gritó Natalya, adelantándose en su corrida hacia la iglesia. Y mientras la seguía me preguntaba por qué no desplegaba sus alas y nos llevaba planeando hasta el templo.

No había mucha gente en las calles, la mayoría había logrado refugiarse en las tiendas o callejones más cercanos a la ciudad moderna, la con rascacielos altos y supuestamente más protectores de la lluvia y el viento que las más bajas construcciones del casco histórico de la ciudad. Quizás no era una mala idea, pero lo que era yo, ahora confiaba en Natalya. Si ella pensaba que la iglesia y los edificios viejos eran mejores, debía de tener razón. Es decir, tenía cincuenta años de experiencia, algo de conocimiento debía manejar.

—Te lo dije —me indicó cuando llegamos al pórtico de la basílica—. Mira las puertas de la capilla lateral: antiguas, de madera con cruceros metálicos y cerraduras de cruz. Ven.

—Pero ¿cómo vamos a entrar? —le pregunté—. No traje llave.

—No necesitamos llave, solo tocar fuerte —me indicó, llevándome hacia un costado del enorme templo de cuatro torres— y confiar en que nos escuchen del otro lado.

—¿Qué otro lado?

No tuve respuesta.

Tampoco alcanzamos a avanzar demasiado. No nos dejaron. (Y no, no fue Noé —o como se llame el de los ojos de fuego de la tormenta— quien salió a detenernos).

El pórtico principal de la basílica se abrió y las personas que salieron del interior se nos quedaron mirando. Primero, con cara de nada; luego, de sorpresa; finalmente, con algo muy distinto a lo amigable.

—¡¡Ella!! —gritó la voz chillona de una mujer adulta—, ¡¡ella es el diablo, es a la que vimos volar!!

Y solo bastó eso para que una turba enfurecida emergiera del templo, chillando como energúmenos y gritándonos frases de rezos, odio y versículos bíblicos. Un cura intentó detenerlos, pero los hombres, las mujeres y su rabia lo empujaron hasta reducirlo. Ni siquiera la lluvia los detuvo; ni siquiera el viento, que regresó como una ventisca helada sobre el zócalo y sopló fuerte encima de las hojas del pórtico hasta cerrarlas.

—Esto no es bueno —comentó Natalya.

—¿Noé?

—No, Maximiliano, los humanos y su miedo que se convierte en odio. Esa es la causa de todo lo malo que pasa en este mundo. Ahora sigue corriendo, hay que llegar a la puerta de la capilla lateral.

Como estábamos relativamente cerca de nuestra meta —a unos diez metros—, la alcanzamos antes de que nuestros perseguidores nos cortaran el paso. Como podían, ellos se agachaban superando al viento para agarrar palos y piedras. Me sentía en la Edad Media. Los guijarros, algunos cogidos del material de construcción de la propia iglesia, llovían sobre nosotros y solo la arremetida del viento cruzado impedía que nos dieran; nadie tenía tanta fuerza como el chiflón, que soplaba cada vez más fuerte, amenazando con llevarme de nuevo.

Miré más allá de los lugareños y les juro que sobre la plaza vi caer un torbellino de nubes que, al girar sobre sí mismo, fue dando forma a un ser gigante, de más de dos metros de alto, con los ojos encendidos en llamas.

«Urdemales».

Retumbó una voz en mi cabeza.

Nadie más parecía verlo.

Nadie más parecía oírlo.

—¡¡Naaat!! —grité.

Pero ella estaba más preocupada de nuestros atacantes.

—¡¡Max!! —me ordenó—. ¡Tú golpea la puerta con fuerza, llama a tu abuelo y a tu tía!

—Pe... pero...

—Solo hazlo y no preguntes —habló, mientras se quitaba los zapatos—. Yo... Yo debo romper una ley... por segunda vez en menos de una hora.

Y dicho lo anterior, la vi desplegar sus alas, asomar sus dientes y estirar sus brazos y piernas, abriendo sus garras de monstruo en forma amenazante. Luego chilló, emitiendo un grito que era como el de un águila, pero mucho más grave, similar al de un ave rapaz sonando a través de un tubo de metal.

—¡Golpea la puerta! —volvió a ordenarme.

«Urdemales, Urdemales, Urdemales, eres mío, mío, mío...», retumbaba aquella voz honda en mi cabeza, mientras la lluvia me golpeaba con goterones gordos y duros, que amenazaban con convertirse en granizos. El viento, la voz, los rayos, los relámpagos, los truenos, los palos, las piedras, los chillidos de mi amiga vampira... y mi puño cayendo fuerte contra la puerta. Uno, dos, tres, cuatro, con el puño apretado, hasta hacerme doler.

—¡¡Abuelooo, tataaaa, tía Eduvigees!! —grité.

Entonces los cerrojos crujieron por dentro, escuché que un postigo era corrido y luego la puerta se abrió.

—¡¡Entren niños!! —dijo la voz de mi abuelo.

Natalya plegó sus alas y agarrándome del brazo izquierdo me condujo dentro del Corredor.

—Tus zapatillas... —dije, aprovechando el impulso para agarrarlas. Ella me agradeció con una sonrisa.

—¿¿Están bien?? —preguntó la voz de la tía Eduviges.

Pero solo eran las voces, porque quienes nos esperaban dentro de eso que llamaba el Corredor no eran ni mi abuelo, ni mi tía.

7

Familia hay una sola

El Corredor era un túnel largo e iluminado que asemejaba el pasillo principal de una gran casona de madera, como esas casas que ya no existen, donde todo está decorado con espejos y candiles con lámparas que imitan velas, y donde cada detalle luce muy ordenado y muy brillante, como recién encerado. En este caso, se extendía desde la puerta de madera con cruceros metálicos, en la capilla lateral la basílica del Pilar, hasta donde quién podía saberlo.

—¿Están bien?! —habló la voz de mi abuelo.

Yo no respondí.

Natalya no regresó a su «modo humano», sino que permaneció como vampira y solo se limitó a doblar sus alas, una sobre otra, en la parte alta de su espalda. Luego respondió:

—Sí, pero casi no lo contamos —respiró más aliviada.

Mientras hablaba, sus incisivos afilados se plegaron al interior de sus encías, imaginé que porque no los necesitaba. No estaba ni cazando ni asustando a nadie.

—¡Noé casi destruye la ciudad entera! —exageró—. Bueno, el centro histórico —bajó sus revoluciones.

—Y tú Max, ¿cómo te sientes? —me interrogó la voz de la tía Eduviges.

Por razones obvias, que ya les contaré en los próximos párrafos, retrocedí. No porque estuviera realmente asustado. A esas alturas, tras descubrir que mi amiga era una vampira y que una especie de dios antediluviano me estaba siguiendo, nada me asustaba demasiado. Era desconfianza lo que sentía, ganas de que me explicaran de una manera racional y didáctica qué demonios estaba sucediendo.

—Bien... —mentí.

Lo que hablaba con la voz de mi abuelo, pasó a mi lado y se acercó a la puerta. Corrió las cerraduras y luego, tomando ese llavero que siempre llevaba consigo, usó la llave grande y vieja, terminada en cruz (de pronto, hice toda la asociación en mi cabeza), para clausurar la entrada. Observé cómo el Corredor se extendía aún más, como si tuviera vida propia, sumando maderas sobre maderas que conducían a otras puertas, todas idénticas a lo largo del pasillo.

—Esta llave es tuya —dijo eso que parecía mi abuelo.

Me la entregó.

Yo la recibí sin mediar palabra.

La criatura que hablaba como mi abuelo Tito era un enorme humanoide hecho de piedra, como la Mole de Los 4 Fantásticos (que en realidad se llama la Cosa, como todos los fans de Marvel sabemos), pero sin tanta roca pegada al cuerpo. Medía unos dos metros y medio de alto y se movía como un robot, caminando con piernas gruesas y rectas, sin rodillas, igual que sus brazos que carecían de codos. Las manos solo tenían cuatro dedos, los que no podía doblar, aunque sí empuñar. A pesar de su monstruoso aspecto había algo en su rostro, en esas piedras rectas que se movían como ojos, o en la barba que se dibujaba con rocas colgantes, que lo hacían familiar; como si allí dentro habitara el anciano al que por años había llamado abuelo, el hombre que me crió y educó desde niño.

Acerqué mi mano hasta la suya. Era helada y áspera como piedra de desierto.

—¿En serio eres tú? —le pregunté.

—Sí, soy yo, Maximiliano, tu abuelo Tito.

—¿Y qué eres, un robot de piedra? —a estas alturas ya todo me parecía probable.

—Un gólem —me explicó—. Y en efecto, es algo parecido a un robot de piedra.

Giré hacia la tía Eduvigis. Ella parecía aun más grande y pavorosa que mi abuelo. Una criatura también humanoide, con alas en la espalda, similares a las de Natalya, pero rojas en vez de negras. Su enorme cabeza de señora era ahora una también enorme cabeza de leona (o un león sin melena). Pero lejos lo más extraño de todo su aspecto, era la cola, terminada en una pequeña cabeza de serpiente. A veces la tía Eduvigis hablaba por la cabeza de león, otras, por la de serpiente.

—Una quimera —se identificó ella, antes de que atinara a preguntarle en qué se había transformado.

—Un gólem es un ser de piedra, nacido del barro y convocado por sabios ancestrales del Medio Oriente —interrumpió Natalya—. Y una quimera es un criatura femenina formada por partes de un ser humano, un león o una leona, una cabra —miré las piernas y los pies de mi «tía», tenía pezuñas de caprino— y una serpiente o dragón. También tiene alas, como puedes ver, pero no puede volar. Y cuando se enoja es capaz de arrojar fuego por la boca, igual que un dragón.

Todos miramos a Natalya.

—¿Qué? —exclamó ella, mirándome a los ojos—. Antes de que nos llenaras con preguntas, decidí responderte. De lo contrario, íbamos a estar una hora entre idas y vueltas.

Tenía razón.

Recordé que la quimera era un monstruo de la mitología griega que había sido muerto por Belerofonte y el caballo Pegaso; y que alguna vez había leído acerca del gólem de Praga en un libro antiguo que se llamaba El Tesoro de la Juventud; sin embargo, preferí no decir nada al respecto.

—Perdonen —les pedí—, ¿ahora podrían regresar a su forma original, como Natalya hace un rato?

—Bueeeeno... —dudó Natalya, arrugando el ceño.

—¿Qué pasa?

—Este es nuestro aspecto real, hijo —me respondió la tía—. Lo otro es un disfraz.

—Y como estamos al interior del Corredor, no necesitamos disfrazarnos —agregó Natalya, y luego miró a Eduviges—: ¿Se lo dices tú?

—Sí —la quimera torció un ademán amable—; se lo digo yo.

—¿Qué cosa? —las miré.

—Que a partir de ahora, solo nos verás como somos realmente, nada de disfraces contigo, a menos que lo necesitemos. Ninguno de los nuestros podrá ocultarse de ti —hizo un alto, como si reflexionara en voz alta—. El mundo cambiará bastante a tu percepción, tus ojos te mostrarán el aspecto real de las personas.

—¿Animales y cosas también?

—Por supuesto, y lugares —siguió la tía—. Mira el tamaño de Tito —indicó a mi abuelo—, ¿crees que cabría en un departamento normal, en una cama normal o en un auto normal? ¿Que podría haber viajado en un avión común y corriente? Es el precio por usar el Corredor —continuó la tía Eduviges—. Abre tus ojos, te hace parte de nuestra verdad, pero no hay manera de volver atrás.

—¿Entonces no te transformas? —miré a Natalya.

—Sí lo hago, pero fuera del Corredor. Los vampiros y los cambia-pieles, como hombres lobo o mujeres gato, tenemos esa facultad. Al caminar en el mundo de los mortales nos hacemos pasar por mortales —y de la nada, su sonrisa segura se transformó en una expresión de preocupación—. Lo que...

—Ahora no Natalya —subrayó la tía—. Ya habrá tiempo de hacernos cargo de ese problema.

—¿Qué problema? —pregunté.

—No ahora —me respondió la tía.

Y entonces descargué lo que hasta entonces era bastante obvio.

—Un momento... —hablé—; si tú eres mi abuelo —miré al tata, sacando deducciones rápidas—, yo también soy como ustedes... Eso es lo que querías decirme, Nat...

Tito se me acercó.

—No precisamente, Maximiliano —dijo.

—¿Qué ocurre? —aunque tenía todas las piezas, me faltaba el cuaderno de instrucciones para armar.

—Maximiliano, volvamos al monasterio —interrumpió la tía quimera y enseguida me condujo por el interior del Corredor—. Allá contestaremos las preguntas que de seguro hay en tu cabeza.

Asentí. A esas alturas no tenía otra cosa que hacer.

Natalya iba atrás de la fila, en su propio mundo, imagino. Durante el trayecto me contaron la historia del Corredor de un modo más completo a la introducción que me hizo mi amiga vampira en Zaragoza, cuando me pidió que buscara puertas viejas. Lo conceptual y práctico es un poco complicado, así que trataré de explicarlo de la manera más simple posible: el Corredor es una red de transporte secreta capaz de comunicar dos puntos del planeta, por muy distantes que estén en el mundo normal, a través de un pasillo. Se abre con unas llaves especiales, antiguas y con forma de cruz. Solo hay que buscar puertas viejas con ese tipo de ojo de cerradura y cruceros de hierro fundido, y entrar. El resto lo hace el Corredor solo. Es casi como una inteligencia artificial. Está vivo —por si se lo preguntan—, pero no habla (igual que los árboles).

Si saben de física o matemáticas, o han visto muchas películas de ciencia ficción, el Corredor es, en esencia, un agujero de gusano. Es más, aquella sería su nomenclatura científica exacta, un camino que enlaza dos intersecciones en el universo a través de una línea recta que aprovecha la curva tridimensional del espacio para crear un pasadizo a través de la cuarta dimensión, que es el tiempo. Lo inventaron los astrofísicos que, como les adelanté en el primer capítulo, en su mayoría son genios o djinn. Durante la Edad Media le decían Salamanca o Salamancas al Corredor y lo identificaban como la ruta secreta de los brujos y hechiceros.

Mi abuelo gólem me pidió que abriera una puerta que apareció al final del Corredor. Tomé la llave que me entregó y la metí en la cerradura. Él me ayudó a empujarla. Aparecimos detrás del altar de la capilla del monasterio de la Cogullada, en mitad del velorio del cual escapé con Natalya, antes de que todo cambiara para siempre.

Y estaban los mismos extraños del inicio.

Pero ahora eran mucho más extraños.

Criaturas y seres que hasta entonces solo imaginaba que existían en cuentos, historias, leyendas y mitos. Había más vampiros, algunos aterradoros: calvos y con colmillos afilados, vestidos de negro y con garras puntiagudas en la punta de los dedos. También lobos-humanos, algunos del tamaño de lobos cavernarios, otros parecidos a perros. La mayoría de las personas gato eran panteras y leopardos con manchas. Noté que también aparecía un grupo de tres osos humanoides; familias enteras de criaturas pantanosas —hechas de plantas y helechos— y zombis (o que al menos simulaban ser muertos vivos, aunque estaban mejor vestidos, como los de *The Walking Dead*). Tuve ganas de buscar mi teléfono para sacarles una foto, subirlos a Instagram o Facebook y mandárselas a mis amigos, pero recordé lo que pasó cuando traté de fotografiar a Natalya.

Junto a mi abuelo se ubicaron unos hombres de madera, como robots, pero también con partes humanas, que al caminar despedían vapores y se parecían mucho a la versión antigua del monstruo de Frankenstein (el de las películas en blanco y negro). También había pixies no más grandes que una mano, que se reían mucho cuando hablaban; y duendes, algunos con barba y sombrero puntiagudo, otros que parecían pequeños árboles ya que su piel estaba hecha de madera.

Mucha gente translúcida que volaba alrededor, sobre y entre el resto, y que supuse eran fantasmas o espectros. No pocos arrastraban cadenas, de seguro pagaban algún tipo de castigo ogros y trolls; gigantes y cíclopes; monstruos marinos, los más con cabeza de pulpo, otros parecidos a peces

humanoides; arañas muy peludas y muy grandes; dragones de todos los tamaños y tipos; hombres y mujeres con rasgos de reptiles y tantos otros que me resulta muy difícil describir porque no se parecían a nada que hubiera visto antes.

Dos ballenas blancas y un narval gigante, con partes de metal, nadaban en el aire como si fueran zepelines. Y gatos. Gatos por todas partes, la mayoría eran negros, pero los había también de colores; de tres franjas (es decir, gatas), y de una (o sea, gatos). Razas y tamaños variados, algunos muy chicos, otros unas enormes bolas de pelo. Me fijé en tres negros y delgados que estaban parados sobre los hombros de una mujer bellísima, pero compuesta de arena, que tenía alas de águila en la espalda y cola, y toda la parte inferior del cuerpo —de la cintura hacia abajo— de león.

—No la mires tanto —me susurró Natalya—. Las esfinges tienen mal genio. Puede que seas quien eres y que todos acá te tengan respeto, pero si la sigues viendo se te va a acercar y te va a lanzar una adivinanza, y si no eres capaz de resolverla, te va a convertir en piedra.

—Arena —corrigió uno de los hombres de madera parecidos a Frankenstein que estaba de pie a un costado de nosotros.

—Sí, arena, gracias, Víctor —le respondió Natalya.

—¿Y quién se supone que soy?

Fue mi abuelo quien contestó.

—Ven conmigo, Maximiliano.

Y a través de un desfile de monstruos, que me miraban como si fuera el sacerdote de aquella misa, el abuelo Tito me condujo hasta el centro de la capilla, junto al ataúd que allí permanecía: el muerto ante el cual todos rendían pleitesía.

Usando con torpeza sus gruesos dedos de roca y tierra molida, mi abuelo levantó la tapa del féretro. Dentro descubrí el rostro sin vida de un hombre de barba muy bien recortada, tupidas cejas y cabello oscuro canoso, que parecía dormir en la más absoluta paz del universo. Aún rosaba color en sus mejillas y en la curva de sus labios simulaba estar riéndose de todo el mundo. Había algo tan familiar en él que solo cabía pensar en una cosa.

Miré a mi abuelo, y la tía Eduvigis se ubicó a su espalda.

—Es tu padre, Max —dijo ella.

—¿Y él es...? —le pregunté a mi abuelo.

Pero no fue el tata quien me contestó. Antes de que él abriera su boca de piedra, la puerta de la capilla estalló en pedazos, despidiendo en todas direcciones a los monstruos que tuvieron la mala fortuna de estar ahí cerca.

Un rumor de miedo se hizo sentir bajo las columnas y arcos del templo, mientras afuera se escuchaba un trueno, y un relámpago iluminaba toda la ceremonia fúnebre. Goterones de lluvia comenzaron a mojar a todos los presentes y una neblina espesa ingresó a través del pasillo de la

capilla, impulsada por corrientes de viento similares a serpientes invisibles que se arrastraban por el piso, los costados y el techo de la iglesia.

Nubes bajas y negras siguieron al chiflón de la tormenta, y dentro de ella la sombra de un hombre alto y oscuro, que caminó a trancos por el pasillo de la capilla.

—¡¡¡Tu padre es Pedro Urdemales, tonto niño Tercer Nacido!!! —rugió la voz de aquella sombra que, poco a poco, fue despojándose de su escudo de nubes para adquirir la forma de un hombre de cabellos y barbas blancas, enfundado en una reluciente armadura de metal, decorada entera con motivos marinos. Un calamar rojo y brillante se enroscaba alrededor de su cuello, como una bufanda viva hecha de ventosas, que me miraba con su único y enorme ojo negro.

—Imagino que tus custodios ya te contaron quién soy yo.

Dos grandes alas blancas estaban dobladas sobre si mismas, bajo sus hombros.

—Noé, un poco de respeto con la ceremonia —le habló mi abuelo.

—¿Te atreves a tratarme como un igual, anciano Cuarto Nacido? —Noé le clavó sus ojos rojos como lava recién salida del interior de un volcán.

—No, mi señor, perdone mi atrevimiento —mi abuelo fue reducido.

—Te perdono solo porque caminamos en terreno consagrado —todos miraban con horror al señor del Diluvio—. Entonces, ¿en qué estábamos, niño humano? —me miró—. Oh, por supuesto, en el entierro de tu padre, el gran Pedro Urdemales. Supongo que ya te contaron quién fue tu padre y, lo más importante, qué hizo padre.

—Yo... —realmente no sabía qué contestar.

—Señor, debemos terminar la ceremonia —habló la tía Eduvigis—. Lo que sea que lo trae por acá, podemos tratarlo después.

—La ceremonia, por supuesto, la ceremonia, vieja quimera. Claro que dejaré que la terminen. También traigo mis respetos al buen Pedro Urdemales.

—¿Nos permite entonces? —siguió Eduvigis, temerosa.

—Ahora que lo pienso, no es tan cierto aquello de que lo que me trae por acá pueda esperar. Se cometió un delito y la ley indica que el delito debe motivar un proceso cuanto antes.

Mi abuelo miró hacia Natalya, que trató de esconderse tras el joven monstruo similar a Frankenstein.

—¿Dónde está la muchacha vampira? —buscó Noé, hasta ubicarla—. Me imagino que todos acá saben que te mostraste ante los humanos, que dejaste que los Tercer Nacidos te vieran y que incluso osaste enfrentarlos... ¡Faltaste al Primer Mandamiento!

—Lo hizo para ayudarme —me atreví a defenderla.

—Cállate, Max —habló mi abuelo—. Él tiene razón.

—Claro que tengo razón. Y por esa razón que tengo, pido un juicio. Exijo la vida de la joven vampira que quebró la más sagrada de las reglas. Y si lo preguntas, tonto niño —volvió a verme a los ojos— ; ella debió dejarte morir —se me acercó, para susurrarme al oído—: Aunque yo no iba a matarte. —Luego, levantando la voz hacia la congregación—: Como de todos los acá presentes soy el de mayor antigüedad, ordeno que detengan a la muchacha.

Dos monstruos marinos se acercaron a Natalya y la tomaron por los brazos. Ella ni siquiera intentó defenderse.

—Nat... —pensé en voz alta.

—Y qué lástima —Noé volteó hacia mi abuelo—. Ahora los monstruos no tienen un abogado entrometido que los defienda.

—Tata, ¿de qué está hablando? —le pregunté.

—De tu padre, Max. Está hablando de tu padre.

8

La verdad acerca de mi padre

«Max, cómo has estado. Acá en la escuela todo sigue igual. O sea, no pasa mucho. No hay compañeros nuevos, ni se ha ido alguno antiguo. Somos los mismos de siempre. Te cuento que Pascual está más tranquilo y ya no molesta a nadie. Incluso conversa conmigo, como cuando estábamos en kínder. Y aunque ninguno de nosotros lo dice, es obvio que fue gracias a ti. Tú lo pusiste en su lugar y ojalá siga ahí, en ese lugar, al menos por un rato. Oye, no has escrito nada y solo subiste dos fotos en Instagram de una estación de trenes. ¿Cómo tan fome? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Cómo es España? ¡Cuenta algo pues! Anoche en la televisión vi que un tornado había azotado Zaragoza y que era primera vez en la historia de esa ciudad (y de España) que ocurría algo así. Un tipo con cara de búho hablaba que era efecto del cambio climático, del calentamiento global. También dicen que vieron a una gárgola y que se llevó a un niño, ¡puesto a que ni te enteraste! Ya, cuéntate algo, que de seguro Europa es mucho más entretenida que esta ciudad vieja».

Eso decía el mensaje en el inbox de Facebook que me había enviado Federico Guarda, mi mejor amigo, el mismo que cuando chico nos decía que el ángel de la guarda era solo de su familia. También me pedía una camiseta del F.C. Barcelona.

Leí dos veces el correo electrónico y comencé a responderle. Era para largo. Mi abuelo aún roncaba en la pieza de al lado y era poco el ruido que se escuchaba aquella mañana en el monasterio de la Cogullada. El reloj digital de mi laptop indicaba que eran las siete de la mañana.

A ver, Guarda. Por dónde empiezo.

«Ayer en la tarde descubrí que los monstruos existen y que han compartido con nosotros este mundo prácticamente desde que la Tierra se enfrió. Aunque tengo la sensación de que ellos son anteriores a la humanidad, pero no podría asegurártelo.

Aún no me pasan los libros de estudio (ya te contaré de eso), pero voy a tener que aprender mucho de esta nueva realidad. A propósito, ese señor del que me hablabas en tu mensaje, el con cara de búho, tal vez sea un búho, o algún mestizo, que es como se llaman los monstruos que están formados por más de una especie, como los centauros y los grifos.

Descubrí que tengo una tía que es una quimera. Se llama Eduviges y tiene la forma de una mujer grande, pero con cara de leona y cola de serpiente. Se ve terrible pero es muy cariñosa, como la profesora Ruth Carrasco. Y sí, también vi a la gárgola de Zaragoza, pero esa es otra historia. De partida, no fue una gárgola.

»Ayer también conocí a una chica. Al principio la encontré rara, pero luego como que fue cambiando mi opinión acerca de ella. Se llama Natalya y es una vampira. Pero de las buenas, porque me salvó la vida. Ahora está metida en un gran lío y se supone que yo soy el encargado de defenderla (después te cuento de eso, porque antes hay más que revelar).

»Lo más importante de todo es que descubrí que mi padre no era mi padre. O quien creía que lo era, no lo era. Todo eso que decía mi abuelo sobre que mis papás habían muerto en un accidente cuando yo tenía pocos meses era mentira. Según él —que tampoco es mi abuelo real sino un gólem de piedra destinado a cuidarme—, lo hicieron para protegerme.

»Resulta que mi verdadero padre es Pedro Urdemales. O mejor dicho fue, porque a medianoche lo enterramos en el cementerio del monasterio de la Cogullada. ¿Que por qué lo digo como si me diera lo mismo? Bueno, nunca lo conocí y recién me enteré de que era mi padre ayer en la tarde. No es que sea frío, es que recién estoy sabiendo que existía y lo que hizo. Entiéndeme, si a mi abuelo le pasara algo, me dolería, me afectaría, porque hay un lazo. Es la única persona que tengo y, a pesar de que me mintió, sé que lo hizo por mi bien y el de todos.

»Imagino que te estarás preguntando si el Pedro Urdemales que es mi padre, es el mismo de las leyendas y cuentos que nos contaron en clases. Pues sí, es exactamente el mismo. Ese que inventó la sopa de piedras y consiguió que un pueblo entero le diera verduras y carne para que el caldo tuviera sabor. El que engañó a un gigante usando un ave en lugar de una piedra, cuando le dijo que era capaz de lanzar una roca más lejos que él. El que logró engañar al diablo con lo de venderle su alma... y precisamente en esa historia se inicia todo este revoltijo.

»Primero que todo: Pedro Urdemales existió. O sea, soy su hijo, es evidente que existió. Nació acá en Zaragoza en el siglo XII, y fue un poeta y escritor popular que se ganaba la vida narrando aventuras protagonizadas por él mismo. Decía que era “el hombre más inteligente que pisaba la Tierra”, y así alimentó su fama. Como no tenía dinero y vivía de la caridad, un día decidió que su vida tenía que cambiar. Con un sacerdote amigo aprendió todo respecto a pactar con el diablo (que, en rigor, no es el diablo sino un ser que los monstruos llaman el Reverso, porque no se puede decir “diablo” ni ninguno de sus sinónimos, solo el Reverso).

»Como sea. Una noche de San Juan acudió con un gato negro y un gallo —también negro— a un cruce de caminos y llamó al Reverso. Cuando este apareció, Urdemales le pidió riqueza a cambio de su alma, y el Reverso aceptó la propuesta. Pero mi papá, que era muy pillo, iba con el contrato escrito, y en la parte final había estipulado muy claro “mañana te entrego mi alma, a la mismo hora y en el mismo lugar”. El Reverso firmó sin pensar demasiado y dicen que estaba feliz. Por un lado, tenía el alma del hombre más inteligente del mundo y, por el otro, se había ahorrado el tener que redactar el contrato.

»Al día siguiente, el Reverso acudió a la cita con mi padre. Él lo estaba esperando desde temprano y cuando apareció a cobrar el precio, mi padre le pidió el contrato para revisar la letra chica. El Reverso se lo mostró. “¿Qué dice ahí?”, le preguntó papá. El Reverso leyó en voz alta “mañana te entrego mi alma...”. “¿Ves? —le dijo mi progenitor—, entonces nos juntamos aquí mismo mañana”.

Sin entender mucho, el Reverso acudió al día siguiente y así, hasta que un día se dio cuenta de que Pedro Urdemales lo había engañado.

»Derrotado y humillado, el maligno planeó su venganza contra papá, que entonces ya era un hombre rico y poderoso. Destruyó todos sus bienes, mató a sus seres queridos y lo persiguió por todo el planeta. Me contaron que mi padre no lo pasó nada de bien en esa época. Imagínatelo, Guarda, obligado a vivir disfrazado, escondido en cuevas, inventando identidades distintas cada día. Lo bueno es que aprovechó de escribir mucho y difundir las historias de sus hazañas que hoy conocemos.

»Un día, mientras huía del Reverso, se encontró con dos águilas celestiales, que son los arcángeles. Eran Gabriel y Miguel, los capitanes de las águilas. (A propósito, se llaman “águilas” porque no tienen nada que ver con lo que la gente se imagina de los ángeles o arcángeles: tienen cuerpo de persona y grandes alas blancas en la espalda, pero su cabeza no es humana, sino de águila, de ahí su nombre).

»El asunto es que Gabriel y Miguel le ofrecieron un trato a cambio de protegerlo del Reverso para siempre. Un trato que era básicamente un trabajo: dedicarse a defender monstruos que están en problemas. Te explico, ¿recuerdas que te dije que los monstruos existen? Pues, en ocasiones, los hombres lobo, monstruos marinos, arpías, centauros o lo que sea, se meten en líos. La mayoría de las veces cometen la falta de mostrarse ante los humanos, que es el Primer Mandamiento. Y las reglas de ellos son estrictas. Quien demanda puede exigir pena de encarcelamiento eterno o la muerte. Entonces alguien tiene que defender a los monstruos. Miguel y Gabriel andaban buscando a la persona idónea y encontraron a mi padre, que como se había convertido en celebridad por haber engañado al Reverso, resultó ser el candidato perfecto para el cargo. Tuvo que estudiar, prepararse, y fue así como se convirtió en abogado defensor de monstruos, el más grande y querido de todos. Los monstruos lo adoran pues salvó a muchos de las penas más terribles. Claro, también se ganó enemigos, sobre todo entre los Primeros Nacidos y algunos monstruos de jerarquía alta que no soportaban que las habilidades verbales de mi padre los derrotaran. Noé fue uno de ellos (pero prefiero no hablarte de él, es un poco complicado).

»Las águilas lo mandaron al monasterio de la Cogullada, en Zaragoza, que es cercano a donde papá había nacido y que fue consagrado para unir ambos mundos. Los curas y las monjas de acá son parte de un grupo de personas que saben de la existencia de los monstruos y velan por la convivencia pacífica entre todas las especies. Por una cuestión de seguridad —ya que aunque el Reverso parecía haberse retirado, tarde o temprano buscaría cobrarse— le aconsejaron permanecer en el monasterio. Y así lo hizo, literalmente hasta el día de su muerte. Por supuesto que a veces igual salía, siempre usando el Corredor, que es una serie de túneles por donde uno puede ir a cualquier parte si se tiene la llave indicada (es como los agujeros de gusano o el hiperespacio de las películas de ciencia ficción, pero más rústico y sin naves espaciales).

»La cosa es que mi padre fue haciéndose viejo y los monstruos (y también las águilas) empezaron a preocuparse. Si Pedro Urdemales fallecía, ¿quién los iba a defender? No sé cómo lo hicieron, porque aún no me cuentan, pero lograron convencer a la Fuente —que es el que creó todo; como Dios o alguien con su misma función— de otorgarle la inmortalidad a mi padre. Él accedió, con la salvedad

de que jamás podría tener familia, ya que el don que se le iba a dar sería roto si intentaba extender su linaje.

»Pero un día, hace trece años, apareció mi madre —de la cual nadie habla— y mi papá se enamoró perdidamente de ella. Entonces nació yo y de ahí todo comenzó a enredarse; tanto, que el tema está vedado. Solo sé que mi papá murió y nadie sabe de qué ni por qué. Puede ser que solo se le acabara la vida, se supone que al tener familia finalizaba su don; pero por otra parte su cadáver no era el de un anciano, sino el de un hombre de treinta o cuarenta años. Mi abuelo y la tía Eduvigés dicen que ese tema no importa, pero yo no les creo. Si me preguntas, pienso que fue el Reverso quien aguardó más de ochocientos años para vengarse (y no me parece ilógico, se supone que tiene todo el tiempo del mundo).

»¿Acerca de mi madre? Buena pregunta, Guarda. Lástima que no puedo decirte mucho. La tía dice que ya habrá tiempo de hablar de ella. Al menos en este juego de verdades a medias descubrí a mi verdadero padre. Por eso ahora soy Max Urdemales, aunque lo más probable es que oculte mi verdadero nombre, igual que los superhéroes de Marvel.

»Bueno, lo anterior no es todo. Se supone que tengo que seguir lo que mi padre empezó, que un Urdemales tiene que continuar lo que el primer vástago empezó, y al parecer soy el único “otro Urdemales” en todo el mundo. Además, ya me mostraron cómo son ellos, no hay vuelta atrás. Me siento como el protagonista de la serie Grimm, pero sin pistolas ni policías. Me advirtieron que tendré que estudiar derecho sobrenatural (algo ya te mencioné de eso). Me desanima un poco, pero creo que tiene potencial, puede ser hasta entretenido. Más que las matemáticas al menos.

»El drama es que ahora tengo que defender a Natalya. Ella me salvó la vida y para hacerlo se mostró ante los humanos, faltando a lo del Primer Mandamiento (que también te mencioné). Ella fue la gárgola de la que oíste en los noticiarios. El juicio empieza mañana y no tengo tiempo para estudiar todo lo que debo. La tía y mi abuelo se comprometieron a apoyarme en cuanto sea posible. Tengo que leer lo máximo que pueda para entender lo que se viene y así poder salvar a Natalya. Noé exige que la maten. Nadie entiende por qué pidió la pena máxima, pero yo no la voy a dejar sola. Ella estuvo por mí, así que yo estaré por ella. Y sí, Guarda, me siento como un héroe y me encanta sentirme así.

»A propósito, amigo, lo del tornado en Zaragoza que viste en la tele: ese fue Noé. Es un tipo que da miedo. Mucho.

»Ya, creo que escribí demasiado, saludos a todos los del curso y que estés bien (y guárdame el secreto, de todo).

»Un abrazo y que la fuerza te acompañe.

»P.D.: ¿Me haces un favor? Averíguame si el señor Manríquez está yendo a la casa a cuidar a los gatos, como le prometió a mi abuelo.

»P.D. 2: Voy a ver lo de la camiseta. Mándame tu talla».

—Max, hora de levantarse, ¡hay mucho que hacer hoy! —escuché la voz de mi abuelo fuera de la puerta de la habitación.

Tocó tres veces y luego entró. Ahora se veía como siempre. O como antes. No como un gólem, sino como un anciano muy gordo y muy barbón, parecido al Viejo Pascuero. (A propósito, el Viejo Pascuero —o Papá Noel, o Santa Claus, o como le digan en distintas partes del mundo— existe y es un duende gigante. Pero esa es otra historia, tal vez otro libro).

—Sí, tata, estoy despierto hace rato.

—¿Qué haces?

—Hablo con Federico Guarda por Internet —le conté—. Tranquilo —aclaré—, no le voy a decir nada, no soy tonto.

—Si de algo estoy seguro, es de que no lo eres. Ya, apúrate, que la tía Eduviges prometió prepararte un desayuno a la Cogullada.

La verdad es que ni al abuelo Tito ni a mí nos importaba mucho comer aquel día.

—¿Tata?

—Dime.

—Ya te lo dije anoche, pero quiero que te quede claro. Aunque no seas mi abuelo verdadero, te quiero mucho. Más que si tuviéramos la misma sangre.

Los ojos de mi abuelo brillaron y no dijo nada por unos segundos.

—Ya —agregó enseguida—, levántate; aprovecha que hay agua caliente en las calderas. Y una cosa más.

—¿Qué cosa más, abuelo?

—Hoy no te pongas eso —apuntó a «el robin», que estaba arrugado arriba de una mesa—. A mí no me molesta —se explicó—, pero tu tía me ha preguntado que cómo dejo que te vistas con esa piltrafa, y si la usas hoy te la va a quitar y la va a echar al lavado o algo peor.

—Ok —asentí, no muy conforme.

Apenas volví a quedar solo, regresé al computador portátil. Revisé rápido el largo mensaje que había redactado. Lo seleccioné por completo, lo borré de un clic y luego escribí:

«Guarda, saludos. Gracias por escribir. Acá todo bien, he conocido a familiares y a gente divertida. Aún no mucho que contar, porque todo han sido reuniones con tíos y tías. La comida es exquisita. Ayer tomé hartas fotos en Zaragoza, justo antes de lo del tornado, que fue muy raro. Oye, no puedo escribir mucho ahora, pero prometo que lo haré después. Saludos a todos los del curso y que estés bien.

»Un abrazo y que la fuerza te acompañe.

»P.D.: ¿Me haces un favor? Averíguame si el señor Manríquez está yendo a la casa a cuidar a los gatos, como le prometió a mi abuelo.

»P.D. 2: Voy a ver lo de la camiseta. Mándame tu talla».

Breve introducción al derecho sobrenatural

Después del desayuno, que estuvo increíble (con una tortilla de huevos y salchichas y chocolate caliente del cual estoy seguro me voy a acordar hasta que muera, si es que muero, porque tal vez sea como mi padre y me toque vivir hasta que el mundo se acabe), mi abuelo me dijo que fuera con él, que íbamos a visitar a un viejo amigo. La tía Eduviges se nos unió apenas terminó de organizar la casa con las monjas del monasterio, que aún estaban asustadas por todo lo que había pasado ayer durante el funeral y posterior entierro de mi padre.

Y eso que ellas estaban acostumbradas a todo el asunto de los monstruos...

—Me gustaría pasar a ver a Natalya antes —le propuse a mi abuelo.

—No, después. Ella está bien, no te preocupes.

—¿Dónde la tienen?

—Está bien cuidada —luego guardó silencio—. Con buena gente. ¿Sabes, hijo? Es mejor que no le guardes tanto cariño a Natalya.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo que se viene es difícil. Tienes solo un día para prepararte en algo que a tu padre le llevó años. Noé no vendrá solo y el Alto Tribunal es estricto. Hay que pensar que tal vez no logres...

—No hay que pensar en nada —interrumpió la tía Eduviges, que igual que el tata venía en su modo humano—; solo confiar en que todo saldrá bien. Y que Max será tan buen abogado de monstruos como lo fue Pedro. No seas aguafiestas, viejo —entonces me clavó sus ojos negros y redondos, algo bizcos, que brillaban tras sus pequeños anteojos—. Dime, Max, ¿crees que puedes salvar a Natalya de la condena que pidió Noé?

Miré a mi abuelo, luego a ella.

—No lo sé...

—Esa no es la actitud, hijo. ¿Quieres salvarla?

—Sí, sí quiero, tía —tartamudeé.

—Pues querer es poder. ¿Vas a salvarla entonces?

Los volví a mirar.

—Sí —respondí—, voy a salvarla.

Y lo dije en serio (eso creo).

—Entonces continuemos —habló ella y me indicó la ruta a seguir.

Ingresamos a la nave central de la capilla del monasterio, donde ayer se estuvo velando a mi padre, y luego nos dirigimos hacia el lado izquierdo del altar principal. Tras dar un giro al transepto, pasamos a la parte trasera del púlpito, hasta la puerta con cruceros de fierro fundido que también ayer habíamos usado para regresar desde el centro de Zaragoza.

—¿La llave Max? —preguntó mi abuelo.

Lo miré con cara de circunstancia, la llave se me había quedado en la habitación.

—Lo siento.

—¿Y qué esperas?

Tardé exactos cuatro minutos con cincuenta y seis segundos en ir al dormitorio que me habían asignado en la casa monasterial y regresar al pasillo. Y cuando volví, la tía y mi abuelo habían pasado a su modo monstruoso. La boca de serpiente que asomaba en la cola de mi tía Eduviges soplaba volutas de humo, y la cara de piedra de mi abuelo... bueno, no reflejaba ninguna emoción.

—Fui lo más rápido que pude.

—Deja de hablar y abre el Corredor —ordenó la tía.

Metí la llave, la giré, y luego empujé la puerta. Ellos tuvieron que agacharse para entrar por la pequeña abertura, hecha para el tamaño humano. Dentro del Corredor lo del tamaño era distinto, ya que la escala se adecuaba a quien usara el pasadizo. Esta vez pude ver con más detención cómo el interior se iba formando, curvando maderas y doblando estructuras de metal como si fuera el estómago de una bestia marina gigantesca.

—Por acá podemos ir a cualquier parte, ¿cierto? —interrogué a mi abuelo.

—Algo así.

—Podríamos haberlo usado para venir a España, nos habríamos ahorrado los trámites y el pasaje. Tú tenías la llave —le comenté a mi abuelo.

—¿Y quitarle emoción a la aventura? —respondió él. Le concedí el comentario.

—¿Y dónde vamos? —cambié la conversación.

—Solo camina, es acá, al lado.

Era cerca, a no más de veinte metros hacia el interior del Corredor. Lo cierto es que el túnel no había terminado de formarse por completo cuando arribamos a la primera puerta de la ruta. Miré hacia

atrás y vi cómo a lo largo del inmenso pasillo sobrenatural se iban desplegando puertas, todas iguales y todas cerradas.

—¿La llave abre cada una de esas puertas?

—Sí, cada una —respondió mi abuelo, indicándole a la tía Eduvigés que pasara.

Entramos a una biblioteca no muy grande, de hecho apenas cabían la tía y mi abuelo en sus modos monstruosos. Eran solo tres corridas de libros, con estanterías no más altas que un par de metros. Si me hubieran dicho que veníamos a una biblioteca, me hubiese imaginado una enorme, con pasadizos en forma de laberinto y kilómetros de libreros llenos de volúmenes viejos con tapas duras, de cuero o madera. Demonios, creo que he leído demasiados libros de aventuras fantásticas, yo esperaba encontrarme con las paredes de piedra de un castillo levantado sobre las olas de un mar encabritado. Pero nada de eso ocurría acá. Era una biblioteca más bien moderna, con libros en inglés, francés y español, algunos editados este mismo año. Caminé hasta una ventana que había en la pared de fondo, y me asomé al exterior. Afuera se extendía una cancha de fútbol.

—¿Dónde estamos?

—En la biblioteca de una escuela pública de Mendoza —me respondió la voz de un señor de unos cuarenta años con acento argentino, que me permito no reproducir porque entenderán que este libro es MI versión de los hechos, y la gente y los personajes hablan como yo los recuerdo.

(O como yo quiero que hablen).

Mi abuelo se acercó al hombre y lo saludó efusivamente. El extraño se veía ridículo tratando de estirarse para intentar pasar sus brazos alrededor de la pétrea y cuadrada espalda del gólem.

—¡Julián!

—Tito, qué placer verte... ¡¡Señora Eduvigés!! —saltó al ver a mi tía—. No pensé que usted también iba a venir.

—Me interesa mucho la educación de Max —pronunció mi tía.

—Así que tú eres Max Urdemales, el hijo de Pedro —me miró—. Qué grande estás. Parece que fue ayer cuando...

—Julián —lo cortó mi tía, justo cuando estaba seguro de que iba a llegar a la mejor parte.

Me estaba hartando de tantas verdades a medias. Más temprano que tarde les iba a exigir que me contaran todo eso que quedaba en puntos suspensivos. (Odio los puntos suspensivos, sin embargo en este libro los ocupo mucho. Tengo que hacerme revisar, hay cosas que no entiendo de mí. Y que creo jamás voy a entender...).

—Entonces —siguió el bibliotecario argentino—, como el tiempo no es algo que nos sobra, debemos ir ya a lo que nos apremia. Pero primero —dio unos pasos hacia la puerta de la biblioteca y la cerró desde dentro, luego puso un cartel que indicaba que no se estaba atendiendo—. Casi lo olvido —dijo antes de bajar las cortinas de las ventanas.

Enseguida llevó su mano derecha por detrás del cuello de su camisa y chaqueta y la tiró con fuerza hacia arriba. Toda su ropa —incluidos pantalones, calzoncillos y calcetines— pasó por encima de su cabeza para después desparramarse por el suelo. Y donde estaba Julián había ahora una criatura de no más de cincuenta centímetros de alto, con la forma de un pequeño hombrecito con barba, pero hecho del tronco de un árbol, con corteza y ramas incluidas. Su pelo y barba eran helechos y matorrales, igual que las cejas. No necesitaba ropa, porque las hojas le protegían el cuerpo.

—Listo —dijo—; ahora me siento en casa.

—¡¿Qué eres?! —le pregunté—; ¿un hombre -planta-pequeño?

—¿Que nunca has visto a un duende patagónico?

Negué con la cabeza.

—Pues yo soy uno. Y qué bien que no nos hayas visto antes, dicen que le traemos suerte a los humanos que nos ven por primera vez. Aunque tú no seas...

—Julián —otra vez la tía.

—Aunque tú seas hijo de Pedro Urdemales, eso —se excusó él, aunque yo sabía perfectamente que no era eso, se le notaba. Una más para anotar en la lista de deudas de mi tía y mi abuelo.

—¿Por dónde empezamos, Julián? —presionó mi abuelo.

—Queda un día para la primera jornada contra la niña vampira —subrayó el duende de acento argentino, mientras brincaba por los estantes con la agilidad de un saltamontes. Eso no nos deja tiempo para prepararte en lo legal —me miró—; de hecho es imposible que te puedas leer esto en tan pocas horas —me indicó tres corridas enteras de la biblioteca, todas con libros exactamente iguales; gruesos cada uno de ellos, donde lo único que los diferenciaba entre sí era el número en el lomo, grabado en brillantes cifras romanas.

—¡¿Todo eso?! —exclamé.

—Y esto —apuntó Julián a otro de los estantes de la biblioteca.

—Nadie dijo que iba a ser fácil —imagino que el tata trató de sonreír con su cara de piedra.

—Tú dijiste que solo eran como mil páginas —me clavé en mi abuelo—. Puedo con eso, me leí todo El Señor de los Anillos y me faltan solo dos de Juego de Tronos.

—No quería asustarte.

—A ver, ¿les parece si nos calmamos? —continuó Julián—. Ya sabemos que ahora no tenemos tiempo para estudiar las leyes —se detuvo y luego levantó la voz—: ¡Pero eso no significa que terminado este proceso, no tengas que meterte en todo esto!

—Sí, señor.

—Durante el juicio yo voy a estar contigo y te voy a ayudar en todo lo que sea posible, pero es necesario que sepas y memorices lo básico: la historia de los monstruos, su convivencia con los humanos y quién es quién dentro de toda esta jerarquía.

Miré al abuelo y a la tía.

—¿Es muy largo?

—Trataré de ser breve.

Julián le pidió a mi abuelo que tomara el primer volumen de los libros y lo dejara abierto sobre una mesa. Apenas el gólem lo hizo, el duende saltó sobre el tomo y comenzó a hojearlo, saltando de página en página.

—Mmm —murmuraba—, por dónde empezamos. Por el inicio, claro. Por acá y por acá. Ya, listo —me miró con sus ojos de madera transparente—. «En un principio —empezó a leer—, la Fuente creó el universo...».

—Espera —lo detuve—, eso es como la Biblia.

—La Biblia y todos los libros sagrados de tu especie son iguales a este —reclamó con su voz aguda de duende patagónico—. ¿Puedo seguir?

—Una cosa más —insistí—. ¿La Fuente es Dios?

Esta vez fue la tía Eduviges la que contestó.

—La Fuente tiene muchos nombres y uno de ellos es Dios; nosotros la llamamos la Fuente, y con respeto añadimos: «el Padre Madre de todo lo creado». ¿Julián? —lo miró.

El pequeño hombrecito de madera tosió dos veces y siguió.

—«... creó el universo y a sus primogénitos, los llamados Primeros Nacidos o “Verbos” de la Fuente. Trece seres supremos, en poder y belleza, casi dioses, salvo que carecían de divinidad y del derecho a crear. Estos trece son los que se sientan a la derecha e izquierda de la Fuente y conforman su trono. Y había uno de ellos que era más hermoso y grande que el resto; lo llamaban Luz y era el favorito de la Fuente».

La historia se me hacía conocida, pero igual preferí no decir nada y dejar que el duende continuara su primera clase.

—«Y al ver la Fuente que su obra era hermosa, decidió crear a una nueva especie: los Segundos Nacidos o Glorias, ejércitos al servicio de los primeros» —me miró—. Estos son lo que tu gente conoce tradicionalmente como ángeles o arcángeles, y a quienes nosotros nombramos águilas, como seguramente ya te enteraste.

—Sí, me acuerdo de eso.

—Pues aparte de las águilas hay otras Glorias que nominamos como «Tormentas» y que son los que tú llamarías serafines o querubines. Ellos también son Segundos Nacidos y ya conocerás a un par mañana. Son algo mal genios —destacó.

—¿Mañana?

—Sí. Uno de ellos, Ezequiel, encabeza la Corte Sobrenatural del Alto Tribunal, es el juez. Y otro, Daniel, es el fiscal, que apoyará la acusación de Noé.

—¿Noé es un Primer o un Segundo Nacido?

—Un Primer Nacido, pero no te adelantes, permite que continúe: «Transcurrieron millones de años y al inicio de una nueva era de luz, la Fuente quiso dar forma a otra especie: los Tercer Nacidos o el Polvo» —me miró—. Estos son los humanos, ustedes, los condenados a morir. Mucho más débiles y frágiles que las Glorias, también más fáciles de controlar y manipular. Y la atención de la Fuente se centró en estos nuevos nacidos.

«Esta especial devoción de la Fuente hacia la más baja de sus criaturas provocó los celos y las iras de los Verbos o Primeros, en especial de Luz, el predilecto, quien con su ingenio se infiltró entre el Polvo y los hizo caer ante los ojos del Verbo».

—Conozco esa historia, me la contaron los curas de mi primera escuela. La manzana y Adán y Eva.

—Esta es una versión un poco más complicada —siguió el duende—. «Deseaba Luz que la Fuente reconociera su error y destruyera a los Tercer Nacidos. Pero ocurrió todo lo contrario. Fue aun mayor la atención que el supremo le dio a sus criaturas más débiles, apiadándose de ellas.

»Entonces el celo y la rabia de Luz se convirtieron en traición. Acudió donde sus doce hermanos y los instó a rebelarse contra la Fuente. Solo Rael, el menor de los Verbos, se negó a seguir al hermano más poderoso. Los otros, Adán, Eva...».

—Un momento —lo interrumpí—. ¿No se supone que Adán y Eva son humanos, o sea Tercer Nacidos o Polvo o como sea que diga ese libro? —indicé al volumen.

—Es igual que con Noé —indicó mi abuelo—. Las diversas traducciones y tradiciones —subrayó— han confundido los nombres. En algunas ocasiones, una confusión producida por nosotros mismos para mantener tranquilos a los humanos.

—¿Y dónde entran ustedes en todo esto? No entiendo nada.

—Ya entenderás —me calmó la tía—. Julián, continúa.

El duende asintió y luego prosiguió su primera clase.

—Los otros hermanos de Luz: Adán, Eva, Lilith, Azazel, Camiel, Caín, Abel, Matusalem, Enoc, Noé —me miró fijo, para que no abriera la boca y lo dejara seguir—, y Nimrod, adquirieron forma humana y se infiltraron en Babel, la primera gran ciudad de los hombres, donde se mezclaron y cruzaron con el Polvo para engendrar una nueva especie, suma entre el Verbo y el Polvo, los Cuarto Nacidos o Híbridos —se detuvo, miró a mi abuelo y a la tía, y luego dijo—: Nosotros, Max, los que tú llamas monstruos.

«Este hecho, primero fue conocido como Segunda Fundación, y luego como Gran Falta, porque se faltó al mayor de los mandamientos divinos: solo la Fuente tenía el derecho de engendrar nueva vida.

»Bajo el gobierno de Luz, la nueva raza —los Híbridos— se trasladó a una enorme isla conocida como Atalantea, donde comenzó a florecer una nueva civilización formada por grandes campeones; semidioses e inspiración para las leyendas y mitos de la antigüedad, pero absolutamente contraria

a lo planeado por la Fuente. Tanto fue el esplendor del imperio de los Cuarto Nacidos, que estos se atrevieron a esclavizar y a gobernar a los hombres.

»Esta revolución llamó la atención también de algunas Glorias que se unieron a Luz, oponiéndose a las órdenes del Padre Madre, creador de todo.

»Y pasaron diez mil años. Y en ese período, la Fuente decidió cerrar las puertas del trono e ignorar lo que ocurría en el mundo».

—A nosotros también —dije.

—Sí, a ustedes también —acotó Julián—. Entonces Luz comenzó a llamarse a sí mismo más grande que la Fuente. Aseguraba que representaba una nueva alternativa, un nuevo orden, una creación reversa. Y sus hermanos sintieron miedo de él y acudieron donde la Fuente a pedir su piedad y misericordia.

»La Fuente los acogió de regreso en el trono y los perdonó. Pero en castigo les quitó los atributos más altos, reduciéndolos a la misma escala que las Glorias o Segundos Nacidos. Podían estar junto a él, pero no mirarlo a los ojos. De Primeros Nacidos solo les quedó el nombre. Solamente Rael, el fiel, permaneció en su origen, llamado desde entonces y hasta el día de hoy y mañana el Único Hijo...».

—Un momento —salté—. Entonces Rael es...

—Max —otra vez me interrumpió la tía.

—Lo siento —miré a Julián. Él ni siquiera se inmutó y continuó:

—«La Fuente ordenó a Noé, cuyo poder quedó limitado a manejar el clima, que destruyera Atalantea, provocando un diluvio tan fuerte que inundara la Tierra entera. Adán, Eva y Lilith fueron convocados a proteger a la humanidad y así lo hicieron. Muy pocos Híbridos sobrevivieron a esa destrucción...

—O «limpieza», como dicen los Primer y Segundos Nacidos —acotó mi abuelo, con un tono que denotaba lástima y también algo de rabia.

Hubo un instante de silencio. Yo miré a cada uno de los monstruos y no dije nada, esperando que el duende siguiera con su relato.

—La Fuente ordenó a Rael juntar a las Glorias fieles y arrasar con las fuerzas de Luz que sobrevivieron al desastre dejado por Noé. La batalla duró trescientos años y acabó con Luz derrotado y condenado a habitar el infraverso, que es el reverso del universo. Fue además despojado de su belleza y de todas sus virtudes. Desde entonces se le conoce como el Reverso, que con ironía es la misma identidad con la cual se llamó a sí mismo cuando gobernaba Atalantea y decía ser una alternativa a la Fuente, el Padre Madre de todo lo creado. También le decimos «mentiroso» o «insidioso», y según entiendo, tu gente le tiene varios otros nombres —me miró. Asentí moviendo la cabeza.

»Las tropas de Luz, las Glorias que le habían servido, sufrieron un castigo similar, pero en lugar de ser enviadas al infraverso, fueron ordenadas a vagar por el mundo, temerosas de la claridad,

refugiadas en el engaño y la mentira. Son los demonios de las leyendas humanas, las potestades de nuestros escritos más antiguos, y representan la ausencia absoluta de la voluntad de la Fuente.

—¿Pero que pasó con ustedes? —los miré—. Es decir, con los Cuarto Nacidos, los monstruos.

—La Fuente es justa y bondadosa —empezó la tía Eduvigés.

—Y tenía un plan para nuestra gente —completó el abuelo Tito. Luego ambos miraron a Julián.

«Sabía el Padre Madre de todo lo creado», siguió el duende patagónico, «que los Híbridos o Cuarto Nacidos que sobrevivieron al Diluvio no tenían mayor culpa. Habían sido engendrados sin autorización y engañados. Y aunque no podía dárselos el atributo de la bendición y la bienaventuranza, por no ser hijos de la Fuente, se les concedió el perdón. Además de dárselos una misión en el mundo».

—Los Híbridos íbamos a ser una raza paralela y poderosa —continuó mi abuelo—, pero limitada; que viviría en secreto junto a los humanos, protegiéndolos y vigilándolos, tratando de que los obtusos Tercer Nacidos —me miró— no acabaran con lo creado. Se nos mandó ser guardianes de los bosques, de las montañas, de los desiertos, de las aguas, de los animales, y así, con el tiempo, nos fuimos convirtiendo en leyendas. Los pocos que nos lograron ver nos convirtieron en protagonistas de historias fantásticas y cuentos de espantos y nos llamaron «monstruos». Tan efectivo fue ese bautismo, que nosotros mismos nos olvidamos de nuestra identidad inicial de Híbridos. Ahora todos nos decimos los unos a los otros «monstruos».

—¿Y Penumbra? —pregunté—. Natalya habló de la Penumbra.

—Ese es el nombre de nuestra organización política —aclaró la tía Eduvigés—. La Penumbra, para que lo puedas entender en simple, es la gran nación que agrupa a todos los monstruos del mundo.

—Él, Julián —lo identifiqué con la mirada—, dijo que ustedes habían sido ordenados como una raza poderosa, pero limitada. ¿Qué significa eso?

—Tal como suena: existen varios límites para nosotros —explicó mi abuelo—. Por una parte, carecemos de completo albedrío. Las grandes decisiones dependen de la interacción directa con las Glorias o algún Primer Nacido.

—Por eso el juicio contra Natalya fue demandado por Noé, un Primer Nacido, y el tribunal está liderado por una Gloria —deduje en voz alta.

—Muy bien —pronunció la tía, esta vez hablando a través de la chillona boca de la cabeza de serpiente de su cola—. Y por eso también hemos requerido de los servicios de abogados defensores humanos, como tu padre.

—¿Por qué defensores humanos? —pregunté.

—La idea es que sean neutrales. Ni Primeros, ni Segundos, ni Cuartos Nacidos.

—¿Hubo otros abogados defensores humanos antes de Pedro Urdemales?

Otra vez se miraron y otra vez cambiaron la conversación. A la próxima me largaba de allí. Lo juro.

—Hay más respecto a las limitaciones —esta vez Julián tomó la palabra—. Se nos prohibió cruzarnos entre nosotros. Esto quiere decir que una quimera solo puede tener familia con otra quimera — miró a mi tía—, y un gólem con otro gólem —miró a mi abuelo—. Si esa ley es violada, pueden surgir plagas, males y enfermedades letales para todas las especies, monstruos y humanos incluidos —acotó—. Una vez un vampiro se fusionó con un licántropo, fue en la época de la peste negra. En otra ocasión, un anfibio y un hada tuvieron un niño, fue justo antes del conflicto que ustedes llaman Primera Guerra Mundial. Ha pasado bastante, más de lo que quisiéramos, pero tratamos de evitarlo.

—¿Y esos niños, los que nacen de esas uniones?

—Esos niños rara vez viven más de una semana. Mueren por causa del mal que al nacer propagaron —relató la tía Eduvigis, antes de bajar la mirada.

No respondí.

—Existen otras limitantes. La más importante es que, al haber sido creados fuera de la voluntad de la Fuente y sin bendición ni bienaventuranza, carecemos del chi, una de las tres energía vitales. De esta ausencia surge nuestra necesidad de alimentarnos de la vida de otros —siguió explicando Julián—. A través del pensamiento, como hacen las hadas; del aliento, como lo hacemos los duendes; del contacto con la piel, como lo logran las medusas y quimeras; de las palabras, como los fantasmas; o de gotas de sangre, como los vampiros, cambia-pieles, licántropos y mujeres gato. Algunos creen que fue una cruel manera de diferenciarnos de ustedes, el Polvo, condenándonos a sobrevivir para existir. Pero hemos aprendido a vivir con ello.

—Y nos ha gustado —acentuó la tía Eduvigis.

—También se nos limitó la vida. Vivimos bastante, unos doscientos o trescientos años humanos, pero no somos inmortales, como dicen las leyendas. Y por supuesto, tenemos algunos problemas con la luz del sol. Funcionamos mucho mejor de noche, en las sombras o en los días nublados.

—Por eso el nombre de Penumbra... —acoté.

—Exacto —siguió mi abuelo—. En algunas especies, el problema con el sol es más grave que en otras. Los vampiros, por ejemplo, al tener pieles delicadas se intoxican con la exposición al primer rayo de la mañana, e incluso pueden morir. Y los trolls y las gárgolas, al ser de arena, se endurecen tanto con esos primeros rayos que pueden quedar días enteros inmóviles, paralizados por completo.

—Una pregunta más —dije—. ¿Hay maneras de matar a un monstruo. Digo, si un humano los descubre y...?

—Por supuesto —habló mi abuela—, y esas maneras de matar a un monstruo están en la mayoría de tus libros de cuentos. Una espada entre las alas de un dragón, la plata con los cambia-pieles, el hierro con las hadas y los sonidos muy agudos con los duendes. Somos tan frágiles como ustedes, con la ventaja de que ustedes no lo saben.

—Nos enseñan a temerles.

—A nosotros también —sonrió la tía con su cabeza de leona.

El duende saltó sobre el libro y se sentó al borde de la mesa.

—¿Alguna otra pregunta, señor Urdemales?

Negué con la cabeza.

—Entonces sigamos.

—¡¡¿Hay más?!! —levanté la voz.

—Por supuesto que hay más —respondió Julián, ante las caras divertidas de mi tía y mi abuelo—. Lo que vimos fue una corta introducción a nuestra historia para que tengas claros los conceptos que deberás usar durante el juicio. No decir «monstruo» ni «vampiro», por ejemplo. Y ahora viene lo complicado: Introducción al derecho sobrenatural —arrugó sus labios de madera—. Busca un papel y un lápiz donde anotar.

Miré a mi alrededor.

—En el escritorio.

Fui por un cuaderno y un bolígrafo.

—Primero que todo, los monstruos nos regimos por diez mandamientos —siguió Julián, sin darme tiempo para sentarme—. El primero y más importante de todos es mantener el secreto de nuestra identidad, nunca revelarnos ante los Tercer Nacidos, que es al que faltó Natalya. Por supuesto hay excepciones que ya veremos, tal como ocurre con las monjas del monasterio de Cogullada. El segundo... ¿Max?

—¿Qué?

—¿Puedes poner atención? Tenemos solo... —miró su reloj— nueve horas.

Este iba a ser un día muy largo.

10

El castillo en el lago

«¿Cómo estás?», le pregunté a Natalya apenas ingresé al reclusorio. Ella se sentó en la única cama de la habitación y con la mano me indicó que observara el lugar donde la mantenían.

—Podría ser peor. Solo ha sido una noche y un día.

Mi abuelo me llevó con ella. Después de casi diez horas de estudio con el duende Julián, llevamos a la tía de regreso a la Cogullada. Tras dejarla sana y salva en casa, y pasar a buscar «el robin» (lo necesitaba conmigo), volvimos al Corredor y caminamos unos diez minutos por su interior, hasta encontrar la puerta a Urquhart, el centro de detención de la Penumbra.

Urquhart es la fortaleza más antigua de Escocia. Se emplaza en las Highlands, las tierras altas de ese país, sobre una pequeña península que se extiende sobre las aguas oscuras del lago Ness. Sí, el mismo del monstruo, que en realidad es una familia de dragones de agua de origen aristocrático, y que habita la zona desde mucho antes de que el castillo fuera construido, en el siglo VI de la era cristiana. Vive con ellos una vieja serpiente marina que es la que, en ocasiones, hace bromas a los turistas y locales. Está un poco loca, por eso le perdonan que pase por alto lo del Primer Mandamiento.

El propio Nessie nos recibió en el castillo, claro que en su forma humana: un obeso y pelirrojo anciano llamado Angus McIntosh, igual que los computadores, pero escrito de otro modo. En persona nos acompañó hasta la celda donde mantenían resguardada a Natalya, cuidada por un par de duendes escoceses (parecidos a los patagónicos, solo que las ramas que los cubrían no eran verdes, sino rojas y amarillas).

—La niña está bien —le dijo Nessie a mi abuelo.

—Sé que eres una persona confiable y que tu gente la ha cuidado bien, Angus —le respondió mi abuelo—. Gracias por permitirnos visitarla.

—No faltaba más. Además el niño es el abogado —me miró—. Suerte con eso mañana. Será... será difícil.

Agradecí que el viejo monstruo escocés fuera tan amable.

Le ordenó a los duendes del castillo que nos hicieran caso en todo lo que pidiéramos o necesitáramos. Ellos asintieron con un murmullo intraducible, que mi abuelo me explicó luego, era el viejo idioma gaélico, lengua que solían usar mucho los monstruos escoceses.

—Ve tú solo. Imagino que tienen mucho que conversar, yo aguardo acá afuera —me indicó mi abuelo, antes de pedirle a uno de los duendes que abriera la puerta.

Natalya tenía razón, podría haber sido peor. No era una celda, de hecho estaba mucho de la idea que estoy seguro ustedes se han hecho del lugar. Se trataba de una pequeña habitación, con una cama, una mesa de noche, un televisor y un mueble para guardar ropa. Dentro no cabía una tercera persona, pero para dos durante un rato estaba bastante cómodo. En la parte alta se abría una pequeña ventana desde la cual podía verse el lago Ness y las verdes colinas que rodeaban a la gran extensión lacustre, la más profunda de las islas británicas.

—Lo bueno es que acá siempre está nublado... Por mi problema con el sol —dijo, tratando de hablar de cualquier tontería.

Llevaba puestos unos pantalones de jeans, botas y una camiseta blanca con el logo del grupo Joy Division (no sé qué tocarán, ni tenía idea de su existencia). También una chaqueta muy en tono con la geografía, hecha con la forma y los colores de la bandera de Gran Bretaña.

—¿Conocías Escocia? —me preguntó, tras indicarme que me sentara en la cama.

—No. Y tampoco digamos que lo he conocido. Apenas salí del Corredor estaba en el castillo. Sabía de este lugar porque una vez leí un libro sobre el monstruo del lago Ness. Y lo leí siendo bien chico, a esa edad en que uno es como una esponja y se le queda todo. Por eso sé hasta cuánto mide el lago Ness y que en su interior hay más agua dulce que en todo el resto de los lagos de Inglaterra y Gales.

—Eres chistoso.

—Por qué.

—Porque hablas como si estuvieses leyendo y dices todo lo que pasa por tu cabeza, sin silencios o puntos seguidos, apenas comas. Vomitas las palabras. Ayer, cuando te conocí, antes de todo, me molestaba eso. Lo encontraba insufrible. Ahora creo que puede ser útil para lo de mañana... —se detuvo—. ¿Cómo te fue en los estudios?

—Bien, o sea un poco intenso. No digamos que aprendí todo lo necesario, pero mi abuelo cree...

—Max, por favor —cambió su tono de voz—. Solo será un trámite —miró hacia la ventana.

—Podemos...

—¡No, Max! —ahora levantó la voz—. No podemos ganar y tú lo sabes. No conoces nada de nosotros, con suerte te enseñaron eso de los Primeros, Segundos, Terceros y Cuartos Nacidos, y todas esas tonteras que en el fondo ya nadie cree. Con ello y un par de trucos legales sopladados por ese duende patagónico no basta. Es igual que en tu mundo, para ser abogado necesitas al menos cinco años de estudio.

—Vamos a pelear.

—¿A pelear? —hizo un alto—. ¿Cómo? —otro espacio—. Esto es un show armado por Noé. Será rápido para ellos. Ya estoy preparada... Es decir, según tus mitos ya estoy muerta.

No supe qué contestarle. Afuera, unas nubes grises formaban jirones sobre las aguas del lago Ness.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Natalya rompió el silencio.

—Sí, dale.

—¿Por qué aceptaste?

—Porque te lo debía, me salvaste de Noé. Fue mi culpa que te mostraras frente a los habitantes de Zaragoza y...

—No, Max, no me refiero a eso. ¿Por qué aceptaste convertirte en heredero de tu padre?

—¿Había otra alternativa?

—A veces eres bastante maduro para tu edad. Pero también bastante ingenuo.

Tragué un poco de aire y traté de ser lo más honesto:

—Sabes —comencé—, yo siempre he querido encontrar mi lugar en el mundo. Nunca me sentí muy fuera, pero tampoco muy dentro. Mi abuelo hizo todo lo posible por darme una buena vida, pero el no tener a un padre o una madre cerca me hizo pensar con frecuencia que mi sitio estaba en algún otro lugar, muy lejos...

—No vamos a ganar, es imposible —me interrumpió Natalya, bajando la mirada—. Y lo sabes.

Me quedé callado. Si decía algo, cualquier cosa, iba a ser un lugar común que de seguro Natalya no iba a tomar bien.

—Ya te hablaron todo sobre mí, ¿verdad? —siguió.

—Sí.

—¿Qué te dijeron de mis padres?

—Que es una pareja de diplomáticos rusos que vive de viaje. Hace cinco años te dejaron a cargo de la tía Eduviges, tu guardiana. Todos los vampiros tienen una, hasta que se hacen adultos.

—La historia oficial —ella arqueó sus cejas—. Entonces no te contaron nada de que ellos, mis padres —subrayó—, me entregaron a Eduviges porque se aburrían de mí. Porque era una «niña problema» —marcó las comillas con los dedos de sus manos—, porque me metí en líos prácticamente desde que aprendí a decir hola.

Negué con la cabeza.

—Pues así fue. Mis papás no me quieren, los harté.

—Yo...

—Tú no digas nada, tú no sabes nada. Ni de mí, ni de este mundo. Eres un recién llegado. Un Tercer Nacido que cree tener una ventaja sobre el resto porque nació de...

—¿De qué?

—De nada, si tu tía y tu abuelo postizo no te lo han dicho, no es mi problema. Es de ustedes, líos de familia... de familia falsa, pero finalmente de familia.

—Natalya... —intenté que dejara de enfocarse en lo negativo. No pude.

—¿Te contaron de lo que hice en Moscú, con la banda de motociclistas?

—No.

—¿Y de cuando conocí a Ian Curtis y le conté casi toda la verdad?

—Ni siquiera sé quién es ese Curtis.

—Este —me enseñó el logo de la camiseta que llevaba puesta.

—Ahí dice Joy Division —fui literal.

—Joy Division es su banda.

—Nunca los he oído, pero sí a Muse, los de la polera que llevabas ayer. Son buenos.

—¿Qué tiene que ver Joy Division con Muse?

Levanté los hombros.

—Eres tan tonto a veces —parecía indignada—. ¿Cómo no vas a saber que Ian Curtis es el vocalista de Joy Division, la banda de rock más grande de todos los tiempos?

—No me gusta el rock. Casi no escucho música, salvo la que me mandan mis amigos por Facebook, como Muse —repetí—; y nunca he oído de ellos. Además el abuelo dice que la banda de rock más grande de todos los tiempos son los Beatles.

—Pues aprende. La gente que dice que los Beatles son más grandes que Joy Division no tiene idea de nada.

Repetí mentalmente el nombre del grupo para no olvidarlo.

—Escribí varias canciones para ellos, no puedo decir cuáles son, pero son las mejores —sonrió—. Lástima lo de Ian.

—¿Qué le pasó?

—Se mató. Eso pasó. Es el mejor Tercer Nacido que he conocido —se quedó en silencio un par de minutos—. Entonces, ¿tampoco te fueron con lo que sucedió con esos vampiros de Nueva Orleans?

—No.

—¿Ni lo del tren bala en Japón en 1987?

—No.

—Bonito. Entonces no te contaron nada de mí.

—Me contaron solo lo que era necesario para el juicio.

—¿Y crees que Noé y el fiscal no van a sacar provecho de mi pasado?

—Julián no lo cree. No es la razón por la cual te van a juzgar.

—Van a sacar a mis padres a escena, siempre lo hacen: «Si ni sus papás la soportan, de seguro es un problema para toda la Penumbra», casi los puedo oír.

—Julián...

—¡Ese duende es tonto como todos los duendes! —ella no me dejaba hablar—. No puedes confiar en la gente que está hecha de madera. Te lo digo en serio.

—¿Y entonces en quién confío?

No me respondió. Se quedó en silencio y así nos mantuvimos por varios minutos. Ella, porque no quería seguir hablando; yo, porque no sabía qué decir.

—Sabes —ella volvió a romper el silencio, yo le contesté con la mirada—; de pequeña papá me contaba historias de espanto cuando no quería comer o acostarme temprano. Me hablaba de los niños Tercer Nacidos, quienes perseguían a los niños vampiros con estacas de madera para clavárselas en el corazón. Recuerdo que me decían que debía portarme bien, o los pequeños estacadores vendrían a perforarme el corazón. Yo les tenía terror a los niños humanos por ese cuento. Imaginaba que cualquiera de ellos podía ser malvado y estar oculto, y que si no me cuidaba vendrían con su madero y... —se tocó el pecho, sobre su corazón—. Era una buena historia, funcionaba para enseñarnos a comportarnos y no mostrarnos ante los humanos como realmente somos. El miedo es siempre el mejor de los métodos, el único que resulta con todas las especies, desde los Verbos hasta el más miserable de los habitantes de la Penumbra. Dime, Max —me miró—, ¿a qué le tenías miedo cuando niño?

—A los vampiros.

Ella se rió, aunque era verdad.

—Es en serio —le dije.

—¿Me vas a decir que tu abuelo te amenazaba con vampiros si no te comías la comida? —alargó ella después de reírse.

—No. Mi abuelo nunca me asustó con nada, ni me hablaba de monstruos. Imagino que me estaba preparando.

—Buen punto.

—Supe de los vampiros por una película vieja en televisión, que no debí quedarme despierto viendo. Salían unos niños vampiros flotando en la noche y tocando la ventana del dormitorio de otro niño, que había sido su amigo, y rompían el vidrio de las ventanas con uñas de diamante.

Volvió a reírse.

—No tenemos uñas de diamante —dijo.

—Ahora lo sé, pero entonces era más chico y me creía todo lo que me mostraba la televisión.

Siguió riéndose, cada vez con más burla. Luego preguntó:

—¿Y esos vampiros tenían alas como las mías?

—No.

—¿Y cómo volaban?

—Solos, así como Superman.

—¿Vampiros como Superman?! —arrugó la mirada—. Superman no existe.

—Se supone que los vampiros tampoco —justifiqué—. Salvo en la imaginación de los autores.

—¿Pero volar sin alas? No hay nada en la naturaleza que pueda volar sin alas.

—Superman sí —insistí.

Ella arrugó el ceño y luego acotó:

—Los escritores y cineastas humanos están locos de patio. ¿Y qué es lo que más te daba miedo de nosotros?

—Lo mismo que te daba miedo de nosotros: la estaca —le contesté seguro; ella sonrió, porque entendió lo que había querido decirle—. Es decir, la mordida. Me imaginaba que dolía mucho cuando los dientes se clavaban en el cuello. Y después que se bebieran toda la sangre, que me dejaran seco, como si me estrujaran.

—Pues ahora sabes que no es así, que nuestros dientes son solo para asustar y que nos basta con dos gotas de sangre al día para sobrevivir. Y de cualquier animal, no solo de las personas.

—Y que usan un aguijón en la lengua para conseguirla.

—Tan rápido y silencioso, que nadie se da cuenta —subrayó Natalya—. A propósito, gracias.

—¿Por qué?

—Mira el dedo gordo de tu mano derecha.

Lo hice, y tenía una pequeña marca, como la provocada por la lanceta de una abeja, pero rodeada de una aureola morada intensa.

—¡¡Me mordiste!! —levanté la voz.

—Tenía hambre, y si no te lo hubiera dicho no te habrías dado ni cuenta. Ayer en Zaragoza también te bebí... dos veces. En el otro brazo y el cuello, por detrás.

—Mentira —busqué marcas.

—Verdad. Y deja eso, que no hay cicatrices. Una cosa más: deberías parar de comer tanta azúcar. Tu sangre es demasiado dulce, como leche condensada.

Sonreí. Alguna vez tengo que contarle a mi amigo Federico Guarda que me mordió un vampiro.

—Oye —la miré—, no me voy a convertir en uno como tú supongo.

—Idiota —se rió, y luego bajó el tono de su voz—. Tú nunca te vas a sacar eso, ¿verdad? —cambió de tema, indicándome a «el robin».

—Es mi segunda piel —hice el gesto de cubrirme el rostro con la capucha, como un caballero Jedi de Star Wars.

—Es muy feo —se burló ella, pero en un tono más relajado, más confiada—. Aunque reconozco que el rojo te queda bien, pero...

—¿Pero qué?

—Pero nada —curvó su boca con tristeza—. Discúlpame, Max —dijo de inmediato.

—¿Por qué?

—Hace un rato, creo que te traté mal. Gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

Asentí con la cabeza. Fue mi manera de decirle que todo iba a estar bien.

—¿Max?

—¿Qué?

—No quiero que me maten... A eso le tengo más miedo que a los niños de las estacas.

No hubo respuesta. Ni mía ni suya. Dos minutos después me despedí con un «hasta mañana». El día siguiente iba a ser el más complicado de mi vida.

También para Natalya.

11

El juicio

Y aquí estábamos, en el lugar que los monstruos llamaban Alto Tribunal. Unos quince minutos a través del Corredor, hasta una enorme bóveda subterránea que, según me informaron, se ubicaba a cien metros bajo tierra, en el valle formado por el río Tunguska, plena estepa de Siberia, al norte de Rusia.

¿Les suena el nombre? Es probable. Hay una historia bastante conocida acerca de una extraña explosión ocurrida en Tunguska en 1908. Un estallido tan potente, que el brillo se vio incluso desde Londres y París, a medio mundo de distancia. Según cálculos geológicos, la Tierra aún sigue temblando producto de ese impacto. Insisto, impacto, porque los científicos aseguran que fue un fragmente de un cometa que explotó a unos quinientos metros de altura, de ahí que no dejara cráter. Menos mal, porque de haber chocado, hubiésemos corrido la misma suerte de los dinosaurios. Claro, todo esto si los científicos tuvieran razón, porque lo que ocurrió en Tunguska fue algo muy distinto. (Y no, no se trató del choque de una nave extraterrestre, como aseguran los fanáticos de las conspiraciones. De hecho, ni siquiera fue algo que cayó del cielo). Aquel día murió Baba Yagá, una poderosa hechicera de Rusia. Reina de los gnomos, trolls y duendes, uno de los personajes más importantes al interior de la estructura jerárquica de la Penumbra.

Al saber que había llegado su hora, Baba Yagá decidió que se iba a despedir del mundo de una manera que siempre fuera recordada. Como estaba formada por lava y tenía por corazón una bola de magma, simplemente se abrió el pecho y se dejó reventar. Y bueno, pasó lo que pasó¹.

El Alto Tribunal estaba repleto de monstruos de distintas especies, distintos colores, distintos idiomas. Julián, en su modo duende, me miró y luego apuntó con su nariz de madera al reloj que colgaba de una de las tres paredes de la sala de espera que nos habían asignado.

¹ A propósito, los dinosaurios no murieron por el choque de un cometa y un asteroide; si lo mencioné fue para que la historia les resultara familiar. Prometo algún día revelar la verdad oculta tras el fin de la era de los reptiles, pero no en este libro. Tampoco en el siguiente.

—Las ocho en punto, el sol ya está arriba. Es hora de salir, Max.

Estaba tan nervioso que no había podido comer nada. No tenía hambre y sentía que nunca más la iba a tener.

—Espera —me detuvo la tía Eduvigés, que también estaba con nosotros—; la corbata.

—¿Qué pasa con la corbata?

—Está mal atada. Ven, niño.

Me acerqué a la quimera, que me sonreía amable con sus dos cabezas. Me quitó la corbata, volvió a anudarla y me la acomodó bajo el cuello de la camisa blanca. Llevaba el mismo traje que para el funeral de mi padre.

—Listo, campeón —me dijo.

Julián también se veía nervioso (tan nervioso como se puede ver un duende).

Junto a la puerta, mi abuelo —convertido en gólem— me deseó que la Fuerza me acompañara (mi tata nunca ha aceptado que no me guste tanto La Guerra de las Galaxias, el fanático es él).

Uno de los guardias —hombres lobo albinos todos— nos detuvo en la entrada al salón de audiencias. Nos pidió que esperáramos ser anunciados y nos indicó que íbamos a ser los primeros en entrar al hemiciclo de la corte sobrenatural.

—La Corona de la Penumbra da la entrada al Alto Tribunal al equipo de la defensa —anunció una momia que llevaba en la cabeza una corona como la del busto de la reina Nefertiti. (Es un poco complicado de describir, así que mejor búsquenla ustedes en Google. Escriban «Nefertiti» y luego vayan a «Imágenes», ahí van a ver cómo es la corona)—. Lo integran —siguió ella— don Julián Ribopterix, en calidad de asesor legal, y Maximiliano Urdemales, como abogado defensor.

—Ahora pasen —, gruñó el hombre lobo oficial superior.

Al ingresar al salón principal del Alto Tribunal, me sentí observado por casi todos los ojos del mundo (podría haber escrito «por miles de pares de ojos», pero recordé que también había cíclopes entre los espectadores y me pareció una falta de respeto decir lo de «pares»). Había un silencio absoluto y no volaba una mosca... bueno, salvo unas rojas gigantes africanas que en realidad no estaban volando, sino que se habían sentado atrás.

Sentía la tensión de las miradas, el peso de lo que iba a pasar, la sensación primera de estar siendo juzgado por mi origen.

—Creo que voy a vomitar —le susurré al duende.

—Traje bolsas de papel, por si acaso —me respondió Julián. Pensé que me iba a contestar que me aguantara.

Los lobos nos indicaron que nos sentáramos al lado derecho del estrado, el contrario a donde se iba a ubicar el jurado, y enfrente del juez.

—No vimos lo del jurado —le dije a Julián.

—No había cómo verlo.

—¿No se supone que uno como abogado sabe quiénes son los que integran el jurado?

—Ves demasiadas películas. Ni en tu mundo ni en este sabemos cómo se va a componer el jurado de un proceso judicial. Acá además gustan del factor sorpresa.

—En serio, quiero vomitar.

Tantas miradas y salir sin comer me tenía con una náusea dando vueltas alrededor de la boca de mi estómago, empujando jugos gástricos y bilis hacia la parte alta del esófago.

De pronto, se me escapó un eructo.

—Perdón —le dije a Julián.

Él me respondió poniéndome una de las bolsas de papel que había traído en la boca. Justo a tiempo, un eructo más, luego un hipo y adiós compostura. Creo que vomité hasta lo que había comido la semana pasada, y ese será el único detalle que voy a dar.

—Abogado, ¿está bien? —me preguntó la momia, a la cual voy a llamar Nefertiti por su corona (y porque nunca supe su nombre).

Levanté el pulgar.

—Toma agua y una pastilla de menta —me aconsejó el duende—. Y trata de mantenerte digno.

Levanté la mirada, y sentí que todos me veían con mucha más detención que al inicio; algunos murmuraban y un par de mujeres pantera muy flacas y muy manchadas incluso se reían. Al lado de ellas, un hombre con cabeza de pulpo —como los dioses de los cuentos de H.P. Lovecraft— arrugaba eso que tenía como boca. La tía Eduviges inventaba una sonrisa de calma en sus dos cabezas, mientras mi abuelo gólem cruzaba sus brazos de piedra.

—Max —me llamó Julián, indicándome que mirara hacia la puerta del tribunal.

—Hace su ingreso a la corte —habló Nefertiti, la momia— el abogado fiscal, el señor Daniel Samarcanda.

—Es un Segundo Nacido, una Tormenta —me fue describiendo Julián.

Las puertas se abrieron y un gigantesco tigre blanco, del porte de un dinosaurio, apareció rugiendo en medio de la sala. Llevaba en la espalda una capa roja con bordes dorados. Dio un par de pasos y luego se levantó sobre sus patas traseras, momento en el cual su cuerpo adquirió la forma de un hombre grande, muy musculoso, como The Rock, pero con cabeza de tigre albino. Se quitó la capa y la cruzó sobre su cuerpo, igual que esas togas antiguas que usaban los romanos (o al menos los romanos de las películas de romanos).

—Abogados —nos saludó. Tenía los ojos como brasas ardientes, muy rojas, igual que los de Noé.

—Fiscal —saludó Julián, quien de inmediato me pegó un codazo para que hiciera lo mismo. Tras mi saludo, Daniel inclinó su cabeza y se dirigió a su lugar.

—Tenía una mínima esperanza de que no nos tocara el tigre —me dijo mi compañero.

—Ayer no me hablaste de otros fiscales.

—Por lo mismo. Tenía una mínima esperanza.

Nefertiti volvió a hablar.

—Preside la corte hoy el magnífico juez Ezequiel de Tishbe.

—A él mejor no lo mires a los ojos —me advirtió Julián.

—También es un Segundo Nacido, ¿verdad?

—Sí. Y una de las Tormentas más antiguas.

En la parte alta del estrado fue creciendo una nube gris, que tras hacerse muy espesa comenzó a girar sobre sí misma hasta formar una rueda luminosa, con radios como de carruaje antiguo, desde la cual descendió un gigantesco ser envuelto en sus propias alas blancas, que lo hacían parecer un enorme capullo. Al ubicarse en el lugar del juez, al centro del hemiciclo, desplegó sus cuatro alas en forma de letra «equis», las que se quedaron abiertas en su espalda. Recordé las enseñanzas de ayer: las Glorias de cuatro alas son las que los humanos conocemos como serafines.

Ezequiel vestía una túnica blanca resplandeciente y en su mano derecha, terminada en una garra enorme, sostenía un bastón de oro o de algún metal similar. Encima de los hombros, la cabeza miraba con distintas caras hacia cuatro direcciones: delante, detrás y ambos lados. El rostro que apuntaba hacia nosotros era humano, con los ojos igual de llameantes que el fiscal Daniel. Hacia la izquierda se dirigía con la cara de un león, a la derecha con la de un águila o halcón, y hacia atrás miraba con la cabeza de un buey, con cuernos y todo. No sé si daba miedo, pero sí infundía mucho respeto.

Ezequiel hablaba con sus cuatro cabezas al mismo tiempo.

—Que ingrese el jurado —ordenó a Nefertiti. La momia estiró su mano derecha, cubierta por vendas, hacia los lobos guardianes. Los licántropos abrieron la puerta y seis fantasmas ingresaron a la corte, quienes tras sobrevolar el estrado se ubicaron en el lugar que les indicó la secretaria de la corte. Los seis eran translúcidos, compuestos de algo que parecía ser un gas azul brillante. No tenían piernas y de los brazos colgaban unas cadenas hechas del mismo material etéreo de sus cuerpos.

—Una pregunta —le murmuré a Julián—. ¿Entonces los fantasmas no son personas muertas cuyas almas vagan clamando por descanso?

—Por supuesto que no. Los fantasmas son eso: fantasmas. Adquieren forma humana porque es la más familiar y útil de todas las formas, por eso de tener manos y dedos prensiles —explicó—. No tienen nada que ver ni con Tercer Nacidos ni con muertos. Son los más sensibles y empáticos de nosotros y jamás mienten.

—Entonces son monstruos.

—Híbridos.

—¿Qué?

—Híbridos, Cuarto Nacidos o Penumbras —me corrigió él—. Recuerda que no puedes usar la palabra «monstruo» acá. Cualquiera de esos tres términos que te di. Y métetelo bien en la cabeza.

—Abogados —habló Ezequiel. Lo miramos, pero no directo a los ojos—. ¿Sucede algo?

—No, nada, señor —respondió Julián. Y luego a mí—: Ahora, por favor, guarda silencio hasta que esto empiece.

Uno de los fantasmas parecía capitán de barco, otro vaquero; había un tercero que tenía cara de empresario, con corbata, maletín y traje. Otro era como una abuela, y a su lado uno que tenía cara de mujer asustada, con los ojos y la boca muy abiertos, como letras «o» negras. El último de los espectros era el más extraño de todos, lucía cuerpo de mujer, pero su cabeza era la de una gallina.

—Tomo la voz de esta corte —dijo. Luego indicó—: Traigan a la acusada.

Fue el propio monstruo de Loch Ness, el señor Angus McIntosh, quien acompañó a Natalya hasta el estrado. Arrastrándose como una foca, el señor McIntosh entró dando saltos con sus cuatro aletas en forma de rombo, y manteniendo su pequeña y chata cabeza en el extremo de un curvado cuello, similar al de un cisne pero en lectura reptil. Por su parte, Natalya acudió vestida completamente de negro y sin una pinta de maquillaje en el rostro. Miraba a todos, sin reflejar miedo, susto o pena en su rostro. Volteó hacia mí y me sonrió. Fue la única emoción que escapó de ella en aquellos primeros minutos del proceso.

El señor McIntosh acercó a Natalya hacia Ezequiel.

—La acusada, señor —le dijo el monstruo del lago Ness al Segundo Nacido de cuatro cabezas.

—Gracias, señor McIntosh —habló la Tormenta.

—Entonces, señorita Natalya Strogoff, ¿ese es su nombre?

—Sí, su señoría —habló mi amiga en voz baja.

—Más fuerte, no la escucho —insistió Ezequiel.

—¡Sí, su señoría, ese es mi nombre! —repitió ella, casi gritando.

—Ahora sí —aceptó él y le indicó—: Voy a pedirle que ese sea el nivel de volumen de voz con el que ha de dirigirse a este tribunal en lo que sigue de este juicio —ella asintió—. Dígame, señorita Strogoff, ¿la atendieron bien en el castillo de Urquhart?

—Sí, señor, muy bien.

—Me alegro —enseguida miró a Nessie, siempre con su cara humana—. Señor McIntosh, este tribunal le agradece nuevamente sus servicios de custodia. Por favor —lo invitó a tomar una ubicación entre los espectadores.

El escocés respondió inclinando su pequeña cabeza, y arrastrándose se encaminó hasta la parte trasera del tribunal, junto a los asistentes más altos, para no tapar a nadie. Dejó un rastro de agua turbia al moverse. Agua del Ness, reconocí su olor, y eso que apenas había estado dos horas en el lago.

—Por favor, señorita Strogoff —habló nuevamente Ezequiel—, a su lugar.

Apenas Natalya se ubicó donde la habían asignado, Ezequiel se dirigió a los abogados.

—Señor Urdemales, por la defensa; señor Samarcanda, por la fiscalía. Espero la colaboración de ambos, que este juicio sea breve e impere la cordura y la verdad. No tenemos tiempo ni ánimos de que sea un trámite innecesariamente largo. ¿Están de acuerdo?

—De acuerdo, su señoría —respondió Daniel.

—De acuerdo, su señoría —repetí yo, recordando las instrucciones de Julián.

—Entonces, procederemos.

Ezequiel acercó el bastón que llevaba sujeto en su mano derecha y dio tres golpes en el suelo.

—En nombre de la Fuente, Padre Madre de todo lo creado, y ante la presencia de Primeros, Segundos, Cuartos y un Tercer Nacido —me miró—, se da inicio a este proceso judicial —

enunció, antes de guardar un instante—: La Penumbra contra Natalya Strogoff. Que se anote todo lo que acá se resolverá —miró a Nefertiti, quien abrió un cuaderno y empezó a escribir—. Señor fiscal, usted comienza.

—Gracias, su señoría —dijo Daniel, y luego nos miró—. La fiscalía pide el ingreso a esta corte del acusador.

—Aceptada —contestó Ezequiel.

—La fiscalía invita a entrar al hemiciclo —continuó Daniel— a Noé, señor de las Lluvias y los vientos; Primer Nacido y uno de los trece Verbos originales.

Sin necesidad de entrar por una puerta, como habíamos hecho todos, salvo el juez, Noé se materializó desde la parte alta de la bóveda, bajando como una ventisca en espiral hasta ubicarse en su lugar, junto al abogado fiscal. Luego, tras un resplandor color oro, adquirió su forma humana. Lucía la misma armadura de plata con la que se presentó hace dos días en la capilla del monasterio, aunque en esta ocasión no llevaba el calamar rojo que entonces usaba de bufanda.

—Esa entrada triunfal es para advertirle al juez que no debe olvidar que él es un Verbo —me sopló Julián, con su voz de duende, a ratos parecida a la de la ardilla Alvin, pero más cavernosa—, un Primer Nacido —subrayó.

—Lo sé —a esas alturas, ya tenía muy claro todo lo de los Nacidos y sus múltiples nombres (espero que ustedes también, porque me estoy cansando de repetir que estos se llaman así, pero también «asá»).

Ezequiel volvió a golpear su bastón, y esta vez su cabeza giró para ubicar la del águila delante. Respiré profundo. Se parecía a Amon-Ra, el dios egipcio.

—El Alto Tribunal de la corte sobrenatural entra en sesión. ¿Fiscal? —miró a Daniel.

—El acusador informará de los cargos. ¿Señor Noé?

El Primer Nacido se levantó y comenzó a hablar.

—Es mi deber informar a los presentes que hace dos días, la acusada aquí presente, señorita Natalya Strogoff, exhibió su naturaleza y facultades de Cuarta Nacida ante un grupo de Polvos en la Plaza Mayor, junto a la basílica del Pilar de la ciudad de Zaragoza, donde fue vista por aproximadamente sesenta y tres seres humanos. Su acción constituye una falta mayor y una violación al sagrado Primer Mandamiento: «No te mostrarás ni interactuarás en tu naturaleza con los Tercer Nacidos, a menos que así lo autorice un miembro de mayor jerarquía dentro de la Penumbra». Este desacato ha puesto en serio peligro la estabilidad y la seguridad de quienes habitan la Penumbra —miró a todos los presentes.

Un murmullo de temor se hizo sentir como una ola a través del hemiciclo. Me fijé que los fantasmas del jurado tomaban nota, menos la mujer con cabeza de gallina que miraba al frente sin pestañear. En la quinta fila, un grupo de tres lloronas, lloraban.

—¿Cómo se declara, señorita Strogoff? —Ezequiel volteó hacia ella. Ella nos miró. Julián le hizo una venia.

—Culpable, su señoría —habló mi amiga.

Julián se acercó a mi oído.

—Di «objeción» —me dijo.

—¡Objeción! —dije.

Otro murmullo recorrió como una ola la corte, esta vez en dirección contraria.

—¿Tiene algo que decir, abogado defensor? —Ezequiel me clavó sus ojos incandescentes de águila. Recordé no mirarlo directo.

—Ahora qué hago... —soplé a Julián.

—Di la verdad —me indicó el duende patagónico.

Eso hice.

—Su señoría.

—De pie, señor Urdemales —me ordenó la Tormenta de cuatro cabezas.

—Párate —otra vez sopló el duende.

Eso hice.

—Señoría —comencé a exponer. Los pies me tiritaban, la espalda me sudaba tanto que cuando esto terminara mi camisa podría ser exprimida, y otra vez tenía ganas de vomitar—. Lo que dice el acusador acá, señor Noé, es cierto. Mi cliente, la señorita Strogoff —por mi cabeza fueron pasando todas las películas y series de abogados que hubiese visto en mis trece años de edad— es culpable de haber infringido el Primer Mandamiento de los monstruos...

Y ahí el primer error.

—¡¡Abogado!! —rugió Ezequiel.

—¡¡Esta es una falta de respeto!! —subrayó Daniel, mostrando sus agudos colmillos de tigre blanco.

Otra ola de murmullos se paseó por el hemiciclo.

Julián se tapó la cara.

—Perdón, su señoría... —tartamudeé— y presentes. Quise decir, de los Cuarto Nacidos, o la Penumbra, o los Híbridos —intenté precisar.

—Será disculpado en esta ocasión, dada su poca experiencia en estos trámites. Pero si se reitera su conducta, la corte pedirá otro abogado para la acusada.

Miré a Natalya, ella me sonrió triste.

Insisto, yo solo quería vomitar.

—Puede recomenzar —habló el juez.

Obedecí:

—Señoría, señores del jurado —esta vez recordé nombrarlos, lo había visto una película con Tom Cruise—; mi cliente, la señorita Strogoff, es culpable de haber infringido el Primer Mandamiento de los Cuarto Nacidos. Ella enseñó su naturaleza —no digas «vampiro», no digas «vampiro»— híbrida ante los habitantes de Zaragoza, pero lo hizo al verse forzada por las circunstancias, lo que atenúa su culpa.

—Por favor, qué circunstancia —interrumpió el fiscal, solo para ponerme nervioso.

—La fiscalía ya tendrá oportunidad de hablar —lo detuvo Ezequiel.

—El aquí presente —miré al acusador—, Noé, Primer Nacido, uno de los Verbos originales, se presentó en la forma de una tormenta en la plaza de Zaragoza y atacó a mi clienta y a quien aquí habla, persiguiéndonos a través de la ciudad. Su acción también fue vista por los habitantes de la ciudad —lo miré—, por lo cual él también violó el Primer Mandamiento.

—Abogado, por favor precise —acotó Ezequiel.

—Lo que quiero decir es que mi clienta interactuó en su verdadera naturaleza frente a —no digas «humanos», no digas «humanos»— un grupo de Tercer Nacidos como un acto de defensa. Tanto propia como para quien acá habla. De otra manera, nuestro destino habría sido distinto.

—No estamos acá para poesías baratas —atacó Daniel, el fiscal.

—Concedida la objeción de la fiscalía —asintió Ezequiel—. ¿Algo más, abogado?

—No señor, es todo —dije.

—Vuelva a su estrado —eso hice—. Señores del jurado, escucharon a la defensa —los fantasmas afirmaron con una venia, salvo la mujer cabeza de gallina, que se había arrancado la cabeza de gallina y ahora era el fantasma de una mujer descabezada. Ella levantó el pulgar de su mano derecha—. Señorita secretaria, ¿tomó nota?

—Sí, su señoría —respondió Nefertiti.

Cuando volví a mi lugar, le pedí a Julián otra bolsa de papel.

Me la pasó.

Vomitó.

—Lo hiciste bien —me conformó el duende de madera argentino, aunque yo a esas alturas no sabía nada de nada.

—¿Tienes otra pastilla de menta?

Ezequiel volvió a golpear con su bastón y esta vez su cabeza giró hasta la cara de buey.

—La corte escucha a la fiscalía.

—Muchas gracias, su señoría —empezó Daniel—. Señores del jurado, público presente, hermanos de la Penumbra. Ya han escuchado la escueta defensa del abogado acá, el señor Urdemales. Urdemales hijo —subrayó—, para no manchar la memoria de su distinguido progenitor. Y repito lo de «escueta defensa», porque su débil justificación demuestra lo inútil de este proceso y el hecho inobjetable de que la señorita Strogoff faltó contra el más alto y sagrado de nuestros mandamientos, ese que ha garantizado la supervivencia de la Penumbra por más de diez mil años. No sería primera vez que un Cuarto Nacido se escuda en la autodefensa para justificar su acción, y tampoco sería la primera vez que este Alto Tribunal condene a muerte a un acusado en similar situación que la dama aquí presente — se detuvo un segundo para mirar a Natalya—. Además, la defensa se atreve, en su evidente inexperiencia —recalcó cada una de las cinco sílabas de la palabra—, a acusar al señor Noé, quien preocupado por la seguridad nuestra convocó a este juicio, de también haberse mostrado ante los Cuarto Nacidos. Pero la salvedad no es menor: él cuidó de que los Polvos solo vieran una tormenta extraña o un inusual tornado, como anotó la prensa de los Tercer Nacidos en los periódicos de ayer por la mañana. Cualquiera de ustedes puede revisar en internet y darse cuenta que así fue...

—¡Mentira! —salté indignado.

—Max —trató de sujetarme Julián.

—Abogado —rugió Ezequiel, pero yo no oía a nadie.

—Es mentira, su excelencia. Yo vi la cara de Noé entre las nubes cuando sus vientos me arrastraban. Y vi también el espanto en las personas... perdón su señoría, en los Tercer Nacidos que descubrieron el rostro de Noé en medio de la tormenta.

Noé y Daniel se miraron.

—Abogado, siéntese y guarde silencio. Si vuelve a abrir la boca sin mi autorización, será expulsado de esta corte y su licencia de defensor sobrenatural, revocada.

¿Licencia, qué licencia?

—Max, por qué tenías que echar todo a perder —bajó la mirada Julián.

—Pero es que es la verdad... —hablé en voz baja.

—Cállate, niño tonto —el duende estaba muy enojado.

El tigre fiscal caminó hasta Natalya y luego volteó hacia mí.

—Si el abogado defensor me deja continuar —ni siquiera asentí—. Este innecesario exabrupto solo confirma lo que ya les he dicho, señores del jurado y público presente: la inexperiencia del colega y la evidente culpabilidad de la acusada, pues olvida el señor Urdemales que el señor Noé es un Primer Nacido, por lo tanto algunas reglas le son diferentes. ¿Acaso no lo aprendió durante sus estudios? Dígame —me miró.

—Contéstale —me indicó Julián al oído.

—Sí lo sabía, señor fiscal.

—Entonces, qué tontería todo lo anterior —caminó hasta el jurado—. Conoce ya el señor Urdemales que un Primer Nacido está autorizado por la propia Fuente, Padre Madre de todo lo creado, a mostrarse ante los Tercer Nacidos si así fuera necesario. Y que conste y quede anotado que con esta corrección no estoy negando ni afirmando que el señor Noé, aquí presente, haya interactuado con los Polvos que habitan Zaragoza. Repito, amigos y hermanos; mientras la prensa de los Tercer Nacidos ha referido un misterioso tornado, también lo ha hecho acerca de una extraña criatura de rasgos femeninos, como una gárgola, que atacó a un grupo de individuos y se llevó a un niño por los aires. Con todo lo anterior, es mi deber, como fiscal elegido por ustedes, recalcar que la señorita Natalya Strogoff no cometió una falta menor. Tampoco actuó en defensa propia o para proteger al señor Urdemales. Lo que ella hizo, y así debe ser juzgada, fue poner en riesgo la seguridad de todos nosotros y nuestras familias. Nunca debemos olvidar a los hermanos que alguna vez confiaron en los Tercer Nacidos y se mostraron tal como eran, con las consecuentes persecuciones que con fuego y plata casi diezmaron a nuestra gente durante la Edad Media. Por esa razón, la fiscalía pide la máxima pena para la acusada —recalcó lo último. Nada se escuchó en la sala—. Eso es todo, excelentísima señoría.

—¿Y ahora? —le pregunté a Julián.

—Ahora cállate y no sigas echando todo a perder.

—Escuchadas ambas partes —habló Ezequiel—, el jurado tiene tres minutos para emitir la sentencia.

—¿¡Tres minutos!?! —salté.

—Sí, tres minutos —dijo Julián, con una frialdad desconcertante.

—Pero podríamos haber conseguido pruebas, los abogados demoran los procesos, para eso existen —desesperé—. Lo sé, el papá de Federico Guarda, mi mejor amigo, es abogado y él siempre dice que...

—Las cosas acá son muy distintas a como son en tu mundo, Max.

Miré a Natalya, ella estaba llorando.

Fueron los tres minutos más largos de mi vida

—¿Ya hay veredicto? —preguntó el juez Ezequiel.

—Sí, su señoría, ya hay veredicto —respondió la mujer fantasma que primero tenía una cabeza de gallina y ahora no tenía cabeza y que resultó ser la presidenta del jurado.

—Por favor —la Tormenta de cuatro cabezas que presidía la corte estiró su mano.

Daniel y Noé se veían confiados; nosotros, devastados. Me imaginé que estaba a bordo del Titanic, veinte minutos después de chocar con el iceberg.

La fantasma sin cabeza flotó hasta Ezequiel y le entregó un papel doblado donde, de acuerdo a las indicaciones de mi compañero duende patagónico, habían anotado el veredicto, la sentencia y la condena.

—Pero podemos apelar, supongo... —le dije con voz temblorosa.

—No, Max, lo que decide el Alto Tribunal es inapelable.

—¡¡Eso no es derecho!! —salté, dándome lo mismo que me escucharan todos los presentes en el hemiciclo—. ¡¡Es inhumano que todo se decida en un juicio de dos horas con un par de intervenciones!!

Daniel y dos de los guardias lobo me miraron, también Noé, quien hizo un gesto de satisfacción.

—Porque esto no es humano, niño —acotó Julián en voz baja—. Ahora, mira y escucha.

Ezequiel desplegó el veredicto y lo leyó en voz baja. Luego miró a cada uno de los presentes por última vez, con su cara de buey, deteniéndose al final en la fiscalía, la defensa y la acusada. Enseguida, antes de hablar, volvió a girar su cabeza, ubicando su rostro de león al frente. Un león mucho más grande y feroz que el tigre Daniel o mi tía Eduviges.

—Escuchadas las partes y reunidos los testimonios, el jurado ha resuelto —empezó a reproducir— que la señorita Natalya Strogoff, aquí presente, es culpable —un murmullo surgió en el público, mientras una puntada en el corazón me hizo perder la respiración por

unos minutos— del delito de amenazar la seguridad de la Penumbra y todos los Cuarto Nacidos al interactuar con Tercer Nacidos, sea por la razón que sea. El jurado ordena que le sea aplicada la sentencia máxima.

Natalya hundió su rostro en sus palmas terminadas en garras, mientras sus alas abrazaron su cuerpo, como si quisiera esconderse de sí misma.

—¡No, ustedes no pueden!! —grité, llorando también, de rabia e impotencia.

—¡Maximiliano! —trató de sujetarme Julián.

—¡Lobos de la guardia! —ordenó Ezequiel—, saquen al abogado Urdemales de la sala. Y agradezca que no soy más severo con usted, su comportamiento es una vergüenza.

—Su señoría —traté de apelar, caminando hacia él, pero no alcancé a dar ni tres pasos cuando los gruesos y velludos brazos de dos lobos albinos me agarraron del cuello y, a pesar de mis manotazos y pataleos, me sacaron del tribunal.

—Señorita Strogoff —escuché mientras los licántropos me retiraban—. Sufrirá la pena de muerte por exposición directa al primer rayo de sol, en dos albas más, contadas desde hoy. Hasta entonces permanecerá bajo custodia en el castillo de Urquhart, bajo la vigía del señor Angus McIntosh y sus duendes celtas. Se cierra la sesión.

Y con dos golpes de su bastón dorado, la Gloria de cuatro cabezas selló el destino de mi amiga, la chica vampira que había salvado mi vida.

Vi la cara de Noé sonriente. Vi los rostros de la tía Eduviges y del abuelo Tito destrozados. Y también vi algo más. Arriba, en lo más alto del anfiteatro, dos criaturas, ambas con alas, ambas vestidas de blanco, ambas con cabeza de águila, que me miraban con sus ojos azul brillantes, casi transparentes.

12

Águilas

El abuelo Tito, la tía Eduviges y Julián estuvieron esperándome casi una hora fuera del reclusorio del Alto Tribunal. Pasó que los lobos aguardaron a que todo el mundo se retirara para soltarme, todo el rato vigilándome en silencio, como si yo tuviera la culpa de todo lo malo que pasaba en el mundo. Yo estaba impaciente, necesitaba salir rápido y no precisamente para juntarme a llorar con mis parientes.

—Eres libre, vete de aquí, Tercer Nacido —me dijo el más alto de los licántropos cuando el minuterero del reloj sobre su cabeza pasó a la ubicación de las doce.

Agarré mi chaqueta y salí sin mirar ni mucho menos despedirme de mis captores. Apenas me vio aparecer, la tía Eduviges vino por mí y me abrazó, igual que el tata. Julián se mantuvo atrás, a una distancia prudente, tanto física como de ánimo.

—Hiciste todo lo que pudiste, Max —dijo ella.

—Hijo —dijo el abuelo.

—No —respondí yo—. No hice todo lo que pude... aún.

Y me liberé veloz del abrazo de la vieja quimera, para buscar una salida próxima a la superficie.

—¿Dónde vas? —trató de detenerme mi abuelo.

—Ustedes... —tartamudeé—. Ustedes solo no se muevan de aquí.

—Maximiliano querido... —escuché la voz de la tía.

—Por favor —insistí—, no se muevan de aquí.

—Déjenlo —oí a Julián detener a mi familia—. Pase lo que pase, ahora todo recaerá en él —y como era obvio, otra vez no supe qué había querido decir. Por supuesto, ahora tenía otras cosas en mi cabeza bastante más concretas y cercanas que los misterios que parecían rodear mi origen. Para eso ya vendrán otros libros.

Seguí hasta un elevador que indicaba «hacia la superficie», el cual era movido por un complicado mecanismo accionado por una pareja de gordos trolls de las estepas rusas. Eran

fuertes y las poleas grandes, así que el ascenso fue rápido. Tardó casi lo mismo que un sistema mecánico en subir.

Arriba, el frío de los bosques siberianos se sentía doloroso, como agujas de hielo punzando en la cara. Busqué alrededor, enfocando mi vista en las filas de monstruos que se dirigían a sus respectivas entradas al Corredor, con la corazonada de que ellos aún me estuvieran esperando. No estaba equivocado.

—Miras en dirección errónea, Max Urdemales —escuché a una voz decirme, la misma que luego me indicó—: Voltea hacia arriba.

Levanté la mirada. A una decena de metros sobre mi cabeza, tapando lo poco de sol que dejaba pasar la niebla que cubría los bosques y la tundra siberiana, descubrí a un par de enormes águilas que planeaban en círculo.

—¡Necesitamos hablar! —les grité.

—Claro que necesitamos hablar —me respondió una de ellas, mientras que con su compañera bajaban hasta donde yo me encontraba. Abrieron sus alas y al hacerlo se transformaron en unas criaturas humanoides, pero con cabeza y alas de águila. Vestían túnicas blancas, muy brillantes. Capitanes del ejército de la Fuente, según lo que me había enseñado Julián; nada más y nada menos que las águilas que salvaron a mi padre de la ira del Reverso y lo convirtieron en abogado de monstruos. De seguro ustedes y sus padres han oído hablar de los arcángeles. Pues bueno, ellos eran básicamente dos arcángeles.

—Gabriel y Miguel, supongo —los identifiqué.

—Supones bien, hijo de Urdemales —habló uno de ellos.

—¿Y quién es quién? —mi pregunta era válida porque ambos eran idénticos.

—Yo soy Gabriel —se presentó el de la izquierda.

—Miguel —sumó el de la derecha.

Moví la cabeza rápido para indicarles que ya sabía quién era quién (bueno, mientras no cambiaran de posición o se movieran no iba a tener problema).

—¿Entonces ustedes son los que ayudaron a mi padre cuando el Reverso lo buscaba para matarlo? —les pregunté.

—Matarlo no. Él no quería muerto a Pedro, solo deseaba su alma —corrigió Miguel.

—Es casi lo mismo.

—No, no es casi lo mismo. De hecho, es muy distinto.

—Vale, ustedes saben —acepté su corrección, sin ganas de seguir en una conversación que no nos iba a llevar a ninguna parte.

—Pero en algo tienes razón —siguió el águila de la derecha—. Bajamos por tu padre, lo ayudamos con el asunto ese de quien-es-mejor-no-seguir-nombrando, y le dimos la misión que tú ya conoces y que él cumplió bien por casi mil años.

Los quedé viendo, sus ojos no brillaban cual brasas, como en el caso de Ezequiel o Daniel. Y eso que todos eran Segundos Nacidos.

—Has crecido bien; el viejo gólem hizo un buen trabajo contigo —comentó Gabriel.

—Y cumpliste con el destino de tu padre, allá abajo —sumó Miguel.

—¿Bien? —me exalté—. ¡¿Vieron lo que pasó?! —levanté aún más la voz—. No fui capaz de probar la inocencia de Natalya y por mi culpa ella va a morir pasado mañana. ¡Soy un pésimo abogado de monstruos!

—No, no lo eres —siguió Miguel—, solo debes saber perder. A tu padre también le costó al inicio, pero aprendió con el tiempo. Su primer juicio le costó la vida a un Híbrido, un cíclope bastante problemático.

—Además en tu caso no había manera de ganar el juicio —interrumpió Gabriel—. Natalya es culpable, cometió la falta.

—¿Y por eso es válido que la maten? —me sentía cansado, molesto, con ganas de mandar todo al carajo, si no fuera por Natalya.

—Es la ley de los Cuarto Nacidos.

—Pues no me gusta esa ley. Los humanos estaremos llenos de defectos, pero les damos oportunidad a las personas. Todo el mundo es inocente hasta que no se prueba lo contrario... al menos en teoría, pero eso ya es algo. Y los procesos son justos, toman el tiempo suficiente como para poder defender bien al acusado. Incluso ya casi no hay pena de muerte, excepto en algunos países. Aquí todo es duro, sin piedad —lloré.

—Así es el mandato de la Fuente.

—Pues la Fuente se equivoca, a mí me enseñaron otra cosa: que la Fuente o Dios, como yo lo conocí, es un Dios de amor y perdona a quienes se equivocan.

—Max.

—Creo que los Cuarto Nacidos entendieron todo mal, no pueden matar a uno de los suyos porque... porque comete un error. Ella solo se defendió de Noé —seguí llorando.

—Lo sabemos. Todos lo saben. Ezequiel también.

—¿A qué vinieron, si se puede saber? —y ese era yo, desafiando a dos arcángeles.

—Queremos ayudarte —contestó Gabriel.

—Háganlo entonces —ya me estaba hartando.

—No podemos —otra vez Gabriel.

—¿Cómo que no pueden?! —levanté la voz.

—Las águilas tenemos prohibido intervenir directo en el destino de otros Nacidos —dijo Miguel.

—¡Mentira!! —me exalté—. Leo, ¿saben? Leo mucho. Y está lleno de historias donde el arcángel Miguel —lo miré— o el arcángel Gabriel —también lo miré— se meten en asuntos humanos, con espadas de fuego y zarzas ardientes. ¡Hasta películas han hecho!

—Mitos, Max. Tradiciones orales malentendidas que pasan de generación en generación —la voz de Miguel era insoportablemente calma, la de su gemelo también.

—Bueno, ¿entonces cómo piensan ayudarme?

—Queremos que pienses, que las respuestas las encuentres tú mismo —explicó Gabriel.

—Odio las adivinanzas.

—No es una adivinanza —nuevamente Gabriel—. Es sentido común. Abre tus ojos, expande tu mente.

—Tengo solo trece años, no tengo idea qué es eso de «expandir la mente» ni me interesa.

—Aún puedes ayudar a Natalya —dijo Miguel.

—¿Salvarla?

—No dije eso. Escúchame bien.

—¿Salvarla? —repetí.

—Pues ahora escúchate a ti mismo.

—¿Qué es lo que tengo que escucharme?

—¿Por qué Natalya violó el Primer Mandamiento? —me preguntó Gabriel.

—Para salvarme.

Las dos águilas se quedaron en silencio.

—Un momento —dije, como si de la nada me hubiese iluminado, debe haber sido gracias a los ángeles, porque tan brillante no soy—. Noé... —dije—. Todo está en Noé...

—Sigue a tu mente, joven hijo de Urdemales —sonrió Gabriel.

—Y en la manzana busca el camino alternativo —agregó Miguel. Luego, ambos capitanes de las fuerzas celestiales abrieron sus alas y se elevaron hacia lo alto, sin siquiera despedirse.

Al cruzar las nubes se convirtieron en pájaros, dejando atrás un círculo de luz que estoy seguro fue visto por mucha gente de las cercanías. Más de alguno va a inventar mañana que vio un ovni en la zona del río Tunguska, pensé.

También pensé en eso del camino alterno y la manzana.

Y en Noé.

Y en el juicio.

Y en mi amiga.

Y en las águilas.

Saqué de mi bolsillo la llave del Corredor, y con ella en mano regresé bajo tierra. Lo primero que debía de hacer era ir por mi familia y regresar con ellos a la Cogullada.

Luego hacer algo.

Algo que no pensaba hacer solo.

Si todo salía mal, me iba a meter en gravísimos problemas.

13

Cuenta conmigo

Imaginé que justo ahora mi abuelo subía a mi habitación en el monasterio, con una taza de chocolate caliente y churros, para volver a decirme que todo iba a estar bien, que lo había hecho lo mejor que pude y que debía prepararme para lo que sucedería con Natalya. E imaginé también su sorpresa al entrar al dormitorio y encontrar la cama intacta, sin rastros de mi persona y mis cosas personales dentro de esas cuatro paredes.

Medianoche. Revisé mi mochila: cargador del teléfono y del computador, laptop, baterías extras, la llave del Corredor y «el robin» puesto encima de la camiseta. Mi corazón latía como un tren a punto de descarrilarse, pero ya no podía dar vuelta atrás. No podía volver a fallarle a Natalya. Le había prometido que podía contar conmigo y lo iba a cumplir. Además, la necesitaba.

Ingresé a la capilla de la Cogullada y corrí con sigilo hasta el fondo, detrás del altar, donde estaban las puertas antiguas. Cogí la llave y la metí en una de las cerraduras. Si mal no recordaba, la puerta a Urquhart era la cuarta a la derecha, a no más de diez minutos de caminata a tranco rápido. No me equivoqué.

La diferencia horaria era poca y en el castillo escocés todos dormían. Bueno, casi todos, porque la anciana serpiente marina —que había hecho famoso al monstruo del lago Ness en cientos de fotografías desenfocadas— estaba chapoteando en la bahía que se extendía al poniente de la fortaleza, en dirección al cercano pueblo de Drumnadrochit.

Recordaba el camino a los reclusorios, ubicados en la parte baja de la torre mayor del castillo. Y también recordaba a los duendes escoceses que hablaban en gaélico y que custodiaban a Natalya. Ambos dormían a pata suelta, enrollados en el suelo, como gatos. El de la derecha roncaba, el de la izquierda silbaba.

—Buenas noches —saludé.

Ambos duendes se pusieron de pie. El de la derecha aún dormitaba.

—Señor abogado —saludó en mi idioma el de la barba más tupida, que era el que silbaba—. ¿Qué hace por acá?

—Traigo una carta para la condenada. Sus padres —mentí— me encargaron que se la entregara personalmente.

—El señor McIntosh no nos informó nada. Además, es muy tarde —reaccionó el de barba menos tupida.

—Ya hablé con él —seguí mintiendo.

—Debemos preguntar al señor McIntosh —continuó el duende que roncaba—. Puk, ¿puedes ir a informarle?

Solo un duende escocés podía llamarse Puk.

—¿A esta hora? Al señor McIntosh no le gusta que lo despierten —respondió Puk.

—Es importante —acotó el que no se llamaba Puk.

—Mire, vayan a preguntarle, pero yo no tengo mucho tiempo, estoy viendo un caso de una mujer araña —inventé mientras hablaba—. Será solo entrar y entregarle la carta. Mientras uno de ustedes acude donde el señor McIntosh, yo hablo con mi cliente.

—Mmmm... —pensó el que no se llamaba Puk en voz alta—. Está bien —dijo de inmediato y sacó su llavero.

Mientras abría la puerta, le ordenó a Puk que corriera donde el monstruo del Ness. Con suerte, y calculando las dimensiones del castillo, tenía diez minutos. Insisto, con suerte.

Natalya estaba despierta, mirando por la ventana hacia el lago. Llevaba la misma ropa negra que usó durante el juicio.

—¿Qué haces acá a esta hora? —me preguntó sorprendida

—Te traje algo —le mentí, mientras le indicaba con mi mano derecha que esperara a que el duende cerrara la puerta—. Ponte algo más cómodo, tenemos diez minutos para ir al Corredor.

—¿Qué haces, Max?

—Confía en mí.

Arqueó sus cejas y me pidió que me volteara. Mientras se cambiaba, abrí mi mochila y agarré el teléfono. Busqué el reproductor de música.

—Lista —me dijo. Se había puesto la camiseta de Joy Division de la noche previa a lo del juzgado, la chaqueta de la bandera inglesa, y pantalones de mezclilla negra.

Le mostré el celular. Ella levantó los hombros.

—Cómo vencer a un duende: armé una lista de sonidos agudos en Spotify —sonreí—. Le pedí a un amigo, que sabe harto de música, que me ayudara con una selección de las mejores notas altas en guitarra eléctrica.

—Déjame ver eso —me quitó el teléfono y revisó—: Queen, Slayer, Jimi Hendrix, Rage Against the Machine, Yngwie Malmsteen, Guns´n Roses. Sí —sonrió—, puede funcionar. Tu amigo tiene buen gusto.

Yo no conocía ninguno de los nombres que mi amigo enlistó y que ella leyó.

—¿Preparada?

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Asentí. Ella respondió mi gesto.

Golpeé la puerta del reclusorio y le pedí al duende que no se llamaba Puk que me dejara salir, que ya estaba listo.

Los seguros de la puerta corrieron y el pequeño ser de madera escocesa apareció bajo el umbral.

—Adelante, señor, Puk aún no... —pero no alcanzó a terminar.

Presioné play en el teléfono y una nota aguda en una guitarra eléctrica sonó fuerte por el pasillo, retumbando en las piedras de más de ochocientos años de antigüedad. Y funcionó. El duende cayó desplomado, inconsciente.

—Espero no haberlo matado —comenté.

—No, pero lo dejaste en coma —sonrió la vampira, luego acotó—: Por un buen rato. ¿Preparado? —me miró fijo.

Le contesté cubriendo mi cabeza con la capucha, ella ya sabía que era mi armadura de batalla.

No llevábamos ni tres minutos saltando los escalones de los túneles, torres y galerías del castillo de Urquhart, cuando la alarma comenzó a chillar a todo lo ancho y alto de la vieja fortaleza.

—¡Por acá! —la llevé a través de un puente que cruzaba entre las dos naves del castillo.

—Conoces bien el lugar.

—Google —expliqué—; bajé los planos y los memoricé, soy nerd.

—Me sorprendes, Max Urdemales.

(Me gustó eso).

Dos sombras oscuras se dejaron caer hacia la puerta por donde habíamos salido al viaducto. Grandes, gruesas y con orejas puntiagudas.

—Guardias lobo.

Miré con atención, efectivamente eran dos licántropos negros.

—¡Allá están! —escuché gritar a la voz aguda de un duende. Era Puk, que apareció encaramado a la grupa de uno de los licántropos.

—¡Suficiente, señor Urdemales! —bramó una voz enfrente, mientras un largo cuello terminado en una pequeña cabeza de reptil nos cortaba el paso. Era el propio McIntosh, en su modo plesiosaurio, quien se había levantado por nosotros.

Un par de monstruos idénticos a Nessie bajaron arrastrándose como babosas gigantes por las paredes del castillo, entretanto los tentáculos de un kraken colosal se descolgaron hacia nosotros.

—No soporto a los pulpos gigantes —comentó Natalya, a la vez que me sujetó fuerte con ambas manos—. ¡No te vayas a soltar! —dijo luego, y se dejó caer, abriendo sus grandes alas de murciélago para planear rápido y en círculos sobre las estancias y almenaras del castillo de Urquhart.

—¡Deténganlos! —silbó el monstruo del Ness, en tanto el kraken disparaba sus tentáculos más largos en contra nuestra. Pero Natalya era más hábil en el aire y empezó a girar rápido, haciendo que los largos brazos con ventosas del descomunal cefalópodo se enredaran en la forma de un tirabuzón.

—Me estoy mareando —le dije.

—No exageres, llorón —me respondió—. ¿Dónde está la puerta?

—En esa almenara —le apunté.

Cuando tocamos tierra habíamos logrado suficiente ventaja como para no preocuparnos de nuestros perseguidores. Agarré la mano derecha de Natalya y la arrastré al interior de esa sección del castillo, hasta la vieja puerta con cruceros desde la cual había llegado hacía poco más de un cuarto de hora. Entramos al Corredor y lo cerramos por dentro. Al fin estábamos a salvo, sanos y sin un rasguño.

Natalya plegó sus alas y respiró entrecortado, bajando las revoluciones hasta llegar a lo más parecido a la calma, si es que acaso eso era posible.

—Ahora quiero que me expliques todo.

Estaba en su derecho.

Traté de ser lo más claro, en el mínimo tiempo.

—Te prometí que podías contar conmigo.

—No me jodas.

—Vale —con ella la poesía mala no funcionaba—. Después de tu juicio, me encontré con Gabriel y Miguel, las dos águilas de la Fuente que... —y comencé a contarle lo sucedido. Siete minutos y medio después, ella lo único que dijo fue:

—«En la manzana busca el camino alternativo...».

—Eso me dijeron ellos.

—Es la clave de todo, Max. ¿Traes tu computador?

—Y mi teléfono, que es un smartphone.

—Perfecto. Acá no podemos conectarnos, pero sé dónde. Ven —se adelantó, corriendo hacia el interior del Corredor.

—¿Dónde vas?

—Donde comenzó todo. Y apúrate, que en cosa de minutos tendremos a toda la Penúmblica detrás nuestro.

—¿La Penúmblica?

—La policía de la Penumbra.

—¡Policía de la Penumbra!

—Sí, la Penúmblica, así le decimos. Y son despiadados con los fugitivos. Además, odian a los Tercer Nacidos —me apuntó con uno de sus dedos terminados en garra—. ¿Que no leíste los libros de derecho sobrenatural?

—Los primeros capítulos —justifiqué—; y no decían nada de ninguna policía de la Penumbra —me detuve—: ¿Dónde vamos?

—Paciencia.

Me llevó hasta una puerta que quedaba a veintitrés minutos hacia el interior del Corredor. Reconocí el cruce de la estructura de madera y hierro fundido, la primera puerta por la cual había ingresado al pasillo de los monstruos.

—¿Estás segura?

—Necesito recoger mi motocicleta —se justificó, mientras yo abría la puerta e ingresábamos a la capilla lateral de la gran basílica de Nuestra Señora del Pilar—. Existen dos buenas razones para desembarcar por acá. La primera: esto es terreno consagrado, por lo que estamos a salvo; y la segunda, en Zaragoza hay wi-fi gratis en las calles. Ahora acompáñame por mi amiga de dos ruedas.

La Vespa Sprint roja de Natalya estaba en el mismo lugar donde la habíamos dejado, en una callejuela en el corazón del barrio histórico. Una cadena de la autoridad urbana local la mantenía sujeta a un poste.

—Pensé que te la podían haber robado.

—Imposible, si algo bueno tiene España, y sobre todo la Comunidad Autónoma de Aragón, es que acá nadie roba autos ni motocicletas. Las mantienen sin mover hasta que regresa el dueño. Claro, con estas cadenas para cobrarte una multa, pero nada demasiado complicado cuando se tiene fuerza de vampiro.

—¿Y cuánto es eso? —le pregunté, mientras ella cogía la cadena.

—Veinte hombres grandes, ¿que no leíste Drácula?

—Ya te dije, hasta antes de conocerte me daban miedo los vampiros.

—Deberías leerlo. No es muy preciso con la realidad, pero es un muy buen libro, uno de los mejores de la literatura universal.

De un tirón cortó la cadena, que arrojó en dirección a un basurero público cercano. Pensé en Superman... no, mentira, en la Mujer Maravilla, la princesa Diana de Themyscira.

—Estamos bien de combustible —revisó—; y salvo lo sucia, no se ve en mal estado. Déjame encender el motor —lo hizo—, y no hagas ruido —no lo hice.

—Sube.

—¿Dónde vamos?

—De regreso a la basílica del Pilar, Maximiliano —debía ser segunda o tercera vez que me llamaba así—. Recuerda que solo estamos a salvo en terreno consagrado.

Me trepé agarrado a su espalda, y ella condujo por las solitarias y nocturnas calles de piedra del barrio viejo de Zaragoza, hasta el pórtico del templo.

—¿No vamos a entrar?

—Antes tenemos que ver lo de la manzana y el camino alternativo. ¿Cómo era la frase exacta? —me preguntó.

—«En la manzana busca el camino alternativo» —memoricé.

—Soy buena para las adivinanzas —me contó—; de niña solía juntarme con una Esfinge griega que me enseñó todo lo que sabía de acertijos. Son buenas en ese arte.

—Lo sé —no quise decirle que en la escuela me habían hecho leer Edipo Rey y lo había odiado.

—«En la manzana...» —subrayó—, dice «en», es decir, en un lugar, es una indicación geográfica. ¿A qué lugar en la tierra le dicen manzana? —me miró.

—¡Nueva York! —fui rápido—; la Gran Manzana.

—Te podría dar un beso —sonrió. Yo me ruboricé, pero ella no se dio cuenta.

—Luego indica qué es lo que hay que buscar en la manzana, o sea, en Nueva York —siguió ella—: ir tras «el camino alternativo». ¿Me prestas tu computador?

Abrí la mochila y le pasé el laptop. Ella lo abrió, entró el buscador de Google y escribió «camino alternativo sinónimos»; al acto presionó enter.

—¡¡Gol!! —exclamó de inmediato. En verdad dijo algo en ruso que no entendí, pero «gol» funciona, es una palabra más universal y ejemplifica lo mismo.

—¿Qué encontraste? —le pregunté.

—«Camino alternativo» es igual a «corriente alterna». O sea, lo que las águilas quisieron decirte es que en Nueva York buscarás la corriente alterna.

—¿Y eso qué significa?

—Tesla —sus ojos brillaron—; Nikola Tesla.

—¿Qué tiene que ver Tesla con esto? —le pregunté—. El genio que inventó la corriente eléctrica alterna, que quería dar electricidad gratis a todos, y a quien Edison estafó —fui recordando, para que supiera que sabía de qué estaba hablando—. También teorizó sobre los campos magnéticos y dicen que inventó un rayo de la muerte.

—Lo hizo —corrigió Natalya—; obligado, pero lo hizo.

—Murió hace como cien años...

—Cómo va a haber muerto —torció ella—; Tesla es un genio polaco, un djinn, viven más de dos mil años —traté de que no notara mi sorpresa—. Se retiró, pero no está muerto. Se esfumó después de lo del rayo de la muerte y tras darse cuenta de que tu gente era obligada a pagar por algo que él quería entregar gratis.

—¿Electricidad?

—Exacto. ¿Qué? —me clavó sus ojos amarillos de gato—. ¿En serio pensaste que un Tercer Nacido iba a poder inventar todos esos prodigios? Te tengo una triste verdad, amigo mío: la mayoría de las personas que tú llamas genios son djinn. Tesla es uno.

—¿Leonardo da Vinci?

—Obvio.

—¿Stephen Hawkins?

—Muy obvio. Y lo de la silla de ruedas y la enfermedad... Primer Mandamiento —arrugó su frente—. ¿Conoces Nueva York? —me preguntó luego.

—Solo en las películas.

—Yo la conozco bien, te va a gustar. Ayúdame con la moto.

—¿Vamos a entrar con la Vespa al Corredor?

—Por supuesto, Nueva York es grande y no tenemos dinero para taxis.

14

Buscando al genio de la lámpara

El sol asomó por el horizonte y despuntó sobre los edificios que rodeaban las estructuras clásicas de la Universidad de Columbia. Pensé en que a esa hora, tanto mi abuelo como mi tía (y la mitad de todos los Híbridos del mundo) ya se habrían enterado de nuestra fuga. Imaginé a la Penúmblica buscando a través del Corredor, cercando el monasterio de la Cogullada y yendo a mi propia ciudad, donde todo esto comenzó, aquel día en que logré pegarle a Pascual Arancibia. ¿Qué será de mis amigos? ¿De Federico Guarda; del propio Pascual?

—¿Listo? —me preguntó Natalya desde una grieta en el muro de la universidad, donde se había ocultado.

—Sí, ya pasó —le indiqué, mientras los primeros rayos de sol se convertían en mañana—; además hay nubes, no tendrás problemas.

—Perfecto —dijo, al mismo tiempo que salía de su escondite y se amarraba el cabello. Hacía días que no la veía en su modo... en su modo humano. Se veía bonita, aunque le resultaba imposible disimular un dejo de preocupación en su mirada. Las cosas no estaban bien, aunque nos esforzáramos por creer lo contrario.

Era muy cierto aquello que dicen de que Nueva York es la ciudad que nunca duerme. En la media hora que llevábamos en la Gran Manzana todo era ruido, autos y gente que caminaba con cafés en la mano, y eso que apenas acababa de amanecer.

—No tenemos tiempo de turistar, Max. Debemos ir rápido por Tesla.

—¿Tú sabes dónde está?

—Esperemos que en el mismo lugar donde estaba la última vez que supe de él. En terreno consagrado —arqueó sus cejas y arrugó la frente.

—¿Lo conoces?

—Era amigo de mi padre. Ven —me indicó—, hay que sacar la motocicleta.

Nos asomamos a la calle 116 y de ahí seguimos hacia el este hasta Morningside, por donde bajamos hacia el sur, siempre esquivando autos y buses, en un tráfico que ya se hacía sentir infernal. Luego, cogimos por la Quinta Avenida al sur, a lo largo de todo el parque.

—Prometo alguna vez traerte a conocer Nueva York —me dijo Natalya, al notar la cara de pez fuera del agua con la cual yo observaba los edificios del Museo Metropolitano y los rascacielos del midtown que se nos venían encima.

-Al cruzar la Quinta Avenida con la 52, Natalya me indicó que viera al frente.

—El Rockefeller Center —comenté, reconociendo la inmensa mole que se alzaba frente a nosotros. A lo lejos apareció la torre en forma de botella de champaña del Empire State.

—Al otro lado de la calle del Rockefeller —me corrigió.

Entre los edificios gigantescos, justo en la vereda contraria de la escultura del Atlas del Rockefeller Center, apareció una hermosa iglesia gótica, con detalles en mármol muy blanco y dos torres como agujas que trataban de elevarse en un cielo dominado por concreto y cristal.

—La catedral de San Patricio —identificó ella, estacionándose frente al templo.

—¿Acá vive Tesla?

—Eso espero, antes habitaba en una de las torres. Tiene un trato con el presbítero a cargo, similar al de la tía Eduvigis con las monjas de la Cogullada. Ven, entremos.

—¿Está abierto tan temprano?

—Es la gracia de Saint Patrick: nunca cierra.

Era cierto. Dentro de la enorme nave central de la catedral, que era el corazón de la arquidiócesis de Nueva York, había gente rezando. También prendiéndole velas a imágenes de santos y vírgenes. El edificio era viejo y noté que por las alas que corrían junto a la bóveda principal había varias puertas antiguas con cruceros de metal fundido.

—Podríamos haber entrado a la ciudad por acá.

—No es tan fácil, tonto. El Corredor es una entidad viva. La llave lo activa, te lleva donde quieras, pero no a un lugar exacto, a menos que alguien te convoque desde el otro lado.

—¿Como cuando llamamos al abuelo y a la tía en la basílica del Pilar cuando nos atacó Noé?

—Exactamente. ¿No te explicaron cómo funcionaba?

—No —era cierto—. El abuelo solo me pasó la llave.

—Contigo todo va a ser muy largo, lo presiento. Vamos por allá —me indicó una escalera que subía en espiral por un costado del pórtico de la catedral—. Por acá llegamos a la torre donde vive Tesla.

A medida que ascendíamos, Natalya fue regresando a su modo Híbrido, dejando que sus rasgos humanos se fueran para ser reemplazados por los de vampiro. Y así, con sus alas de murciélago, sus garras delicadas y sus orejas puntiagudas, parecía una más de las gárgolas del templo terminado de construir en 1865 en pleno corazón de Manhattan. La iglesia alguna vez fue el edificio más alto de la ciudad, pero hoy sus agujas resultaban ridículas a la sombra de los colosos que la rodeaban.

—¿Cuánto mide esto? Parece que no vamos a llegar nunca —reclamé.

—Solo cien metros, no te quejes. Espera a que tengas que subir a la Gran Pirámide de Guiza. Ahí ni siquiera hay escaleras.

—¿Tú me puedes llevar?

—Aún no nos libramos de esta y hablas de que te lleve. Te recuerdo que me queda un día de vida.

—Hace un rato me hablaste de volver a Nueva York como turistas —ella sonrió—. Además, estamos en territorio consagrado.

—Esperemos que así sea —se detuvo—. Mira —indicó—, ya llegamos a lo más alto.

Sobre la cúpula de la torre derecha de la catedral de San Patricio, por encima de las campanas, se abría una especie de mirador desde el cual se lograba una amplia vista de la ciudad. Hacia el oriente, el puente de Queensboro, el edificio de la ONU y la aguja plateada del Chrysler Building con sus gárgolas en forma de águila. Al norte, rascacielos que no eran tan famosos; al sur, todo resultaba dominado por el Empire State Building, y mucho más allá, la torre solitaria del nuevo World Trade Center. Al poniente, la placa de ochenta pisos del Rockefeller Center, llamado ahora edificio General Electric.

—¿Sabías que la antena del Empire State fue pensada originalmente como muelle de amarre para zepelines? —le conté a Natalya.

—Eres tan nerd, Max.

—No, leo, que es muy distinto a ser nerd... ¿Y dónde está Tesla? —pronuncié en voz alta.

—Se suponía que debía de estar aquí —contestó ella.

—Y aquí estoy —dijo una voz profunda que hacía un eco extraño, como si estuviese dentro de un objeto cóncavo.

—¿Dónde? —saltó la vampira.

—Oh, ya te reconozco, eres la hija de Mikhail Strogoff. Estás muy grande...

—¿Eres la hija de Miguel Strogoff?! —reaccioné yo, sorprendido. No, más que eso, golpeado por un puñetazo directo.

—Después, Max, ahora vamos con Tesla —dirigió su voz hacia lo alto—. No lo vemos, señor —gritó.

—Soy un genio, un djinn, Natalya, ¿dónde se supone que vive un genio?

—Por supuesto —exclamó mi amiga.

—¿Dónde? —repetí yo.

—Aladino, Max —acentuó Natalya—. ¿Aladino y la...?

—Lámpara maravillosa —completé la oración.

Y ambos levantamos la cabeza al mismo tiempo. Por encima, sujeta contra una de las vigas de la cúpula de la torre, colgaba una pequeña lámpara de plata, exactamente igual a como estoy seguro ustedes se imaginan la lámpara de Aladino.

Natalya dio un brinco y recogió el objeto.

—Supongo que hay que hacer esto —dijo, mientras frotaba la lámpara.

Levanté los hombros.

Y efectivamente era lo que había que hacer.

Al momento de terminar de frotar, la tapa de la lámpara se abrió y una neblina azul muy brillante salió del interior, la cual cayó al piso como si tuviera peso. Luego la neblina formó la silueta de una pequeña criatura ligeramente parecida a una persona, pero completamente calva y desnuda, de piel azul, ojos almendrados y manos terminadas en dedos muy largos. Exactamente igual a los extraterrestres (según la gente que dice que ha sido abducida).

—¿¿Quién es este Tercer Nacido?? —fue lo primero que dijo el genio al materializarse. Luego flotó hacia mí, porque no caminaba.

—Es... es... —tartamudeó Natalya—, es Max Urdemales, el hijo de Pedro Urdemales.

—¿Así que tú eres el nuevo abogado de monstruos? —me habló, y al hacerlo noté que lo hacía sin mover los labios.

—Sí, señor.

—Bien, ya me estaba preocupando, pensé que había violado el Primer Mandamiento.

—Bueno... —estiró Natalya.

—¿Qué es eso de bueno? —preguntó Tesla, pero no la dejó contestar—. A propósito, ¿cómo está tu padre?

Recordé que el papá de Natalya era Miguel Strogoff, el personaje de Julio Verne. Tenía que contarme esa historia.

—Bien, es decir no lo sé, no lo veo mucho. Hace años que vivo con mi custodia.

—Vampiros y sus custodios. Como sea, ¿qué los trae por aquí?

—Parece que no todas las noticias vuelan... —dijo ella.

—¿Qué noticias?

—Soy fugitiva, señor Tesla.

—¿Fugitiva de qué?

Nos miramos con Natalya, le indiqué que continuara.

—Falté al Primer Mandamiento y me condenaron a muerte por poner en peligro la seguridad de la Penumbra. Se supone que mañana, a esta hora, estaré convertida en ceniza.

—Y... Y... ¿¿Y qué haces acá?? —Tesla estaba nervioso; para ser un genio le costaba entender los asuntos más simples (si es que simple es el asunto en el que estábamos metidos). Después sabría que una de las características de los djinn es que carecen de empatía. Son expertos en sus áreas de conocimiento, nadie es más creativo e inteligente que ellos, pero sobre todo, siempre hacen lo correcto.

—Max, él —me indicó— cree que aún puede ayudarme. Y al parecer una pieza importante en este plan es usted, señor Tesla.

—«En la manzana busca el camino alternativo» —dije.

—¿¿Quién te dijo eso?! —se exaltó el genio mientras volvía a flotar hacia mí y me clavaba sus ojos oscuros y almendrados. Daba miedo, hartó. Su rostro no era amenazante, pero sí inquietante, lo que era mucho más complejo.

Opté por no responder a su pregunta.

—Natalya faltó al Primer Mandamiento para defenderme de un ataque de Noé.

—¿Qué tiene que ver ese Primer Nacido? —su voz se hizo lenta.

—No solo nos atacó en Zaragoza, también denunció a Natalya y lideró el proceso judicial en su contra.

—Por supuesto —murmuró Tesla.

—Después del juicio —seguí—, cuando ya daba todo por perdido, Gabriel y Miguel...

No alcancé a terminar.

—Esas águilas entrometidas —interrumpió el genio—. Pero esos pájaros tienen razón. Si es lo que yo pienso, los puedo ayudar. Soy el único que puede. Noé muy hijo directo de la Fuente será, pero es un maldito mentiroso, el peor de todos.

15

Derecho a apelación

Espero tenga muy claro cuál es el precio de su falta, señor Urdemales. No solo trató de impedir el cumplimiento de una condena, sino que ayudó en la fuga de la condenada», habló el honorable juez Ezequiel de Tishbe, y su voz retumbó como trueno en el vacío hemisferio del Alto Tribunal. Ni un solo rumor, ni un solo murmullo, ni una sola ola de comentarios pasando de un lado a otro del semicírculo de la corte. Solo dos culpables, un asistente de la defensa oficiando de defensor (Julián); el fiscal cabeza de tigre, Daniel Samarcanda; el acusador, Noé; los seis fantasmas del jurado y el regidor de cuatro cabezas y cuatro alas. Bueno, también estaban el señor McIntosh junto a los dos duendes del castillo, un par de hombres lobo guardianes y la tía Eduviges con el abuelo Tito. Además de Mifune, el vampiro japonés, capitán de la Policía Penumbra y su grupo de soldados minotauro...

Lo siento, creo que me adelanté un poco.

Retrocedamos algunas horas.

Rewind.

Stop.

Play.

Otra vez en Nueva York, en lo alto de una de las torres de la catedral de San Patricio.

—¿¡Qué haces!?! —me preguntó Natalya cuando me vio tapar la lámpara de Tesla y guardarla dentro de mi mochila, junto al computador portátil.

—Necesitamos un testigo. Una cosa es lo que el djinn nos confesó y otra es que nos crean.

—¡No te lo puedes llevar sin su permiso!

—Pero si lo vamos a regresar.

—Por la Fuente, Max, ni siquiera le preguntaste.

—Obvio que nos iba a decir que no.

—Claro que nos iba a decir que no. ¡Te va a odiar! No te imaginas lo que es un djinn enojado, más cuando lo encierras en su propia lámpara.

—Sí, me va a odiar. Pero tenemos dos cosas a favor. La primera es que era amigo de mi padre.

—Y del mío.

—Y del tuyo —repetí—. La segunda cosa a favor es que odia a Noé —ella volvió a respirar—. A propósito de tu padre —insistí—, no he olvidado que él es Miguel Strogoff.

—Mikhail Stroggof —me corrigió ella.

—Es lo mismo, oficial de correos del zar.

—Más que el oficial de correos, créeme. Mucho más.

—Entonces existió...

—¿Julio Verne? —dijo ella y luego apuntó a mi mochila, agregando una mueca a su acción.

—Un genio de lámpara, como Tesla —inferí rápido (hasta yo me sorprendí).

—¿Y qué esperabas? ¿Esa genialidad en un Tercer Nacido? Sueña, sueña dos veces. Entonces —me miró—, ¿regresamos a la Cogullada?

—No, debemos entregarnos.

Natalya volvió a arrugar su boca y añadió un regaño apretando sus dientes, pero me concedió que yo tenía razón. Si seguíamos huyendo, todo se iría al carajo. Bajamos de lo alto de la torre hasta la nave central del templo. Luego, aprovechando que había muy poca gente al interior de San Patricio, llevé a mi compañera hasta la galería con puertas antiguas y cruceros de fierro.

—Tu moto se va a quedar en Manhattan —le dije.

—Lo tengo claro. También que ahora sí que no la voy a volver a ver.

—Ojalá nos escuchen del otro lado —le dije a mi amiga, cambiando de tema. Ella otra vez arrugó un gesto, era muy suyo ese detalle.

Miré que no hubiese nadie cerca y con fuerza toqué tres veces una de las puertas. Minuto y medio después conocimos a Mifune (y lo digo en plural, porque Natalya tampoco lo había visto antes), un vampiro de ciento cincuenta años de edad que operaba como oficial jefe de la Penúmblica. El capitán —ese era su rango— salió del Corredor junto a tres de sus agentes de seguridad, minotauros todos, que al aparecer en el templo católico de Nueva York adquirieron la forma de unos enormes tipos parecidos a soldados de infantería.

—Señor Maximiliano Urdemales y señorita Natalya Strogoff —dictó Mifune—, están detenidos por rebelión contra el sistema judicial y penitenciario de la Penumbra, cualquier intento de resistirse será tomado en su contra durante el proceso judicial. Ahora, si pueden acompañarme...

—Vamos con usted —le dije.

—Me gusta esto de que ahora ni siquiera le tengas miedo a un vampiro policía —me habló Natalya en voz baja.

Dentro del Corredor, mi compañera y el capitán penúmbrico regresaron a sus modos híbridos, con alas, garras y dientes puntiagudos. Los agentes simplemente cambiaron sus cabezas humanas por cabezas de toro, pero más chicas y menos majestuosas que la cara trasera de Ezequiel, a quien volveríamos a ver en pocos minutos.

Nos llevaron directo a Tunguska, a los túneles y bóvedas subterráneas de la sede del Alto Tribunal. Mifune era silencioso, pero amable, imagino que en esta disposición ayudó mucho que no intentáramos resistirnos.

—Esperen acá —el capitán vampiro nos dejó a cargo de los guardias lobo de la corte—; el señor Ezequiel y el resto de los convocados ya están en camino. —Luego cerró la puerta.

—Al menos no me quitaron mi mochila —dije cuando nos quedamos solos con Natalya.

—Los Híbridos valoramos las propiedades personales, nunca te van a quitar algo que lleves. Además para qué, no hay cómo amenazar a las autoridades de la Penumbra. Acá no es llegar y sacar una arma —curvó las cejas—. De todas maneras no digas nada, que en una de esas te escuchan y te la requisan.

—Eso es cierto —le respondí, mientras revisaba que la lámpara del genio siguiera en su lugar. Para asegurarme la guardé en el bolsillo más grande de «el robin», el que iba por dentro del polerón. Me puse de pie y caminé hasta la puerta del reclusorio. Se podía oler ese aroma fuerte, como a almizcle, de los licántropos.

—Odio estar encerrado —comenté.

—Es primera vez que te detienen, ¿cierto? —sonrió Natalya.

Asentí con un murmullo.

—Bienvenido a mi mundo.

—¿Cuántas veces te han detenido?

Hizo un gesto de infinita cantidad, moviendo repetidamente sus dedos terminados en garras.

—Soy una vampiresa problemática —agregó, luego bajando el tono de su voz—: ¿Max? —la miré—, ¿no tienes hambre, no has comido nada?

—Un chocolate y una botella de agua en la Universidad de Columbia —le respondí—. Con eso me basta, además lo que menos tengo es apetito. Un momento —deduje—, la que tiene hambre eres tú...

Otra vez una mueca.

—Está bien —le dije y me levanté la manga del brazo izquierdo—, pero que no duela.

—Eres un sol.

—Un sol que no te mata, con perdón.

—Está bien.

Esta vez me fijé cómo el aguijón de su lengua era disparado a una velocidad supersónica contra mi antebrazo. Como tiene una solución sedante en la punta no sentí nada, apenas un rasguño.

—¡¡Guauu!! —exclamé.

—Gracias, lo necesitaba.

—¿Estás segura de que con eso basta?

—Segura. Somos criaturas muy avanzadas, no como ustedes que necesitan una tonelada de alimento para sobrevivir —me respondió ella, saboreándose—. A propósito: aún eres demasiado dulce para mi gusto.

Le hice un gesto con mis cejas.

La puerta se abrió y Mifune regresó por nosotros junto a dos de sus agentes toro.

—El tribunal está reunido, deben acompañarme.

Pensé que iban a ser los treinta metros más largos de mi vida, pero el trayecto del reclusorio al hemiciclo de la corte se me hizo sorprendentemente corto. Estaba nervioso, pero no como durante el juicio pasado. Ahora no había náuseas ni ganas de vomitar.

Natalya me tomó de las manos.

—¿Estás consciente de lo que vamos a hacer? —me dijo.

—Sí —fui categórico—, lo estoy.

—Se trata de un Primer Nacido, uno de los trece hijos originales de la Fuente.

—Lo tengo claro.

—Nadie ha hecho esto antes.

—Por lo mismo, va a resultar —le guiñé un ojo. Luego dije en voz alta a Mifune—: Necesito pasar al baño, capitán. Será solo un segundo. Es derecho de un condenado —exageré.

El vampiro nipón le hizo un gesto a uno de los minotauros, quien me acompañó al baño. Me encerré en una caseta y saqué la lámpara del djinn del bolsillo interior de «el robin», soltando un poco la tapa para que todo resultara más fácil dentro de unos minutos. En el interior escuché cómo Telsa saltaba, furioso y con ganas de liberarse.

—Aún no —murmuré en voz baja—. Y entiendo que estés enojado —regresé la lámpara dentro del polerón. Luego aproveché de orinar, eso nunca está de más.

Mifune abrió la puerta del salón principal de la corte, donde nos aguardan las personas — bueno, los monstruos o Híbridos— que enuncié al inicio del capítulo (si no los recuerdan vuelvan a revisar, aunque tampoco es tan importante porque en los siguientes párrafos va a aparecer cada uno de ellos).

—Imagino que tiene clara su condena —dijo el juez Ezequiel, mirándome con los ojos ardientes de su rostro humano.

—Sí —dudé—, es decir, no...

—No tenemos jurisdicción sobre los Tercer Nacidos —continuó Ezequiel—, pero lo exiliaremos para siempre de la Penumbra. Deberá entregar la llave del Corredor y despedirse de cada uno de sus cercanos —miré a la tía y al abuelo—. Su nombre y apellido, así como el de su padre, serán borrados de todos los registros. Los Urdemales pasarán al olvido como traidores y dejarán de existir para nosotros. Es nuestra manera de condenarlo a muerte, señor abogado.

Miré a Natalya y sé que ambos pensamos lo mismo: el plan de Noé. Volteamos hacia el traidor, el Primer Nacido del Diluvio universal, quien observaba y escuchaba complacido, sentado junto al fiscal.

—Respecto a usted, señorita Strogoff, la corte y el jurado —miró a los fantasmas; la mujer descabezada llevaba ahora la cabeza de un gato sobre el cuello— han examinado el testimonio del señor McIntosh y los señores Puk y Tuk aquí presentes —supe al fin el nombre del otro duende carcelero— y han concluido que si bien usted no planeó su huida, sí ayudó en esta, causando un desastre de medianas proporciones en el castillo de Urquhart. Empero, como ya fue condenada por esta misma corte, se proseguirá a cumplir con la orden tal como fue escrita, y mañana durante el alba usted será expuesta al primer rayo de sol. ¿La defensa tiene algo que agregar? —miró a Julián.

El duende patagónico bajó la mirada y negó con su cabeza forestal. Luego miró hacia nosotros y repitió el gesto.

Comencé a contar mentalmente en forma regresiva: diez, nueve, ocho...

—Bien, entonces si no hay nada más, y agradeciendo lo corto del proceso, esta corte...

Siete, seis, cinco...

—... da por finalizado el proceso contra la señorita Strogoff y el señor Urdemales...

Cuatro, tres...

—... guardias, por favor, regresen a los prisioneros al reclusorio.

Dos, uno.

—Su excelencia —me levanté, y todos los presentes me quedaron mirando. Tragué saliva y no perdí el impulso—; aunque la sentencia ya fue ordenada y de acuerdo a sus palabras es inapelable, creo es necesario por la salud y seguridad de este tribunal, exponer antecedentes de última hora que acá, mi cliente y yo, averiguamos durante nuestro breve escape.

—¡Objeción! —gritó Daniel—, la corte ha hablado.

—El último deseo de un condenado es una de las máximas de la ley de la Penumbra —respondí—. Undécimo mandamiento... bueno, según libre interpretación de este.

—No estamos acá para libres interpretaciones —insistió el fiscal.

—Eso es objetable —nos defendió Julián—. Y la condenada tiene derecho a un último deseo.

Ezequiel giró su cabeza a su rostro de águila y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Señorita? —miró a mi amiga.

—Mi último deseo es que mi abogado termine su exposición —solicitó ella.

Ezequiel hizo el gesto de que podía continuar.

—Créame —habló— que solo voy a escucharlo por el aprecio que llegué a tenerle a su padre, señor Urdemales.

Tragué saliva nuevamente y verifiqué que dentro del bolsillo de «el robin» siguiera la lámpara del djinn o genio. Recordé una conversación con mi abuelo, cuando recién entré a la escuela básica, en la que me aconsejó que cuando tuviera que hablar en público y me sintiera nervioso, tocara un objeto que me diera confianza; algo precisamente como esa lámpara.

Gracias, abuelo.

—Señores del jurado —comencé, tratando de parecer lo más flemático posible—; con la señorita Strogoff nos declaramos culpables. Sí, culpables —empecé a imitar la manera de hablar de los abogados que había visto en películas y series de TV, subrayando con fuerza

los verbos y sustantivos de cada frase—. Culpables e ingenuos —recalqué— de caer en una trampa tramada desde hace años, siglos quizás, por el señor Noé, Primer Nacido, aquí presente.

Noé se levantó.

—No estamos acá para juegos, niño —dijo.

—Objeción, su señoría, esta es otra falta de respeto a la comunidad de la Penumbra —agregó Daniel—. Capitán Mifune —se atrevió a ordenar. El vampiro policial se aprestó a entrar al centro del hemiciclo.

—Capitán, siga en su lugar —lo detuvo Ezequiel—. Y usted, señor Urdemales, por favor sea breve. Le concedí este espacio como deseo final de su cliente, pero le ruego no abusar del tiempo de los aquí citados.

—Noé —continué—, tras presentarse en mi ciudad de origen bajo la forma de una inesperada y poderosa tormenta, como es su modo de actuar habitual, nos siguió con mi abuelo hasta España. No buscaba, como imaginamos, evitar que llegáramos a Zaragoza y yo me enterara de la identidad de mi padre, sino todo lo contrario; su propósito era apresurar que esto sucediera. Por qué, se preguntará usted —miré a la Gloria de cuatro cabezas—. Por qué, se preguntarán ustedes —giré y miré al resto de los presentes—. Verán, habitantes de la Penumbra, que el objetivo de Noé era precisamente provocar que Natalya o algún otro de mis cercanos, como pudo ser mi abuelo Tito o la tía Eduvigis —volteé hacia ellos— violaran el Primer Mandamiento.

Me sentí rodeado de ojos que no entendían nada.

—Su objetivo —me atreví a desafiar a Noé, mirándolo a los ojos, dándome lo mismo esas gemas rojas que brillaban como sangre— era provocar un juicio corto donde alguien de mi familia —repetí para marcar la idea— fuera condenado a muerte bajo el argumento que más temen los habitantes de la Penumbra: ver afectada su seguridad por falta al Primer Mandamiento. Ustedes —miré a los Híbridos presentes— viven con miedo, es la emoción que los mueve y eso debe cambiar; si no, van a terminar condenando a sus propios hermanos al peor de los destinos, tal como lo hicieron con mi amiga... Perdón —lo dije a propósito—, mi representada.

—Señor Urdemales —habló Ezequiel—, vaya a su punto.

—Noé sabía que yo no me daría por vencido y confiaba que aliados inesperados aparecieran en mi auxilio. La familia Urdemales tiene poderosos amigos en la Penumbra y usted lo sabe, señor juez, usted los conoce.

La tía Eduvigis y el abuelo Tito se veían muy emocionados.

—Lo que buscaba el señor Primer Nacido —otra vez miré a Noé— era precisamente lo que usted acaba de mencionar: borrar los registros de los Urdemales de la memoria colectiva de la Penumbra. Que Pedro Urdemales, abogado defensor de monstruos —pronuncié a propósito la palabra «monstruos»— no exista más. Su cruzada no es contra ella —indicé a Natalya— ni contra mí; esta es una venganza contra mi padre, terminando lo que empezó hace ochocientos años.

—Basta, señor juez —rugió Daniel, con su cabeza de tigre albino. Noé ni siquiera se inmutaba.

Apreté mis puños y recordé el día en que me defendí de Pascual Arancibia. Pero ahora estaba solo, y no percibía eso parecido a un ángel de la guarda que sentí aquella mañana.

Caminé hasta el hacedor de diluvios.

—Causar la muerte de mi padre no le bastó, señor Primer Nacido —lo desafié—, había que borrar todo vestigio de su existencia en este y en todos los mundos.

Noé reaccionó, torciendo una sonrisa.

—¿De qué esta hablando, abogado? Mida sus palabras, su acusación es gravísima —metió su voz Ezequiel.

—Hablo de algo muy simple, su señoría —me dirigí al Segundo Nacido de cuatro cabezas—. Hace ochocientos años mi padre no pactó con el Reverso. De facto —o sea «de hecho», pero en terminología legal— el Primer Nacido maldito, a quien antes la Fuente llamaba Luz, ni siquiera participó de ese engaño... fue Noé, su hermano menor, quien se hizo pasar por él. Su propósito era que un Tercer Nacido con una inteligencia superior al promedio, es decir un pillo... mi padre —subrayé—, se infiltrara en la Penumbra bajo sus órdenes. Adivinaba Noé que las habilidades sociales, empáticas y también mentirosas de Urdemales serían muy útiles para convencerlos a ustedes —los miré— de unirse a su causa. Pretendía gobernarlos y usarlos como su ejército en una nueva guerra contra la Fuente. Su objetivo final era recuperar los atributos que le fueron quitados tras la gran rebelión, levantarse por sobre Luz y el Padre Madre de todo lo creado y ocupar el mayor de los tronos. No contó Noé con que mi padre resultara más astuto y acabara engañándolo con el propio pacto que le obligó a firmar, mucho menos que las águilas de la Fuente se adelantaran a sus planes y le ofrecieran su protección, pensando que se trataba del propio Luz que había regresado. Pero papá no estaba solo aquel día del trato, un sirviente del propio Noé participó de la reunión y cansado de los abusos del Primer Nacido, le confesó a Urdemales que no era Luz quien había ido por él... Mi padre, señores, siempre supo la verdad y estuvo dispuesto a confesarla, mas Noé se las arregló para que ello no ocurriera. Amenazó a los suyos. Sí, abuelo —lo miré—, esa es la verdadera razón por la cual mi padre me entregó a tu cuidado...

—¡Pruebas, pruebas, pruebas! —rugió Daniel.

—Acabo de decirles que Noé y mi padre no estaban solos el día del pacto. Hubo un testigo... Alguien que después también tuvo la protección secreta de las águilas, alguien que de hecho está aquí conmigo —dije, mientras sacaba la lámpara del interior de mi polerón y la frotaba con fuerza.

El señor Tesla salió del interior furioso y me apuntó con sus dedos largos.

—Tú, niño de la... —pero entonces vio a Noé, atrás del círculo central de la corte.

—Tú, tú, malnacido...

Pero Noé no lo dejó terminar. Comenzó a reír y a levantar nubes alrededor suyo.

—Señor Noé, ¿es verdad todo de lo que se le acusa? —ordenó Ezequiel.

—Objeción —volvió a rugir Daniel, pero el propio Noé lo golpeó con su poderoso brazo de Primer Nacido, mandando al fiscal de apellido Samarcanda contra el fondo del hemiciclo, haciéndolo caer sobre los licántropos que se desplomaron con el peso del bravo tigre albino.

—¡Seres inferiores! —comenzó a levantar su voz Noé, entre risas—, basura Segunda, Tercer y Cuarta Nacida. Osan desafiar a alguien que miró a los ojos a la Fuente, ¡yo hago lo que quiero!

—No es tan así —bramó Ezequiel con voz de trueno, mientras desplegaba sus cuatro alas, que pasaron de plumas a una especie de metal orgánico que se encendió en un fuego azul. Dos bolas de fuego de igual color aparecieron en las palmas del Segundo Nacido que precedía la corte sobrenatural—. Por el poder que me fue concedido, queda usted detenido, señor Noé, de los trece hermanos Primer Nacidos.

—Solo eres un títere, Ezequiel de Tishbe —contestó Noé, adquiriendo primero su forma ancestral de tormenta y luego la de un tornado que ascendió veloz y poderoso hacia lo alto de la bóveda, quebrando parte de las losas superiores de esta.

—¡Cuidado! —gritó Natalya, saltando con agilidad felina sobre mí para evitar que un fragmento de la cúpula de piedra me cayera encima.

Luego vino un temblor, un trueno... y la calma.

(Y el susto. Todos los presentes estaban asustados. «Aterrados» es una mejor palabra).

—Es demasiado poderoso, incluso para mí. Además tiene razón: nuestras leyes no pueden aplicarse a alguien de su naturaleza —Ezequiel regresó a su rostro humano y bajó el tono de su voz. Volvió a sus alas emplumadas y apagó el fuego azul de sus palmas. Luego descendió de su lugar y caminó hasta mi lado—. Veo que es un buen hijo de su padre, señor Max Urdemales, abogado de monstruos —y les prometo que sonrió—. Heredó de su

progenitor la vehemencia. Y cierta locura —luego se dirigió a los presentes—. Bueno, señores, en vista de los últimos acontecimientos y a pesar de lo inapelable de la sentencia anterior, es mi decisión revocar las condenas de los señores Urdemales y Strogoff aquí presentes. ¿Señores del jurado?

—Condena y sentencia revocadas. Los acusados son inocentes —habló la fantasma descabezada, que del susto perdió su cabeza de gato.

—¿Señor fiscal? —miró al Segundo Nacido con cabeza de tigre blanco.

—Se acepta la decisión de su señoría —respondió Daniel, aún reponiéndose del golpe de Noé.

El abuelo y la tía se vinieron hacia nosotros y nos abrazaron.

—Estoy orgulloso de ti —dijo el tata. La tía solo lloraba.

—Me sorprendió, señor Urdemales —el duende Julián me estrechó la mano—; será un honor trabajar con usted de aquí en adelante.

—El honor es mío —respondí a su saludo.

Con Natalya miramos a Tesla, que se había escondido de la furia de Noé.

—No crean que soy un cobarde —dijo—, pero hace ochocientos años, cuando trabajaba para él y descubrí lo que pretendía hacer, bueno, digamos que no fue muy amable conmigo —nos enseñó unas cicatrices en su hombro derecho—. Tu padre me escondió de la furia de ese mentiroso señor de tormentas. Bueno, lo cierto es que nos escondimos juntos.

—Gracias, y disculpe por traerlo sin permiso —me excusé.

—Estoy acostumbrado a que abusen de mí. Y no lo digo solo por Noé. Tu gente también lo hizo cuando vivía con ellos —me apuntó—. Ese desgraciado de Thomas Edison —pensó en voz alta—. En fin. Creo que tienes algo que me pertenece.

—Casi lo olvidaba —le devolví su lámpara.

La tomó, y tras despedirse inclinando su cabeza de marciano, se dirigió hacia el capitán Mifune y los toros de la Penúmblica. «¿Alguien de ustedes tiene un paso a través del Corredor a Manhattan?», lo escuchamos preguntar. «Venga conmigo», le habló el vampiro japonés con amabilidad.

—Max —se acercó Natalya—, antes del juicio te dije que el mejor Tercer Nacido que había conocido era Ian Curtis —traté de hacer memoria rápido, era el de esa banda que le gustaba—. Pero no es cierto. Ese mejor humano eres tú... Aunque no tengas idea quién es Joy Division, igual escuchas Muse y no todo está perdido —agregó. Luego me dio un beso en la mejilla.

Me puse rojo como un tomate. Mi abuelo lo notó y me desordenó el cabello.

—Eres un pequeño campeón —me dijo—. Ahora, ¿les parece que regresemos a la Cogullada?

—No hay nada mejor que casa —dijo la tía.

—Eso es de El mago de Oz —reconocí.

—Oz —repitió la vieja quimera—, ¿sabías que así también llaman a la Penumbra?

—Los acompaño —propuso Julián.

—Por supuesto, duende loco, ven con nosotros. Te invitaremos a una tortilla a la Cogullada —mi abuelo el gólem hizo de anfitrión, mientras nos apuraba hacia el Corredor—. Vieras cómo la preparan las monjas de Eduviges.

—No podría negarme.

En ese instante, ninguno de nosotros habría adelantado lo que se nos vendría por delante.

Cuando salimos, tras el altar de la capilla del monasterio, presentí que algo no estaba bien. La sensación se acrecentó más al abandonar el templo y cruzar el patio que separaba la iglesia de la residencia del convento. Hacía mucho frío, estaba nublado y las paredes externas de todo el monasterio estaban llenas de moscas. Moscas grandes y negras, moscas que revoloteaban entre el viento, moscas iguales a las del día de aquella tormenta en el que comenzó todo. Moscas como las que habían vuelto locos a Edgar y a Poe, nuestros gatos, en el primer capítulo de este libro.

—Noé... —dije en voz alta, deteniendo a mi familia.

Y en ese instante las nubes sobre el viejo lugar santo de Zaragoza comenzaron a girar sobre sí mismas, hasta volverse incandescentes como los rayos de una tormenta. Y tras el brillo de un relámpago, seguido de un trueno que hizo temblar a la comunidad entera de Aragón, Noé, el Primer Nacido, se materializó sobre nosotros.

—¡Al templo! —gritó Natalya—, ¡estaremos a salvo dentro de un lugar consagrado! —nos recordó.

Mas antes de que atináramos a seguir a la vampira, el señor de los diluvios cerró la puerta de la iglesia con una feroz ventisca congelada. Natalya rodó por el suelo, pero logró incorporarse, no mostrando señas de estar herida o dañada.

—¿Pensaste que iba a dejar pasar esta humillación? —rugió el Primer Nacido, mientras extendía su mano derecha hacia mí y un rayo brotaba de sus dedos.

Es lo más cerca de la muerte que he estado nunca.

Cerré los ojos.

Los rayos son rápidos, pero existen poderes más veloces que un rayo. Sentí que dos brazos fuertes me agarraban y me levantaban directo hacia el cielo. Tan repentino, que «el robin» salió despedido de mis hombros y voló como una bolsa de plástico por el aire. Cuando abrí los ojos me encontré volando con una de las águilas de la Fuente.

—Miguel —le dije.

—Gabriel —me corrigió, antes de dar un planeo en espiral y regresar con mi familia, que estaba protegida bajo las alas blancas e inmensas de su hermano gemelo, Miguel.

Tras depositarme junto a la tía Eduvigis, los arcángeles o águilas volaron contra Noé.

—¡El hijo de Urdemales está bajo nuestra protección. No puedes dañarlo, traidor! —dijeron al unísono, mientras despleaban idénticas espadas llameantes.

Miré a mi abuelo, que había saltado para agarrar «el robin», indicándome que de eso no tenía que preocuparme, mi polerón con capucha favorito estaba a salvo. Grande, el más grande de todos.

—¿Quién piensa dañarlo? —habló Noé, con su voz de trueno—. Solo vine a aclarar que no me gusta ser acusado de delitos que yo no he cometido. Sí, niño —me clavó sus ojos de fuego—; yo no fui quien mató a tu padre.

—¡Mentiroso! —le grité con rabia.

—Por supuesto que eso no significa que su fallecimiento no me haya resultado conveniente. De hecho, me saldó una deuda, y espero algún día agradecerle a quien haya sido el responsable —sonrió.

—Retírate ahora —ordenó una de las águilas.

—Ya me voy, ya me voy —repitió Noé, tranquilo, como si la situación fuera la más trivial del mundo—. Ya te dije Gabriel, no estoy acá para hacerle daño al hijo de Urdemales. Además, tú mejor que nadie sabe que la Fuente me prohíbe dañar a alguien como él... —subrayó—. ¡Pero sí me autoriza para hacerlo sufrir un poco! —agregó, regresando otra vez a su voz de trueno, riendo con burla mientras lo decía.

Y volvió a disparar un rayo.

Y esta vez las águilas no fueron tan rápidas.

Y el más grande cayó.

Y ni su coraza de piedra fue lo suficientemente fuerte para resistir el ataque directo de un Primer Nacido.

Mucho menos a «el robin», que estaba arrugado en sus manos.

El rayo de Noé impactó en el pecho a mi abuelo y su cuerpo de roca y arena voló en cosa de segundos en miles de pedazos, reduciéndose a polvo en lo que tarda un instante de tiempo en pasar a otro.

La tía gritó.

Julián gritó.

Natalya gritó.

Las águilas gritaron.

Pero ninguno de esos gritos fue más fuerte que el mío.

Me dejé caer de rodillas y sentí cómo lo que había sido la persona que más amaba en la vida, se esfumaba convertida en arenilla invisible. Busqué lo que había quedado de mi polerón y lo usé para intentar agarrar algo del polvo, pero el viento alrededor era demasiado fuerte.

Y no escuché a Noé cuando se marchó y no vi cómo el sol lograba imponerse finalmente sobre el nublado. Y no me importó ni el juicio ni la venganza del Primer Nacido.

Solo llorar y gritar.

Ese día grité hasta quedar sin voz.

Arrugué «el robin» hasta que la nada de tela roja que quedaba se deshizo.

Y seguí llorando y gritando hasta que la noche trajo el silencio.

16

Puentes

Cuando cumplí cinco años, mi abuelo me llevó a conocer los puentes. Yo no entendía nada, porque yo ya conocía los puentes, o eso al menos era lo que pensaba. Vivíamos en una gran ciudad, con autopistas y metro, y los puentes estaban por todos lados; cruzando canales, pasando por encima de otras vías, incluso entre rascacielos. Pero mi abuelo me dijo que esos no eran puentes, que solo se trataba de copias a menor escala de lo que realmente era uno. Después del desayuno especial de cumpleaños —con torta de chocolate, dinosaurios, ballenas de goma y libros de aventuras de regalo—, me invitó a seguirlo hasta el estacionamiento del edificio y subir a su vieja Citroneta. Me acuerdo que ese día estaba nublado y amenazaba con llover. Estoy bastante seguro de aquello, porque cumpla años en junio y cuando era chico llovía mucho en junio, no como ahora, que todo está seco por eso que llaman «cambio climático» (pero que en realidad tiene que ver con un viejo dragón rumano que tuvo la mala idea de enamorarse de una gorda y más anciana behemoth, y ya les conté lo que pasa cuando dos híbridos o monstruos tratan de unirse: dejan el despelote en el mundo).

Mi abuelo enfiló por la avenida principal hasta la autopista longitudinal que atravesaba el centro de la capital, para luego tomar la autopista al sur.

—Tata, ¿alguna vez van a terminar esta ciudad? —me acuerdo que le pregunté, mientras veía a ambos lados de la vía decenas de cientos de edificios en construcción, además de un horizonte de grúas de esas que llaman plumas, pero que yo prefiero decirles cabezas de martillo, porque a eso se parecen.

—No —me respondió—, nunca van a terminarla, porque esa es la forma de las ciudades, nunca se acaban, y si alguna vez lo han hecho, vuelven a construirse.

—¿Alguna vez se han acabado las ciudades?

—Muchas veces. Roma, Londres y Chicago se quemaron enteras y volvieron a surgir de las cenizas.

—Como el ave Fénix —dije. Entonces mi tema favorito era la mitología, y como no sabía leer aún, era lo que mi abuelo me contaba o leía cada noche, antes de quedarme dormido.

—¿Y esta ciudad?

—Sí —me sonrió—. Una vez también se acabó. En 1647 hubo un terremoto que surgió desde allá —me apuntó a la cordillera—, de una de esas quebradas. Ese terremoto fue tan fuerte, que la capital entera fue tragada por agujeros en la tierra. Luego vinieron incendios y derrumbes que se extendieron por más de una semana. Como entonces el país dependía de la Corona española, las autoridades del rey decidieron que la ciudad sería reconstruida más al norte, lo que nunca sucedió, porque quienes tenían terrenos agrícolas en esa zona se opusieron.

—¿Y qué pasó?

—Cuando acabaron los incendios y los temblores, y se terminó de enterrar a todos los muertos, la ciudad fue de nuevo levantada en este mismo lugar, y desde entonces no ha parado de crecer y extenderse.

—¿Y si vuelve a pasar un terremoto como ese?

—Nuevamente la ciudad se va a levantar. Es su forma y su destino.

Me acuerdo tan bien de la conversación porque no fue la última vez que le hice la misma pregunta, ni tampoco fue la última vez que me contó esa historia.

Después de conducir por casi una hora, dejamos atrás el límite urbano sur de la capital y mi abuelo cogió por un camino secundario, que pronto desembocó hacia una ruta de tierra y piedrecillas, con algo de barro y pozas de agua por la lluvia de la noche anterior. Pero el tata era buen conductor y la Citroneta un vehículo que, aunque no era el más cómodo del mundo, poseía una estupenda suspensión. Dicen que por eso los que alguna tuvieron un Citroën 2CV (que es el verdadero nombre del modelo) se vuelven fanáticos incondicionales de él.

No avanzamos mucho por ese camino rural ya que este terminaba en seco contra un borde del río grande que corre al sur de la ciudad.

—El puente que había acá se lo llevó una crecida en 1969, una semana antes de que el hombre llegara a la Luna —me contó—; y como la carretera estaba siendo construida más hacia el poniente, decidieron no repararlo —luego hizo un alto y me pidió que me bajara del auto—. Tenemos que continuar a pie.

Caminamos unos cien metros por el borde del río, hasta una pequeña meseta desde donde se lograba una vista total de la parte más ancha del torrente. Sobre este cruzaba un enorme puente de fierro, montado sobre cuatro pilares de piedra, a unos siete metros por encima de las aguas. El puente era doble, con dos vías ferroviarias paralelas, una en dirección a la capital, la otra hacia las regiones sureñas del país. Entre los fierros colgaban los cables eléctricos de los cuales las locomotoras tomaban la energía necesaria para mover los

convoyes ferroviarios. En esa época aún corrían muchos trenes a lo largo de mi país, no como ahora, que son cada vez más escasos.

—Este es un puente de verdad —me indicó mi abuelo.

Era cierto: era más grande y majestuoso que los puentes urbanos que había visto y cruzado desde siempre en la capital.

—¿Podemos caminar por él? —le pregunté.

—No, está cargado con la electricidad de los trenes y no tiene pasarela para peatones, sería muy peligroso —me desordenó el pelo—. Además —precisó—, no vinimos para cruzar un puente.

—¿A qué vinimos entonces?

—A mirar un puente —apuntó—. Te voy a pedir algo, Max —asentí—, no hablemos nada por los próximos cinco minutos y solo veamos el puente.

Aunque me costó, le hice caso. Bueno, casi, porque también me fijé en otras cosas, como los cerros nevados del oriente y un par de zorros que pasaron corriendo por la ribera de enfrente. Se detuvieron un rato a mirarnos y al concluir que no constituíamos amenaza, siguieron su camino. Ha sido la única vez que he visto un zorro en su hábitat.

—Abuelo —hablé cuando sentí que ya habían pasado los cinco minutos.

—Silencio —me dijo él y me indicó que siguiera viendo. La luz de una locomotora apareció a lo lejos, luego el pitazo agudo de advertencia, y un tren de pasajeros de seis vagones amarillos pasó chirreando sobre los fierros, lanzando chispas desde los conectores a los cables de alta tensión.

Cuando el ferrocarril se alejó, mi abuelo se me quedó mirando.

—No me cuentes nada de lo que observaste en estos cinco minutos, que yo tampoco lo haré, ni te contaré la historia de este puente.

Asentí moviendo la cabeza.

—Te traje hasta acá —siguió él— porque quería que vieras un puente de verdad. Los que hay en la ciudad existen para hacer funcionar el movimiento de esta, de los autos y otros vehículos que la recorren. Este puente, que está enfrente de nosotros, fue construido con otro propósito: para salvar un obstáculo, el río, y unir dos lugares que antes estuvieron separados por este accidente geográfico. ¿Lo entiendes?

—Sí, eso creo.

—¿Sabes cómo se sabe que este puente es especial?

Negué con la cabeza.

—Por su forma, Max. ¿Te has fijado que los puentes de la ciudad parecen mesas, objetos inanimados?

—Sí, eso es verdad, abuelo.

—Pues este parece otra cosa, tiene forma de animal, con patas, esqueleto, jorobas, cola y cabeza.

Era cierto.

—Es como el esqueleto de un monstruo prehistórico. O mejor que eso, como un dragón.

—Y lo más importante de esta visita —mi abuelo cambió el tema—, es que este puente es una imagen de lo que debemos ser como personas.

—¿Debemos ser puentes?

—Exacto, Max. Tú debes ser un puente. Habrá cientos de accidentes geográficos que deberás salvar en tu vida. Algunos pequeños, como un canal de regadío; otros enormes, como este río; pero siempre tu deber será alcanzar la otra orilla, no solo para que puedas atravesar tú y superar el obstáculo, sino para llevar a otros contigo. Tú vas a construir puentes...

—No sé si quiero ser ingeniero, tata.

Él me dio un beso.

—No se trata de ser ingeniero, Max; sino de ser persona. Y como tal, vas a construir puentes —repitió y me apretó las manos— que van a ser tan grandes como tú quieras. Pero sabes, ¿te cuento un secreto?

—¡Sí, cuéntamelo!

—Si construyes puentes con otras personas, con amigos y gente que quieras, estos serán todavía más monumentales y resistentes. Tanto, que por ellos no solo correrán trenes, sino todo lo que tú imagines.

Lo miré sin responderle.

—Tal vez ahora no lo entiendas, Max, pero cuando crezcas descubrirás que el puente en el que te vas a convertir va a unir universos.

—Abuelo —recuerdo que le dije—, ¿por qué estás llorando?

Era cierto, ese día en que mi abuelo me mostró los puentes, lloró.

—Porque soy un viejo llorón —se rió—, aunque algunos digan que tengo corazón de piedra —por supuesto, entonces pensé era un chiste.

—¿Quién dice eso?

—Amigos, gente que no conoces. Quizás algún día los conozcas —pensó en voz alta—. Bueno —miró al cielo y respiró—, parece que va a llover, regresemos a casa a terminar ese pastel de chocolate y a apagar las velas del cumpleaños.

—Buena idea.

—¿Max?

—Dime, abuelo.

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho.

Y recuerdo que lo abracé.

Y recuerdo que nunca lo abracé lo suficiente.

Ni tampoco le dije que lo quería mucho cada día que estuvimos juntos.

Mi abuelo tenía razón. Debemos ser puentes. Sin embargo, en algo se equivocó: el más grande y resistente de todos no sería yo. Ese puente siempre fue él.

Te quiero mucho, tata, hasta donde termina el universo conocido y mucho más allá.

Epílogo: Seis meses después

«¿Eduviges no ha llegado?», me preguntó el señor Manríquez, de pie a la entrada del colegio. Ahora podía verlo en su aspecto real, no disfrazado de humano, sino como un escamoso pero elegante anfibio antártico. Era el mejor amigo de mi abuelo y tras su muerte se había convertido en una de las personas más cercanas a mí. Como es rudo, dice que es bueno para él tener un amigo abogado, pero sé que es porque extraña a mi abuelo y me ve como lo más cercano a él. Todos lo extrañamos.

—Creo que hoy vendrá Henry por mí —le respondí, mientras miraba hacia la calle, ahora con otros ojos. La ciudad, mi ciudad, estaba llena de monstruos. El dueño de la panadería de la esquina lucía como un gran dragón europeo, mientras que los del restaurante chino de la otra cuadra se paseaban con sus largas y delgadas formas de leones orientales. Una familia de zombis me saludó mientras caminaban a su casa, igual que una pareja de momias colombianas que cruzaron la calle a comprar pan donde el viejo dragón. Arriba, en lo alto, tres brujas competían por cuál era más rápida en su escoba. Era un mundo extraño, pero era mi mundo.

—¿Vienes con nosotros? —me interrumpió Guarda, que ahora andaba con Pascual, quien de hacernos la vida imposible pasó a ser nuestro nuevo mejor amigo—. Vamos a ir a jugar Playstation donde Quezada. ¡Tiene el nuevo de Batman!

—No puedo —le dije—, mi tía quiere que la acompañe no sé dónde.

—Vale, hablamos más tarde por Facebook o WhatsApp.

—Nos estamos viendo, Max. Llama, tal vez estemos hasta tarde en lo de Quezada —agregó Pascual Arancibia, que no tenía resentimiento alguno por lo del golpe dado hace medio año, en el patio de este mismo establecimiento.

Luego los vi alejarse y pasar junto a dos ogros andinos, sin darse cuenta de lo que eran en realidad la dupla de ancianos que vestían con ropa de lana gruesa, a pesar de que era un cálido día de sol. Guarda les hizo el quite para no chocar con ellos y una araña gigante ciclista casi lo atropella. Y pensar que mi amigo le tiene terror a las arañas.

—Cambia todo —siguió Manríquez.

—Para mejor —le respondí, mientras Henry detenía afuera de la escuela el viejo Citroën 2CV del abuelo. Ahora podía ver al chofer en su real forma de brownie, esos altos y muy delgados gnomos del norte de Europa que tienen una especial empatía con todo tipo de máquinas. Sus habilidades mecánicas y constructoras son legendarias, es decir, fueron los brownies quienes inventaron los autos, aviones y nos llevaron a la Luna.

—Hasta mañana, señor Manríquez —me despedí, caminando hacia el auto.

—Hasta mañana, señor Urdemales —dijo él, sabiendo que no había nadie cerca que pudiera escuchar mi verdadero apellido.

—Por favor, joven, suba atrás —me pidió Henry al verme abrir la puerta del lugar de acompañante—. Ya me cuesta acostumbrarme a este auto, no me pida que no me sienta un chofer.

—Está bien, está bien —rezongué y le hice caso.

El conductor de mi tía me llevó directo a la nueva casa que la vieja quimera Eduviges había comprado en un barrio antiguo, al poniente de la ciudad.

—Joven, le llegó esto —me dijo pasándome una tarjeta postal. Sonreí. Era la foto de la vieja y gigantesca estación ferroviaria de Moskovsky, en San Petersburgo.

«Algún día te invitaré. Mis padres te mandan saludos. Un abrazo muy apretado y un beso largo, amigo mío. Va un regalo que espero te guste. Nos vemos para Navidad, N».

Guardé la postal en mi bolso.

—Dice que la carta venía con algo más.

—Oh, de veras, casi lo olvido, joven Urdemales. Mil disculpas, aquí está —me pasó una bolsa de papel, sellada con cinta adhesiva.

«Ojalá sea de tu talla», estaba escrito sobre la cinta con la desordenada letra de Natalia.

Rasgué el papel y sonreí al ver lo que había en su interior: un canguro deportivo rojo, muy parecido a «el robin», salvo que este tenía las mangas blancas y una «M» blanca y grande bordada a la altura del pecho, en el lado izquierdo.

Me quité la chaqueta del colegio y me probé el regalo de mi amiga vampira. «Pensé que podía llamarse “robin-2”, pero creo que deberías nombrarlo “Eme”, por la letra de tu nombre», se leía en la frase final escrita por Natalya al reverso de la bolsa de papel.

—Le queda perfecto —comentó Henry, mirándome a través del espejo de la Citroneta.

—Sí —asentí—, me queda perfecto. Luego le comenté—: Tengo hambre, ¿sabes qué hay de comer en casa?

—Lo ignoro, joven. La señora Eduviges salió temprano sola y no había regresado cuando vine a buscarlo —agregó el brownie que conducía la Citroneta.

Cuando llegué a casa, Edgar y Poe estaban muy inquietos. Caminaban alrededor de mis piernas y maullaban. Poe incluso se paraba en sus patas traseras, como un pequeño oso, tratando de escalar hacia mis hombros.

—Es por la visita que tenemos —me indicó Julián, que vino desde la cocina con una taza de té en sus manos.

—¿Visita?

—Una cliente. Deja tus cosas y ven al estudio. Y que no te sigan esos gatos, cuida de cerrar la puerta. A propósito, bonita chamarra —me comentó al notar mi ropa nueva—. ¿«Robin-2»?

—No, creo que la llamaré «Eme» —le respondí, indicándole la letra en el lado izquierdo del polerón—. Es un regalo que me mandó Natalia desde Rusia.

—Quizás podrías llamarlo «Moscú», también por la letra «Eme» —. Como sea —siguió el duende argentino—, apúrate...

La cliente era una pequeña y muy gorda gata blanca, que me miraba con una cara de culpa que daba la vuelta al mundo.

Julián ya estaba sentado en el escritorio, bebiendo su taza de té.

—Ella es Moneypenny —me dijo—. Y él es Max Urdemales, su abogado —me presentó el duende.

—Buenas tardes —maulló la gata, y entendí la razón por la que mis felinos estaban tan inquietos—. Me han hablado muy bien de su padre y confío en que sepa representarme como él lo hacía con mi gente.

—Tu padre llevó muchos de estos casos... —me informó Julián— de gatos.

Asentí.

—¿No le han ofrecido nada, una taza de leche, algo? —le hablé a la gata.

—No quiero nada, gracias, señor abogado.

—Bien —miré a Julián—, ¿qué tenemos?

—¿Recuerdas que te hablé de los gatos agujeros negros, que comen y comen sin saciarse nunca?

—Sí —en efecto, lo recordaba.

—Pues la señorita aquí presente se tragó un sistema solar completo y dos estrellas. Y hay gente un poco molesta con ello.

—Fue sin querer —maulló la gata.

—Le creo.

—Entonces, ¿va a tomar mi caso? —ronroneó.

Julián respondió que sí con un movimiento de su cabeza de madera, y luego habló con la gata.

—Sí, señorita Moneypenny, considérese representada. Le mandaremos un correo electrónico con nuestros honorarios.

—El dinero no es problema —dijo ella y Julián no disimuló su sonrisa. Pronto sabríamos que Moneypenny era uno de los cuatro gatos más ricos del mundo.

—Permiso —abrió de improviso la puerta la tía Eduvigés en su modo humano, empujando a los gatos Edgar y Poe con su pierna izquierda para que no entraran.

—Tía —la saludé.

—Perdón, pero necesitamos hablar. Julián, Max, ¿pueden venir conmigo? Señorita, si nos disculpa.

—No faltaba más —maulló la gata.

—Si quiere, puede leer algo mientras tanto —le indicó Julián a nuestra clienta—; como ve, nos sobran libros —apuntó los estantes del despacho, que cubrían las paredes con volúmenes de todas las épocas y espesores.

—No se preocupe, voy a aprovechar de revisar mis mensajes —contestó, mostrándonos su teléfono móvil.

La tía Eduvigés nos llevó hasta su dormitorio, ubicado en el segundo piso de la casa, al lado del mío. Después de que entramos cerró la puerta con llave y bajó las cortinas.

—No quiero ojos ni oídos, aparte de los nuestros —dijo, mientras dejaba sus rasgos humanos y tomaba los de la quimera.

—¿Qué sucede, tía? Me estás asustando —le dije.

Ella se sentó en la cama.

—¿Tiene que ver con Noé? —me apresuré nervioso—. ¿Regresó de donde sea que está oculto? —insistí. Desde lo de mi abuelo, nos habíamos hecho el propósito de no volver a mencionarlo. Demasiado daño, demasiados secretos. Ahora era asunto de Gabriel y Miguel, y de algunas Glorias cercanas al juez Ezequiel.

—No —respondió la tía—, no tiene que ver con Noé.

Julián me miró, y luego a la vieja quimera.

—Max —siguió ella—, ¿recuerdas el día en el que comenzó todo esto, cuando te peleaste con tu amigo en el patio de la escuela?

—Con Pascual Arancibia. Sí, claro que lo recuerdo. ¿Qué pasa con eso?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste, sobre lo que sentiste cuando empuñaste la mano y levantaste el brazo para atestarle el golpe de gracia a tu amigo?

—Sí —me gustó eso de «golpe de gracia».

Noté que Julián también se había inquietado. Saltó sobre la cama y se sentó a un lado de la tía. Sus piernas cortas se veían divertidas colgando del borde.

—¿Puedes repetir eso que me contaste? —la tía y sus juegos de preguntas. Si fuera una esfinge, sería insoportable.

—Que sentí como si alguien invisible me hubiera ayudado llevando mi puño a la cara de Pascual, como mi... ángel de la guarda.

La tía y Julián se miraron.

—Querido —me dijo—, necesitamos hablar de tu madre. Ella quiere conocerte.

La tía Eduvigis y Julián me ayudaron en la edición final de este libro (que también es mi diario).

Max Urdemales regresará en Max Urdemales y la Recta Provincia.

El autor

Francisco Ortega

Nació en Victoria en 1974. Periodista, editor, profesor, guionista, asesor de contenidos, colaborador para revistas y escritor de novelas de adultos, novelas gráficas y cuentos infantiles. Ha sido galardonado con el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, y con el Premio a la Excelencia Periodística. Actualmente trabaja en guiones para cine y TV, y además imparte clases de literatura y edición en la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad Alberto Hurtado.